
Un CEO muy
EXIGENTE
AITOR FERRER

Un CEO muy EXIGENTE

AITOR FERRER

Primera edición.

Un CEO muy exigente

©Aitor Ferrer

©diciembre, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Epílogo

Capítulo 1



Si había algo que me gustaba hacer los sábados por la mañana, era tomarme el primer café disfrutando de las vistas que tenía desde mi piso, que fueron las responsables de que llevara ya seis años viviendo en él.

Mis padres son dueños de una inmobiliaria y, desde que vi las fotos antes de que decidieran publicar el anuncio para su venta, les dije que me lo quedaba.

Permitidme contaros qué es eso que tan enamorada me tiene.

El piso se encuentra en la última planta de un edificio en Madrid, tiene un amplio salón con suelos de madera clara y las paredes en tonos suaves que le aportan aún más calidez a la estancia. Desde allí accedo a una pequeña terraza que, como os digo, es mi rincón favorito por esas vistas al parque de El Retiro.

Estas son sencillamente hermosas, mostrando un mar verde compuesto por los árboles centenarios que engalanan el parque con sus hojas brillando al sol. Las vistas en primavera son una armoniosa mezcla de colores, mientras que en otoño son sustituidos por el manto rojizo y dorado de las hojas cubriendo el suelo.

A lo lejos, como si de un pequeño diamante se tratase al recibir el reflejo de los rayos del sol se puede ver el Palacio de Cristal dando una belleza especial a la imagen ante mí.

No dudé ni tan solo un segundo en pedirles que me lo reservaran, pero en vez de hacerlo, me lo compraron como regalo de cumpleaños.

El interior era también precioso, con una cocina abierta muy espaciosa, equipada con muebles claros y dotada con los mejores electrodomésticos. Entre la cocina y el salón se encontraba una pequeña y acogedora zona de comedor, mientras que las dos habitaciones, amplias y luminosas, contaban con armarios empotrados, cada una de ellas con su propio cuarto de baño.

Y ahí estaba como cada mañana, sentada con el primer café viendo desde las alturas a la gente comenzando el día, y como en alguna otra ocasión, me hice una foto con esas vistas de fondo y mi taza en la mano, pero sin que se me viera el rostro completo.

En cuanto la subí a mis redes, mis niñas no tardaron en aparecer para dejarme sus «me gusta» y ponerme un comentario de buenos días.

Con mis niñas me refería a Camila y Anabel; la primera, mi mejor amiga desde que íbamos a la guardería, y la segunda esa chiquilla que entró como becaria en la empresa en la que Camila y yo trabajábamos y a quien acogimos como dos mamás osas.

Camila y yo llevábamos trabajando en una de las agencias de publicidad más importantes y prestigiosas de la ciudad desde que teníamos veinticuatro años, un total de cinco maravillosos años, mientras que Anabel, a sus veinticinco años, llevaba en la empresa solo dos.

Cada una desempeñaba su rol específico dentro del equipo; yo ocupaba el cargo como asistente del dueño, mientras que Camila se encargaba del diseño gráfico. Por su parte, Anabel ya era una de las encargadas de crear textos, eslóganes y contenido atractivo para diversos medios de comunicación, con el objetivo de captar la atención de los clientes potenciales.

Acababa de dejar el móvil en la mesa cuando me llamó mi padre.

—Buenos días, papá —saludé.

—Buenos días, mi vida. ¿Tienes planes para hoy?

—Por la noche sí, sabes que salgo con las niñas.

—Me refería al mediodía; tu madre y yo queremos comer contigo.

—Sabes que para vosotros siempre tengo tiempo —sonreí—. ¿Dónde vamos a ir? Para vestirme acorde a la ocasión.

—Al asador de Luisa.

—Vale, entonces ropa cómoda.

—¿A la una allí?

—Perfecto, para un vinito antes de pasar a mesa.

—Te quiero, hija.

—Y yo, papá.

Colgamos, me seguí tomando ese café que siempre me sabía mejor que los demás, y cuando lo acabé fui a prepararme unas tostadas de aguacate y otro café para desayunar en la cocina mientras veía un poco la televisión solo a modo de distraerme.

Llegó un mensaje de Camila al chat que teníamos las tres y leía mientras daba un bocado a mi tostada.

Camila: *Buenos días, almas descarriadas. Esta noche no me podéis fallar ninguna; cena, copa y baile, que tenemos algo que celebrar.*

Eso había dicho el miércoles cuando nos propuso a las dos salir esta noche, pero no había manera que nos dijera qué era eso que teníamos que celebrar. Pero así era ella, una amante del misterio para todo.

Anabel: *Si no nos dices qué celebramos, no voy.*

Camila: *Y te juro por lo que más quieras que voy a tu casa y te saco de allí de los pelos si hace falta. Tú vienes como que me llamo yo Camila María Hidalgo de Hinojosa.*

Míriam: *Cuando Camila saca a relucir a los grandes de su pasado, malo, malo. Anabel, yo de ti saldría, que esta mujer es capaz de desatar toda su ira sobre ti.*

Anabel: *Os lo he dicho estos días, no tengo ganas de salir. Me quedo en casa con mi bajón y mi tarrina de helado.*

Camila: *De los pelos, te saco yo de allí de los pelos. Advertida quedas como no estés en tu calle a las ocho. Míriam está de testigo.*

Entendía a Anabel, acaba de romper hacía un par de semanas con el chico con el que llevaba saliendo un año, y todos sabíamos lo dolorosas que podían ser las cuestiones del corazón.

Míriam: *Venga, nos vemos a las ocho.*

Terminé el desayuno y, tras recoger todo, me puse manos en faena, como solía decía Camila. Recogí mi larga y sedosa melena rubia en un moño y empecé a limpiar la casa a ritmo de una bachata.

Cuando dejé el piso limpito me di una ducha y me alisé el pelo antes de vestirme. Estábamos en esos días en los que una chaqueta vaquera no molestaba llevarla y, además, se agradecía si hacía algo de fresquito, y es que en abril nunca sabías si te ibas a encontrar con un calor digno de agosto o un frío con lluvia que te calaba hasta los huesos.

Como me conocía, porque me conocía mucho, salí ya vestida para irme después de comer del tirón a ver a las niñas, que las sobremesas con mis padres se podían alargar hasta las siete de la tarde tranquilamente, así que me había puesto unos jeans pitillo con los zapatos de tacón negro y un jersey, no muy grueso, en color rojo.

Paré un taxi cuando bajé y le di la dirección del asador de Luisa, una buena amiga de mis padres desde que iban al instituto, y donde llegué poco después.

Al entrar, no tardé en ver a mis padres en la barra charlando con ella y tomando un vino. A sus cincuenta años, Alejandro y Sofía, que así se llamaban, seguían luciendo igual de bien que siempre, incluso parecían más jóvenes.

—Ahí tenéis a la niña —dijo Luisa con una sonrisa.

—Hola, Luisa. —Le devolví el gesto.

—Mira que saliste guapa.

—Me ves así porque soy tu niña favorita. —Reí.

—Es verdad, que yo no tengo más que chicos en casa —suspiró volteando los ojos.

Tenía la edad de mis padres, pero para ella los hijos vinieron más tarde, yo es que llegué por sorpresa después de la boda de uno de sus amigos. Los hijos de Luisa tenían quince, dieciocho y veinte, y eran todos chicos.

—¿Cómo estás, cariño? —Mi madre me dio un abrazo y un beso, y después fue mi padre quien me saludó.

—Estupendamente, que es fin de semana.

—Y ha quedado con las niñas —le informó mi padre con un leve movimiento de cejas.

—Oye, ¿y ese gestito? —Fruncí el ceño.

—¿Qué gestito?

—Eso, hazte el que no sabe —resoplé.

—Tu padre lo dice porque salir las tres juntas, es un peligro —contestó mi madre con una sonrisilla.

—¿Un peligro nosotras? Pero si somos tres angelitos.

—Sí, pero los de Charlie.

—¡Papá! —Reí.

Desde que conocieron a Anabel, no pasaba un solo día sin que lo mencionara, puesto que ella tenía el cabello de un hermoso tono cobrizo. Junto a Camila, que era morena, y yo, realmente sí que podríamos parecer esos míticos personajes de la televisión.

Eso, y que una noche en la que un grupo de hombres pasados de copas intentaron propasarse un poquito, Camila, que era la más bruta de las tres, le clavó un tacón en el pie a uno.

—Es que Camila dice que tiene algo que celebrar, pero no suelta prenda de lo que es —les conté.

—Un ascenso no será. —Curioseó mi padre.

—Nos habría llegado esa noticia a todos los de la empresa, así que no…

—Pues ya nos dirás qué habéis celebrado.

—Aquí tienes, cariño, un vinito con una tapa de jamón para ir abriendo boca —dijo Luisa dejando ambas cosas delante de mí en la barra.

—Entre esto y tu asado, me van a apretar los jeans que no te digo nada, Luisa. —Reí.

—Qué exagerada eres, niña, si estás estupenda.

Nos quedamos allí en la barra tomando ese aperitivo charlando de cómo me iba en el trabajo y, cuando pasamos a la mesa, no tardó en aparecer Luisa con la carne asada en una fuente de barro lista para que nos fuéramos sirviendo.

No solo estaba buenísima, sino que era tan jugosa que se deshacía en la boca.

Mientras disfrutábamos de la comida, me contaron el motivo por el que habían querido verme hoy.

—Nos vamos a ir de viaje por nuestro aniversario —dijo mi madre.

—Pues eso está muy bien —sonreí—. ¿Hace cuánto que no lo celebrabais así?

—Desde hace unos añitos, ya. —Rio mi padre—. Aprovechando los veintiocho años de casados, quiero llevarla a un viaje que no olvide nunca.

Como yo llegué por sorpresa a sus vidas cuando tenían veinte años, decidieron esperar a que yo naciera y luego pasó un año más antes de casarse, así que yo estaba en casi todas las fotos de aquella boda.

—¿Y dónde vais?

—No me lo quiere decir —contestó mi madre—, ¿te lo puedes creer?

—De papá me lo creo. —Reí—. Pero seguro que donde sea que te va a llevar, te encantará.

—Más le vale, porque le veo durmiendo en el sofá de donde estemos, todo el viaje.

—Mientras me des una mantita y una almohada. —Se encogió él de hombros.

Sabía que a mi madre no le diría nada hasta que no llegara el momento de empezar ese viaje, pero a mí tal vez sí me lo contara.

Estábamos terminando de tomarnos el café cuando me sonó el móvil con una notificación de mensaje. Lo saqué del bolsillo para echar un vistazo por si era alguna de las niñas, pero resultó ser mi ex, a quien no respondí.

Continué charlando con ellos, y como bien sabía yo, entre cafés y alguna que otra copa de licor se nos fueron las horas como solía pasarnos.

Me despedí de ellos a las siete y media para coger un taxi e ir hacia el restaurante donde solíamos cenar las tres. Y mi ex aún seguía llamando.

No fue hasta que llegué al restaurante y estuve sola en la calle cuando descolgué.

—¿Qué quieres ahora, Raúl?

—Que no me respondas así, por ejemplo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Te rindo pleitesía como si fueras un marqués? Vete a la mierda.

—No me cuelgues, espera.

—He quedado, Raúl, y no me vas a joder la noche. —Colgué y le mandé un mensaje a mi madre para avistarles de que iba a apagar el móvil, que no se preocuparan.

Pero como le había dicho a él, no quería que me jodiera la noche con sus llamadas o mensajes.

No quería aceptar que lo nuestro se había acabado, que estaba muerto desde hacía ya cuatro meses y que no iba a volver a darle una sola oportunidad más en mi vida.

Había gente que por muchas oportunidades que les dieran no cambiaban y seguían haciendo eso que juraron no volver a hacer más en la vida.

Yo tenía un feo recuerdo de esa última vez que le vi y le pedí que me dejara en paz, pero seguía insistiendo y nada parecía detenerle, desgraciadamente para mí.

Capítulo 2



No tardé en ver bajar de un taxi a Camila, tan guapa y sexi como de costumbre.

Llevaba un elegante conjunto de pantalón y chaqueta de cuero negro, complementado con un jersey fino y unos zapatos de tacón blancos que le sentaban genial. Y es que su figura era tan esbelta y estilizada que podría haber sido la envidia de cualquier modelo en una pasarela.

—Hola, cariño —sonrió acercándose para darme un par de besos.

—Hola.

—¿Llevas mucho esperando?

—No, solo un par de minutos.

—¿Y la niña dónde está? ¿Ha dicho si venía de camino? —Sacó el móvil de su bolso.

—No lo sé, acabo de apagar mi teléfono, pero no había llegado nada.

—¿Por qué lo has apagado? —Frunció el ceño.

—¿Por qué crees?

—¿Otra vez? ¿Qué no entiende de las palabras «hemos terminado»? Que no son tan difíciles de entender, vamos.

—Pues ya ves, él no las entiende. —Me encogí de hombros.

Justo en ese momento llegaba otro taxi y de él sí que bajó nuestra preciosa Anabel.

—Pero qué carita traes —dije cuando se acercó y le di un abrazo.

—Si te pones un chándal gris, eres igualita a Chenoa cuando rompió con Bisbal —comentó Camila.

—No tenía ganas de venir, ya os lo he dicho —suspiró.

—No, si se te nota. No te has maquillado, la coleta te la has hecho pues, yo qué sé por qué, y lo de la ropa ya es de juzgado de guardia, vamos. Tú qué has hecho, ¿abrir el armario y decir «esto mismo»?

—Camila —protesté regañándola.

—A ver, que estás guapa con los vaqueros anchos y el jersey; que pareces mi abuela, sí, pero debo admitir que estás guapa.

—No debería haber venido. —Volteó los ojos.

—Si te vas a casa, te saco de los pelos. Anda, ven aquí. —Camila tiró de ella hacia un lado y comenzó a arreglarla un poco.

Con el rojo de labios y un poco de rubor en las mejillas estaba perfecta, y en cuanto al jersey, pues Camila le cogió el bajo por un lado y acabó anudándolo de manera que se veía un poco mejor. Que no, que Anabel no parecía una abuela ni mucho menos, pero estaba claro que no pasaba por su mejor momento.

—Listo, ahora, a cenar señoritas.

Entramos en el restaurante y Camila dio su nombre. Después de verificar la reserva, nos llevaron hasta una mesa en el fondo, justo cerca de donde estaban cantando los mariachis. Una vez nos sentamos, Camila pidió unos margaritas.

—Eso, vamos a empezar con lo más fuerte —dijo Anabel.

—En un restaurante mexicano se cena con margaritas, no con agua.

—Mujer, pero unos refrescos… —comenté.

—Es sábado, somos adultas y estamos de celebración, qué queríais, ¿que os llevara a mi casa con unos sándwiches, ganchitos y refrescos como cuando teníamos cinco años? Pues no.

Mientras esperábamos los margaritas estuvimos eligiendo qué pedir para cenar, este era uno de nuestros restaurantes favoritos y ya habíamos probado toda la carta, así que solíamos ir alternando.

Cuando el camarero dejó las bebidas nos tomó nota del pedido, y Anabel se anticipó diciendo que era todo para compartir.

Como entrantes pedimos guacamole con totopos, que eran unas tortillas chips crujientes que combinaban a la perfección con la cremosidad del guacamole, y una fuente de queso fundido con tortillas de maíz.

Y de plato principal optamos por dos: los tacos al pastor y las fajitas de pollo.

—Enseguida les traigo los entrantes —dijo el camarero.

—Perfecto —sonrió Camila—. Y, por cierto, cuando veas las copas vacías, traes otros tres margaritas, y así toda la noche.

—Así será —contestó al tiempo que asentía.

—De aquí nos tienen que sacar en camilla, es que lo estoy viendo —resopló Anabel.

—No, no, de aquí no, pero del local de copas, no lo descarto.

—Pero vamos a ver, Camila. —Me acomodé en la silla con las manos cruzadas sobre la mesa —. ¿Se puede saber qué es eso que estamos celebrando? Chiquilla que tienes tú más misterio que Iker Jiménez.

—Beber y os lo digo —sonrió.

—Acabamos con un trago por respuesta, ya verás —dijo Anabel cogiendo la copa al mismo tiempo que la cogía yo.

Después de dar el trago, Camila sonrió y nosotras nos quedamos mirándola, esperando con esa intriga que nos acompañaba desde el miércoles, hasta que por fin se decidió a hablar.

—Me caso —dijo con una sonrisa aún más amplia.

—¡¿Qué?! —gritamos al unísono.

—¡Que me caso! —chilló.

Anabel y yo nos levantamos para darle un abrazo, y claro que era un motivo de celebración, porque llevaba saliendo con Lucas, que también era diseñador gráfico en la empresa, desde hacía ya cuatro años, y de esos, dos viviendo juntos.

Él tenía treinta y cuatro años y estaba enamorado de nuestra amiga hasta las trancas, como decían todos los compañeros.

—Quién iba a decir que sería la primera de las dos en casarme —me dijo cuando la abracé.

—Pues sí, pero ahí estás, con un pie en el altar. —Reí.

Sí, que ella fuera la primera era una sorpresa para las dos puesto que, con Raúl, mi ex, todos me veían contrayendo nupcias, incluso él me dijo que nos veía felizmente casados y formando una familia.

—¿Y cuándo os casáis? —preguntó Anabel cuando volvimos a sentarnos.

—En junio, para mediados. No quería una boda ni con mucho frío ni con un calor de esos que te derrites.

—O sea, en dos meses. —Di un trago a mi copa—. Pues ya puedes empezar a mirar cosas.

—Tranquila que ya le tengo echado el ojo al vestido —sonrió—. La prima de Lucas se encarga de maquillarme y peinarme, y vosotras de ayudarme a vestirme.

—Hala, ya nos ha puesto tarea —resopló Anabel.

—Oye, que sois mis mejores amigas, jodida. —Frunció el ceño.

—Me encanta buscarle la lengua —me dijo sonriendo.

—Serás. —Camila le tiró la servilleta a la cara y acabamos las tres riendo.

Nos sirvieron los entrantes y, desde ese momento, comenzó la noche de manera oficial. Cenamos mientras Camila nos contaba cómo Lucas le había pedido que se casara con él la noche del martes, durante una cena romántica en la que le entregó el anillo, que, ahora sí, llevaba puesto, ya que como quería sorprendernos no lo había llevado al trabajo.

El anillo era precioso, de oro blanco y con un diamante engarzado en el centro, entre dos rubíes. Camila nos explicó que ese había sido el anillo de su abuela paterna y que, dado que tanto Lucas como su padre eran hijos únicos, su abuela decidió dárselo a su nieto antes de fallecer.

La madre de Lucas sí que tenía una hermana, dueña de una de las *boutiques* de ropa más exclusiva de Madrid, y su prima era la dueña de un salón de belleza.

Nos estuvo enseñando fotos del vestido que había escogido y nos comentó que tenía una cita para probarse ese y otros modelos el miércoles siguiente por la tarde. Nos pidió que la acompañáramos, a lo cual ambas accedimos sin dudar, ya que nuestro horario de trabajo era de ocho y media a dos y media. Quedamos en que comeríamos juntas y después iríamos a la tienda de novias.

Anabel y yo nos ofrecimos para ayudarla en lo que hiciera falta, y ella nos lo agradeció. Además, nos pidió que nos encargáramos de encontrar el mejor cáterin para el combite, que se celebraría en la casa de los padres de Lucas, quienes vivían en una unifamiliar con unos jardines amplios, perfectos para ese día.

—No tenemos mucho que buscar —sonreí—. El lunes cuando llegue a la oficina llamo al que contratamos para las celebraciones de la empresa, ya sabes que el señor Martín siempre ha confiado en ellos —dije refiriéndome a nuestro jefe, ese del que yo era su asistente personal.

—Igual hasta os hacen un buen precio —comentó Anabel.

Los mariachis fueron pasando por todas las mesas cantando, entre ellas esa tan conocida como era *El Rey*, y cuando se acercaron a nuestra mesa nos pusimos a cantar con ellos, algo que se animaron a hacer el resto de los clientes que había repartidos por todo el salón.

La noche fue pasando entre margaritas y risas hasta que decidimos ir a tomar la última copa al local donde íbamos cuando salíamos las tres juntas.

Allí preparaban los mejores cócteles y mojitos, y ponían música de esa que hacía que las piernas se movieran solas y te llevaran de un lado a otro bailando.

Cuando llegamos, estaba el local tan lleno que casi no se podía dar un paso, prueba de ello fueron los pisotones que, sin querer, por supuesto, fui dejando hasta que alcanzamos al fin la barra.

—Madre mía, esto hoy es una lata de sardinas —dijo Anabel.

—Toñín, ven aquí, guapo —gritó Camila para llamar al camarero, que nos conocía ya más que de sobra.

—Pero si están aquí Las Grecas —comentó al acercarse con una sonrisa.

—Esas eran dos, y nosotras somos tres —le corregí.

—Tú ya sabes por qué os llamo así, preciosa, así que no me tires de la lengua. —Me señaló con el dedo.

—Eso quisieras, que esta te tirara de la lengua y, de otra parte. —Rio Camila.

—No me importaría, no, que ahora ya está soltera y no tiene excusa —dijo mientras nos ponía unos chupitos de vodka caramelo como siempre que veníamos.

—Claro que la tengo —contesté—. Me he consagrado a Dios.

Anabel que estaba a mi lado y acababa de tomarse el chupito, lo escupió en la barra y comenzó a toser, Camila me miraba controlándose con los labios apretados para no reírse, y la cara de Toñín era indescriptible.

—Por Dios, Míriam, que casi me ahogo —protestó Anabel, y ahí sí que Camila no pudo más y se echó a reír como una loca.

Doblada estaba junto a la barra sin poder ni hablar, hasta Toñín se rio con nosotras y se tomó un chupito.

—Esto por el susto que me has dados —dijo tras bebérselo.

Fue a prepararnos los mojitos y Camila me dijo que por la cara que tenía el pobre Toñín, se lo había creído a pies juntillas.

Nos sirvió las bebidas y allí nos quedamos las tres; primero porque apenas había espacio para movernos y, segundo, porque alejarse de la barra sería quedarnos sin sitio.

La música iba sonando y nosotras bailando, dejando que la noche fluyera y divirtiéndonos como siempre hacíamos.

Estábamos allí a nuestro rollo cuando vimos a Anabel moverse hacia adelante con los ojos muy abiertos porque ella, al igual que nosotras, se vio cayendo al suelo de bruces y dejándose allí algún diente.

—Cuidado, hombre —gritó Camila al ver al chico que acababa de darle tremendo empujón a la pobre Anabel.

—¿Qué os pasa a vosotras, putas? —soltó el otro que, ni educación ni leches, por no hablar de la borrachera que llevaba encima.

—Esa boca, niño, que te la lavo con lejía para blanqueártela —dijo Camila.

—A ver, puta, que si queréis follar lo decís y listo, que tengo ahí a mis amigos. —Señaló hacia atrás.

—Camila —la llamé cogiéndola del brazo porque la conocía, y entre las perlitas que estaba soltando él por la boca, y la cara de cabreo que tenía ella, la veía con el zapato en la mano y tirándoselo a la cabeza.

—Entonces qué, ¿hacemos un trato? Doscientos euros para repartiros si venís al baño y nos chu…

Ni tiempo le dio a terminar de decir la brutalidad que iba a solarnos, porque Camila le dio un bofetón con la mano en toda la cara que, de la borrachera, aquel idiota acabó perdiendo el equilibro hasta apoyarse en la barra.

—¿Qué te crees que haces, perra? —gritó con la mano en la mejilla, porque seguro que un poquito debía escocerle, que Camila era pequeñita, pero tenía un gancho de derechas, que madre mía.

—Vas a llamar putas a quien yo te diga, gilipollas —contestó Camila muy enfadada—. Qué vergüenza tiene que estar pasando tu madre de saber la clase de hijo que tiene.

—¿Qué pasa, chicas? —preguntó Toñín acercándose.

—Este, que nos daba doscientos euros por ir con él y con sus amigos al baño porque se cree que somos putas.

Toñín no tardó en levantar una mano, y en cuestión de segundos, apareció Edu, uno de los encargados de seguridad del local, listo para llevarse al tipo. Con su estilo característico, invitó al tipo y a sus amigos a salir del local amablemente.

Y cuando digo amablemente, es porque si algo tenía Edu era que te daba dos opciones: irte por tu propio pie y sin problemas, o hacerlo por las malas, ya que no dudaba en sacar a empujones del local a los que no querían irse.

—¿Estás bien, Anabel? —le pregunté porque se tocaba mucho el tobillo.

—Sí, solo ha sido un pequeño tropiezo.

—Yo ahí pondría un poco de hielo —dijo una voz masculina a nuestro lado y, al mirar, vimos a un hombre alto, moreno y con los ojos azules dando el último sorbo a su copa de *whisky*.

—¿Eres médico? —Curioseó Anabel mirando al moreno trajeado como hacíamos Camila y yo.

—No, no soy médico, pero si quieres evitar que se inflame, ponte hielo —respondió mientras dejaba el vaso en la barra y, tras hacerle un guiño, se marchó.

Camila le pidió hielo a Toñín que no tardó en traerlo envuelto en un trapo. Ayudé a Anabel a ponerlo sobre su tobillo y ella suspiró con un ligero alivio.

—Pues tenía razón —dijo ella cinco minutos después—. No voy a notar si se inflama, más que nada porque se me ha dormido el tobillo —resopló.

—Hija, ¿te quedas con eso que ha dicho en vez de con el guiño que te ha mandado? —resopló Camila— Me da a mí que ese te quería poner el hielo él.

—¿Qué dices? No inventes anda.

—No, si no invento, solo digo lo que veo. —Se encogió de hombros.

Y con el tobillo de Anabel más dormido que despierto, dimos la noche por terminada. Nos tomamos un último chupito para despedirnos de Toñín y salimos del local para coger un taxi que nos fuera dejando a todas en casa.

Cuando llegué a la mía ni lo dudé, me quité los zapatos y caminé descalza hacia la habitación para meterme en la cama sin ropa, iba a dormir hasta que el cuerpo quisiera, y el domingo lo tomaría para seguir descansando para la semana.

Capítulo 3



Llegué ese lunes a las oficinas a tiempo y por los pelos.

Estaban con el mantenimiento del ascensor, no me había enterado y me pasé cinco minutos delante de la puerta esperando que llegara a mi planta, hasta que vi salir a mi vecina de al lado y me puso al tanto.

Consejo del día que os doy, no intentéis bajar las escaleras de dos en dos con tacones. El tobillo levemente inflamado de Anabel la otra noche, se podía haber quedado en un simple bultito para cómo podría haber acabado yo, si me hubiera caído. Y sí, es lo que pensáis, a punto estuve de hacerlo.

Saludé a las chicas de recepción, entré en el ascensor y fui hacia la última planta donde estaba el despacho de mi jefe.

El señor Martín era un hombre de lo más amable y encantador, por no decir que nos trataba a todos con un cariño inmenso, como si de familia para él nos tratásemos.

Era viudo, no tenía hijos y a mí me había acogido bajo el ala, como solía decirse, desde el momento en el que entré para ocupar el puesto de asistente que dejaba libre mi antecesora, Margarita, que se mudó a Barcelona donde vivía su hija para poder estar con su nieto recién nacido y ayudarla a ella.

A pesar de que mi jefe ya pasaba de los sesenta, seguía conservando gran cantidad de su cabello negro a pesar de las canas, y tenía unos ojos marrones de lo más cálidos y tiernos.

Alguna vez le había dado por decir que iba a adoptarme como hija o como nieta porque el día que le llegara la jubilación me iba a echar de menos.

Salí del ascensor, encendí el ordenador y dejé mis cosas en el escritorio antes de ir a preparar nuestros cafés, esos que nos tomábamos siempre en su despacho hablando de las tareas de ese día.

Siempre llegaba antes que el resto así que su puerta estaba cerrada, llamé un par de veces y cuando me dio paso, entré.

—Buenos días —saludé con una sonrisa.

—Buenos días, Míriam. ¿Qué tal ha estado tu fin de semana? —preguntó como cada lunes cuando dejé su café en el escritorio y me senté.

—Con sorpresa el sábado por la noche, pero muy feliz. Y ayer no salí, me quedé tranquila en el sofá todo el día.

—Ya imagino, descansando de la resaca. —Rio.

—Es que mezclar margaritas con chupitos y mojitos, es un cóctel peligroso.

—¿Y qué sorpresa te dieron? —Curioseó tras beber de su café.

—Camila, mi amiga.

—Nuestra mejor diseñadora gráfica, ¿esa Camila?

—Esa —sonreí—. Nos ha dicho que se casa en dos meses.

—Ella estaba saliendo con Lucas, otro de los diseñadores, ¿verdad?

—Así es.

—Vaya, me gusta ver que el personal no solo se lleva bien, sino que confraterniza de manera exitosa.

—Sí, porque tengo entendido que no es la primera pareja que sale de esta empresa.

—No, no lo es. La primera que se formó, de hecho, fue la de mi hermana Isabel y su marido, Miguel, que en paz descanse —suspiró.

La agencia de publicidad era una empresa familiar, fundada por el padre de mi jefe hacía ya varias décadas, y que dejó en manos de sus dos hijos cuando eran jóvenes, tanto, que el señor Martín ocupó el cargo a la edad de veintitrés años.

—Tendrás que pensar en buen regalo que yo pueda hacerles.

—No es necesario —sonreí.

—Pero quiero hacerles un regalo, son mis mejores diseñadores, no lo olvides —me advirtió señalándome.

—Está bien, veré qué puedo hacer. Por cierto, Camila me ha pedido que busque el cáterin y dado que usted confía en el que contratamos para las celebraciones de la empresa, he pensado en llamarles.

—Mira, pues ya tengo regalo que hacerles. Dile a Camila que del cáterin me ocupo yo, y a ellos les adviertes que no escatimen en nada, que se apliquen tanto como si fuera una fiesta para la empresa.

—Es usted un hombre de un gran corazón.

—Ya que desgraciadamente mi difunta esposa y yo no pudimos tener hijos, me gusta ayudar a mis empleados en todo lo que pueda.

—Pues Camila y Lucas se lo van a agradecer, ya se lo digo yo.

—Aprovecha cuando llames al cáterin para decir que necesitamos que organicen algo para el viernes por la noche —me pidió.

—¿El viernes? —Fruncí el ceño.

—Sí, el viernes.

—Pero no tengo ninguna celebración programada.

—Es mi despedida, Míriam —contestó con una leve sonrisa apenas perceptible para quien no le conociera como lo hacía yo, que había pasado varios años siendo su mano derecha, como él decía.

—¿Despedida? Pero, no entiendo.

—Me jubilo —dijo mientras se ponía de pie y caminó hacia el ventanal para contemplar las vistas de Madrid desde allí—. Ya tengo sesenta y cinco años y, aunque podría seguir alguno más, creo que es mejor que me tome el tiempo de descanso ya. Además, mi hermana finalmente ha aceptado mudarse a mi casa y así hacernos compañía el uno al otro —suspiró.

Por lo que sabía de su hermana era cinco años mayor que él, tenía un hijo y hacía solo dos años que se había quedado viuda. Vivían en Galicia, de donde era su difunto esposo y donde decidieron afincarse cuando el hijo tenía diez años, dejando la agencia de publicad en manos de su hermano.

—¿Y qué pasará con la agencia? —pregunté algo nerviosa porque si la vendía, a saber, cómo sería el nuevo jefe.

—La dejo en manos de mi sobrino —contestó—. Ha tenido una empresa que fundó hace varios años y le iba muy bien, ahora la ha vendido para trasladarse.

—¿Y sabe algo de publicidad? Perdón por la pregunta, pero es que como nunca le hemos visto por aquí…

—Sí, sí sabe —sonrió—. Siempre hemos estado en contacto y le contaba cosas sobre la agencia, así que fue aprendiendo poco a poco para cuando llegara este momento.

—¿Conservaremos los puestos de trabajo?

—Por supuesto que sí, Míriam —se giró para mirarme—, eso no va a cambiar. Es la condición que le puse. Puede traerse a personal de su empresa que pueda encajar en algunos departamentos de la agencia, pero todos, absolutamente todos mis empleados, conservarán su puesto.

—Así que ahora voy a ser la asistente de su sobrino.

—No temas, que es un buen hombre —sonrió.

—¿Qué va a decir usted, si es su tío? —Volteé los ojos.

—Te lo digo en serio, es un buen hombre.

—Me va a dar pena no verle más ni tomarme el café con usted.

—¿Y quién ha dicho que no vayamos a vernos? Pienso venir a ver cómo estás al menos una vez a la semana.

—Ha sido un placer ser su asistente, señor Martín —dije poniéndome en pie al tiempo que le tendía la mano.

—A mí dame un abrazo, que eres mi nieta favorita. —Hizo un guiño.

—Ah, hoy he bajado de categoría, soy su nieta en vez de su hija. —Volteé los ojos y nos echamos a reír antes de que me abrazara.

—Yo sí que voy a echar de menos estos ratos, Míriam, tu alegría y tu sentido del humor han hecho de muchos días malos, los mejores.

—Verá que todavía me hace hasta llorar —resoplé.

—No, no, eso mejor lo dejamos para la fiesta del viernes. Venga, a trabajar que ya vas tarde.

Sonreí y le abracé de nuevo, porque aquel hombre había sido mucho más que un jefe para mí. Tenía confianza con mis padres, pero solo mi jefe sabía ese secreto que yo mantenía escondido bajo llave. Y lo supo porque me encontró llorando una mañana y se lo tuve que contar, que, si no, ese seguiría siendo solo mi secreto.

Fui a mi puesto y comencé la mañana, revisé la agenda comprobando las reuniones que tenía el jefe, se las mandé a modo recordatorio a su correo y poco después llegó la primera cita de esa mañana.

Llamé a la empresa de cáterin para coordinar con ellos la hora a la que debían llegar el viernes, así como los camareros que tenían que contratar. Además, aproveché la oportunidad para pedirles información sobre los menús y los precios correspondientes para la celebración de

bodas.

Quedaron en enviarme todo a mi correo tras decirles lo que me había pedido mi jefe, y seguí trabajando en mi puesto, recibiendo a las personas que iban a verse con él, hasta la hora de mi pequeño descanso para tomar un café con las niñas en la cafetería de la agencia.

Cuando entré en ella, vi a las dos en una de las mesas, me acerqué a pedir un desayuno para mí y fui a sentarme con ellas.

—Sigo con dolor de cabeza por su culpa —se quejó Anabel señalando a Camila.

—¿Por mi culpa? Qué fuerte eso que has dicho.

—No fui yo la que pidió que nos llevaran margaritas para la cena como si fuera agua, te lo recuerdo.

—Y lo bien que lo pasaste, ¿qué? Eso no está pagado. —Rio.

—Sí, si no fuera porque estuve a punto de torcerme un tobillo y venir aquí con muletas.

—No, si no habrías venido en un tiempecito —sonreí.

—Hoy no doy una, en serio —suspiró tras dar un bocado a su tostada de jamón y tomate—. Verás que al final me quedan unos eslóganes horrorosos para las publicidades de la empresa que tengo que hacer.

—Nada, seguro que con el cafelito y la tostada te reactivas. —Le hice un guiño.

—A ver si es verdad, que lo que peor llevo de beber, es el dolor de cabeza.

Le comenté a Camila lo que había hablado con el jefe y se quedó boquiabierta, normal, porque sabía que a todos los empleados que se habían hecho pareja y acababan casándose a lo largo de los años, les hacía un regalito como detalle que yo compraba, pero a ella le iba a pagar el cáterin y eso no era un detalle, no, era un súper regalo.

—Y otra cosa, este viernes tenemos fiesta de empresa —comenté tras dar el último bocado a mi tostada.

—¿Fiesta? ¿Qué se celebra? —Curioseó Anabel.

—El señor Martín se jubila —contesté, y ambas me miraron con asombro, con los ojos y la boca bien abiertos.

—¿Se jubila? ¿Y qué pasa con la agencia? —preguntó Camila.

—Su sobrino se va a poner al frente.

—¿Pero no vivía en Galicia, como su madre?

—Sí, pero ella ha decidido volver a Madrid.

—O sea, que vamos a tener nuevo jefe —dijo Anabel y asentí—. Pues esperemos que sea tan agradable y simpático como su tío.

Todos conocíamos la existencia del sobrino del señor Martín, pero nadie le conocía en persona. Tenía cuarenta años y había pasado los últimos treinta viviendo en Galicia, lugar de origen de su padre, así que desconocíamos por completo su manera de ser.

—¿Vamos a mantener los puestos?

—Sí, Camila, fue una condición que le puso a su sobrino, que todos mantuviéramos nuestro puesto. Aunque puede traer a empleados de la empresa que él tenía.

—¿Y cuándo se incorpora?

—No lo sé, Anabel, pero imagino que la semana que viene, si da la fiesta el viernes.

—Pues a esperar al nuevo jefe.

—No comentéis nada, que hasta que el señor Martín no decida mandar el correo para lo de la fiesta, no lo sabe nadie.

—Esto de tener a la asistente del jefe como mejor amiga, son todo ventajas, oye —dijo Camila y sonreí.

Al terminar nuestro desayuno, cada cual regresó a su respectivo puesto para seguir trabajando. Cuando llegué al mío, vi que la puerta del despacho de mi jefe estaba abierta, y escuchaba su voz, intercalada de algunos breves silencios.

Me asomé para que supiera que había regresado y sonrió al verme, pidiéndome que cerrara la puerta con un gesto de la mano.

Le iba a echar de menos, de verdad que sí, porque ese hombre además de mi respeto como jefe se había ganado mi cariño. Ojalá que el sobrino fuera igual que su tío.

Capítulo 4



Esa mañana de miércoles había enviado el señor Martín el correo a todos los empleados para notificar la fiesta que se celebraría en dos días, solo que no había contado aún que se jubilaba.

Según me dijo quería dar la noticia esa misma noche y no antes, no quería que empezaran a preguntar por el futuro de la agencia o de sus puestos de trabajo, solo yo lo sabía, pero le dije que se lo había contado a Camila y a Anabel, no le molestó porque sabían que eran igual de discretas que yo.

Estaba deseando que llegara la hora de marcharme porque comería con las chicas y después iríamos a la tienda de novias para ver el vestido de Camila. Me encontraba en la planta de contabilidad para hablar con Tamara, la jefa del departamento, sobre un correo que el señor Martín estaba esperando.

Decir que cuando entré aquello era un pequeño caos, no era para nada exagerado.

Uno de los chicos me dijo que se había caído el servidor en esa planta y estaban los técnicos mirándolo, entré en el despacho de Tamara y vi a la pobre mujer al lado de la fotocopiadora con varios papeles en la mano.

—Míriam, te manda el jefe, ¿verdad?

—Sí, te he llamado un par de veces, pero no me lo cogías.

—Ya ves cómo estamos, y lo peor es que hasta nuestras líneas de teléfono se han caído. Yo no sé qué pasa hoy, pero parece que hemos invocado al *Bitelchús* ese —suspiró—. Eso, o las máquinas han decidido revelarse.

—¿Estás imprimiendo el informe? —pregunté al ver que tenía una tarjeta de memoria conectada a la impresora.

—Sí, porque no hay manera de meterme en el correo ni siquiera desde mi móvil.

—Deja que te ayudo, anda. —Me puse a su lado—. Tú ve a ver si alguno de los chicos necesita algo.

—¿Segura?

—Que sí, tranquila. Tienes todo metido en la misma carpeta y en un solo archivo, ¿verdad?

—Sí, el PDF es solo un archivo.

—Pues yo me encargo, y cuando acabe, subo a dárselo al jefe.

—Gracias, Míriam, porque esto de no saber qué hacen los técnicos me tiene mala.

Sonreí al verla salir y me quedé allí terminando de imprimir todo, una vez tenía las doscientas páginas encuadernadas, dejé la tarjeta de memoria en el escritorio de Tamara y regresé a la última planta para dárselo al señor Martín.

Al salir, me encontré con un hombre en la sala de espera que estaba ojeando una revista. Era alto, con el cabello castaño perfectamente peinado, y desde donde estaba, podía apreciar el marrón de sus ojos. Vestía un traje de color azul marino, una camisa blanca y una corbata de un tono azul más claro. Su expresión parecía un tanto seria, aunque tal vez solo era mi percepción.

—Buenas tardes —dije haciéndome notar y dado que eran casi las dos del mediodía—. ¿Puedo ayudarle? —pregunté cuando al fin me miró con los ojos más fríos que había visto en mi vida.

—Quería ver al jefe —contestó con la voz ligeramente ronca.

Eché un vistazo a la puerta del despacho y vi que estaba abierta, caminé hacia ella y noté la mirada de ese hombre sobre mí, algo que, por un motivo que hasta el momento desconocía, hizo que me estremeciera ligeramente.

El señor Martín no estaba en el despacho, por lo que fui hacia mi escritorio donde dejé el informe y cogí el teléfono para llamarle al móvil.

—Dime, Míriam.

—Tiene una visita aquí esperando, señor Martín —contesté.

—Ah, sí, cierto. Olvidé que venía, pero no se lo digas —sonreí—. Dile que baje a la cafetería, por favor.

—Sí, señor. —Colgué y al girarme, tenía a ese hombre a mi espalda—. Por Dios —me lleve la mano al pecho—, ¿qué hace aquí?

Pero se quedó callado, tan solo me observaba con esos ojos fríos que había visto antes.

—El señor Martín me ha pedido que le diga que le está esperando en la cafetería —dije al fin, y él asintió antes de apartarse un poco.

—¿Es usted su asistente?

—Sí.

—Pues no debería abandonar su puesto —contestó mientras metía ambas manos en los bolsillos y caminaba hacia el ascensor.

¿Quién demonios se creía que era para hablarme así? Yo no abandonaba mi puesto salvo en mi tiempo de descanso, y en esos momentos mi jefe estaba siempre aquí con la puerta abierta para recibir a las visitas.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron y me dedicó una última mirada con el semblante serio, entró y allí me quedé yo, con ganas de mandarle a la mierda por idiota.

El teléfono de mi escritorio sonó y era mi jefe.

—¿Has podido hablar con Tamara? —preguntó, y le puse al corriente de lo que pasaba en el departamento de contabilidad.

Le dije que dejaba el informe en el primer cajón de su escritorio para que lo cogiera cuando subiera a por sus cosas antes de marcharse, y me despedí de él hasta el día siguiente.

Llevé el informe a su despacho y recogí todo para irme a mi hora. Cuando bajé a la sala de recepción ya estaban Anabel y Camila esperándome para irnos.

Cada una llevaría su coche, puesto que después de ver los vestidos nos iríamos a casa, así que fuimos hacia la puerta de salida y, como si algo me incitara a hacerlo, miré hacia la cafetería.

Allí estaba mi jefe hablando con ese hombre que, aunque seguro que le escuchaba a él, no dejaba de mirarme a mí.

De nuevo me estremecí y no sabía el motivo, solo que era él, ese hombre al que no conocía de nada, quien lo provocaba.

—¿Míriam? —me llamó Camila y la miré— ¿Qué pasa?

—Nada, es que el hombre con el que está hablando el señor Martín, es un idiota de manual.

—¿Le conoces? —preguntó Anabel frunciendo el ceño.

—Pues no tenía el disgusto de hacerlo hasta hace menos de media hora.

Les conté lo ocurrido antes de bajar a reunirme con ellas y me dijeron que no le hiciera caso, que, seguramente, estuviera acostumbrado a que le recibieran a su llegada a los sitios y lo de hoy no fuera lo habitual para él.

Me daba igual, fuera como fuese, no era nadie para hablarme así.

Cogimos los coches y fuimos hasta la zona donde estaba la tienda de novias, ya que justo al principio de la calle había un restaurante donde comeríamos tranquilas.

Pedimos agua para beber y una ensalada cada una para comer, y pasamos ese rato hablando de los preparativos de la boda.

El día anterior le dimos Anabel y yo la enhorabuena a Lucas, que sonrió al tiempo que nos abrazaba. Habíamos salido las tres a cenar con él y a tomar una copa en alguna ocasión, era un buen hombre y a Camila siempre la trataba con mucho cariño y amor.

Después de almorzar, disfrutamos de un café y Camila nos habló de cómo le gustaría decorar el jardín. También nos comentó que estaba considerando la posibilidad de contratar una *wedding planner* para que la ayudara con todo, ya que temía que, de no hacerlo, quizás acabara volviéndose loca.

—Es que seguro que ella lo deja todo perfecto —comentó.

—Pues contrátala, pero eso sí, del cáterin ya me he encargado yo —contesté.

—¿Te han pasado los menús y los precios?

—Sí, me han llegado hoy. Mañana te los mando para que les eches un vistazo.

—Bueno, pues una cosa menos —suspiró.

Tras el café, fuimos caminando hacia la tienda de novias, Camila decía que, aunque no fuera mucho camino, el paseíto nos vendría bien para bajar la comida.

Cuando entramos y la dueña la vio, sonrió al tiempo que se acercaba para saludarnos.

—Vienes para la prueba de vestidos, ¿verdad? —le preguntó a Camila.

—Sí, pero ya tengo claro cuál quiero.

—¿Te llevo ese primero, o lo dejamos para el final?

—Para el final, sí, mejor para el final —sonrió mi amiga y seguimos a la dueña a una de las salas que tenía libre, puesto que había varias futuras novias probándose vestidos.

Anabel y yo nos acomodamos en el sofá, y Camila entró en el cuarto para quitarse la ropa y esperar que llegara la mujer y una ayudante, quienes traían un perchero repleto de vestidos de novia.

—¿Es normal que me estén dando ganas de probarme uno? —preguntó Anabel.

—No —reí—, pero yo también le echado el ojo a uno.

Camila salió con el primer vestido y, aunque era de esos de corte muy clásico y sencillo, se veía preciosa.

Acabó probándose once; los había blancos, en color marfil e incluso en un tono rosa pastel muy suave que la mujer dijo que se llevaba mucho en verano.

Pero ella no se terminaba de ver bien con ninguno, ya que se había hecho a la idea de verse con el que le había llamado la atención en la página web.

Y en cuanto las dos la vimos salir con él puesto, sonreímos al igual que ella.

—Este sí, Camila —dije—, este es el tuyo.

Se echó un vistazo en el espejo y la ayudante que había venido le hizo un recogido rápido para que se hiciera una idea de cómo estaría en su gran día.

El vestido era perfecto para Camila, como si lo hubieran diseñado y confeccionado exclusivamente para ella.

Era en corte «A», de una suave gasa en color blanco con un elegante escote en «V», y toda la parte del corpiño estaba adornada con delicados encajes que le daban un toque romántico, ideal para ese día.

Tenía tirantes finos, lo que permitía que Camila pudiera estar cómoda, y toda la parte de la espalda quedaba al descubierto.

La falda tenía un movimiento increíble, se notaba por cómo se movían las diferentes capas con cada leve movimiento que hacía ella. Le trajeron varios pares de zapatos para que se los probara, así como algunos complementos para el pelo. Finalmente, se decantó por unos zapatos blancos forrados en gasa y una preciosa tiara para ese recogido que le haría la prima de Lucas.

Era la novia más guapa y radiante que había visto, y se me acabaron saltando un poco las lágrimas al ver a mi mejor amiga así vestida.

—No llores, que como empiece yo, la liamos —me dijo Camila.

—Lo siento, pero es que estoy tan feliz de verte así a ti. —Me limpié las mejillas con un pañuelo que me dio Anabel.

—Tú habrías estado aquí antes que yo si no fuera porque rompiste con Raúl.

—No rompió con él, le mando a la mierda —dijo Anabel—. Esas fueron sus palabras cuando nos lo contó. —Se encogió de hombros.

—Esto va a ser una locura y seguro que Julia nos manda a la mierda a nosotras, pero… ¿Y si os probáis uno vosotras? —sugirió Camila.

—¡Me apunto! —gritó Anabel y corrió hacia el perchero.

Y sí, acabamos las tres allí vestidas de novia como si fuéramos modelos posando para las fotos de alguna colección.

Desde luego que a locas no nos ganaba nadie, pero nos lo pasábamos en grande juntas.

Julia, la dueña, no solo no se opuso a eso, sino que nos tomó algunas fotos para que tuviéramos como recuerdo de una de nuestras locuras, y, cuando volvimos a ponernos nuestra ropa, Camila dejó la señal para el vestido.

—A partir de hoy no puedo pasarme con la comida porque no quiero que le tengan que hacer muchos arreglos al vestido —nos dijo al salir de la tienda.

—Nos lo dices a modo de advertencia como si fuéramos nosotras las que te obligamos a comer —protestó Anabel.

—Reconoce que parte de culpa tenéis, que cuando os da por engullir…

—Hija de la gran china —me quejé—. Pero si eres tú la que cuando pide comida lo hace como si fuera a acabarse el mundo.

—Eso lo hago porque me paso el día sin apenas comer para disfrutar con vosotras.

—Toma ya lo que ha dicho. —Rio Anabel.

—Entonces, ¿de verdad que el vestido me sienta bien? —preguntó Camila un tanto nerviosa.

—Cuando te vea Lucas con él, se echará a llorar —contesté.

—Pero de alegría o de pena, porque me queda fatal.

—De alegría, boba —sonrió Anabel—. Estás preciosa con él, y tu Lucas se va a quedar mudo cuando te vea.

—Bueno, bueno, mudo se puede quedar cuando me dé el «sí, quiero», pero antes de eso no, que entonces sería como si me dejara plantada.

Y solo a ella se le podía ocurrir decir aquello, pero la adoraba y era más que una amiga, era parte de mi familia y la quería con locura.

Decidimos ir a tomar un café y en ello estábamos cuando me volvió a llamar mi ex, al que ignoré por completo, como era habitual.

Nos despedimos una hora más tarde, quedando en que había que organizar la despedida de soltera; pero antes de eso, tendríamos una cena para celebrar la gran noticia con Lucas.

Cuando me subí al coche, el móvil sonó de nuevo y, como la vez anterior, también era Raúl.

Opté por bloquear ese número definitivamente porque no, no me hacía bien tenerlo y no quería saber nada de él, no quería que volviera a romper mi paz lejos de él de nuevo.

Capítulo 5



Viernes, y ahí estaba yo, llegando a la agencia de nuevo para esa última fiesta que organizaba mi jefe.

Durante la semana, nos dedicamos a poner todo al día para que cuando su sobrino se incorporara, todo estuviera en orden. Según me dijo, no tardaría mucho, puesto que quería ponerse al frente lo más pronto posible.

Para esa noche había escogido un vestido entallado en blanco con un cinturón ancho negro, a juego con los zapatos de tacón y el bolso. Aunque el vestido era de manga larga, su tejido era ligero, así que decidí ponerme un abrigo para protegerme del frío nocturno.

Bajé del taxi y caminé hacia la puerta donde me recibieron los chicos de seguridad.

Cogí el ascensor y subí a la primera planta, lugar en el que se celebraban siempre estas fiestas de empresa.

Al salir, me recibió la música *jazz*, esa que tanto le gustaba al señor Martín, y las voces de unos y otros en murmullos hablando.

No tardé en encontrar a Camila, Anabel y Lucas.

—Por fin llegas, un poco más y te quedas sin vino —dijo Camila.

—Sí, porque te lo estás bebiendo tú todo, cariño —le contestó Lucas.

—Uy, qué mentira más grande —negó mi amiga.

Cogí una de las copas de vino blanco que el camarero llevaba en su bandeja mientras pasaba junto a nosotros y le di un trago.

—¿Tú vas a decirme por qué el jefe ha organizado esto? —me preguntó Lucas— Porque ellas no han abierto la boca, y sé que lo saben.

—Lo saben, pero son tan discretas como yo —sonreí—. Cuando llegue el momento lo sabrás,

tranquilo.

Eché un vistazo alrededor y vi a mi jefe hablando con Tamara, la jefa del departamento de contabilidad, y con Mario, el jefe de márquetin.

Volví a centrarme en mis amigas y estuvimos hablando de la boda, Lucas decía que ya tenía encargado el traje y que algunos de los compañeros estaban hablando de prepararle la despedida de soltero.

—Lo comentamos el otro día con ella —señalé a Camila—, tenemos que organizar una noche para salir los cuatro y celebrarlo.

—Eso está hecho, cuando queráis —sonrió.

—Veo que ese tobillo está mucho mejor. —Anabel y yo nos giramos al escuchar esa voz, y al hacerlo, nos encontramos con el moreno de ojos azules que estaba en el local la noche del sábado.

Llevaba un traje oscuro, corbata a juego y camisa azul cielo. Con esta luz sus ojos destacaban aún más, y sonreía levemente mirando a una más que avergonzada Anabel.

—Sí, no fue nada —dijo ella al fin.

—¿El hielo te fue bien, como dije?

—Sí —sonrió.

—Me alegro.

—Disculpe, pero, usted no trabaja en la agencia —comenté y me miró.

—Ahora sí, empiezo el lunes.

—¿En qué departamento? —Curioseó Lucas.

—Última planta, despacho del subdirector.

—No sabía que el jefe iba a contratar a alguien para ese puesto —comentó el pobre Lucas que seguía sin saber nada de lo que iba a pasar esta noche.

—Buenas noches a todos. —Miramos hacia el centro donde ya estaba el señor Martín.

—Un placer haber comprobado que ese tobillo está bien. —Le tendió la mano a Anabel, que se quedó paralizada hasta que Camila le cogió el brazo para que se la estrechara.

—Anabel, se llama Anabel y a veces se queda muda, pero se le pasa —dijo Camila, lo que hizo que tanto Lucas como yo tuviéramos que aguantarnos la risa.

—Encantado de conocerte, Anabel. Soy Mateo.

Y se fue, momento en el que prestamos de nuevo atención al discurso de nuestro jefe.

—Sé que muchos os preguntáis a qué se debe esta fiesta, dado que no es ninguna fecha especial y tampoco hay que celebrar nada. Bueno, eso no es del todo cierto porque me consta que dos de nuestros mejores diseñadores gráficos se casan en breve. —Miró hacia donde estábamos nosotros, al igual que el resto de los empleados, y todos sonreímos.

»Me alegra saber que de verdad la agencia ha sido como una gran familia para todos. Una familia a la que voy a echar de menos. —No tardaron en empezar los leves murmullos de todos, preguntándose a qué se refería—. Si os soy sincero, ha sido la decisión más difícil de tomar de toda mi vida, pero había que hacerlo. Ha llegado la hora de que me jubile, de modo que la agencia pasa a unas nuevas manos.

—¿Vende la agencia, jefe? —preguntó uno de los chicos del departamento de publicidad.

—No, no, la agencia seguirá siendo de mi familia, al menos una generación más. Mi sobrino Gabriel tomará las riendas y será el nuevo CEO de la empresa que fundó mi padre y que, con orgullo e ilusión, mi hermana Isabela y yo dirigimos juntos durante años hasta que me dejó solo.

—¿Su sobrino, ha dicho? —preguntó Lucas— Entonces ¿el tal Mateo este quién es?

No tardamos en averiguarlo puesto que, con una simple mirada y un gesto de la mano, mi jefe les pidió a dos hombres que se acercaran. Uno de ellos era Mateo, el moreno de ojos azules que habíamos visto ya dos veces, y el otro, aquel hombre de cabello castaño y ojos marrones y fríos que buscaba el otro día al señor Martín.

—Mi sobrino Gabriel estará al mando, como he dicho —puso la mano sobre el hombro del hombre que yo había visto—, y su amigo y socio Mateo le ayudará a dirigir la agencia. Y como sé que os estaréis preguntando qué pasará con vuestros puestos, tranquilos, porque todos seguiréis en el mismo.

»Quiero deciros que ha sido un honor para mí contar con este equipo en la agencia. A los más veteranos, qué puedo deciros además de daros las gracias, que estuvisteis ahí en todo momento y que sacasteis grandes campañas adelante. A los que menos tiempo lleváis, os deseo lo mejor en la agencia y que no os vengáis abajo en ningún momento.

»Y me vais a permitir que pida que venga alguien que ha hecho de estos últimos años mi trabajo mucho más fácil. Míriam, acércate por favor —dijo mirándome, y noté que me estremecía de pies a cabeza.

Tragué con fuerza al ver el modo en el que me miraba el sobrino de mi jefe, o sea, mi nuevo jefe en realidad, y comencé a caminar hacia el señor Martín que me recibió con una sonrisa y un abrazo de lo más afectuoso.

—No me haga llorar, que le conozco —le advertí.

—Voy a echar de menos tu sentido del humor, en serio. —Me dio un apretón en la mano antes de hacer que me pusiera a su derecha, de modo que quedé entre él y su sobrino—. Todo el

mundo debería tener una asistente como ella, que no solo se ha preocupado por mí como jefe, sino como persona. No voy a negar a estas alturas que Míriam es mi favorita —dijo, y todos se rieron—, porque lo es.

»Hemos tenido largas reuniones en el despacho antes de empezar a trabajar, y conversaciones que me han hecho ver la vida de otro modo en más de una ocasión. Si pudiera, la habría adoptado y ella lo sabe —negué mientras sonreía con las mejillas ardiendo por la vergüenza que estaba pasando yo allí.

»Sabes que te aprecio y que te agradezco todos estos años a mi lado, y espero de corazón que la vida te sonría como mereces. —Me miró al decir esas palabras y noté que se me humedecían los ojos—. Gabriel, espero que llegues a apreciarla como yo lo he hecho.

—Mientras sea eficiente y no abandone su puesto sin avisar, todo bien —contestó él mirándome con esos ojos fríos como un témpano de hielo, dejando claro que me recordaba del otro día.

—Gracias a todos por esos años, y por la dedicación que sé que seguiréis poniendo en vuestro trabajo, aunque yo no esté. —Terminó mi jefe con la copa de vino levantada a modo de brindis, eso que hicimos todos—. Ven, Míriam, quiero que conozcas a mi hermana —me pidió y asentí.

Antes de dar un solo paso miré levemente y por encima del hombro al sobrino, o sea, a mi nuevo jefe, y él seguía con el rostro imperturbable y mirándome con lo que parecía curiosidad.

Acompañé al señor Martín hasta donde estaba su hermana, que estaba sola disfrutando de una copa de vino, y al verme, sonrió.

—Isabela, ella es Míriam, mi asistente.

—Encantada de conocerla, señora Isabela —dije acercándome para estrecharle la mano, pero ella me dio un abrazo y un par de besos.

Era una mujer con un estilo impresionante y realmente atractiva, y al igual que su hermano, no aparentaba los años que tenía. El color de sus ojos era el mismo que el de él, ese mismo que había heredado su hijo Gabriel, solo que los de ella y mi jefe eran mucho más cálidos que los de él.

Tenía el cabello castaño y, al menos a simple vista, no parecía tener canas.

—No, querida, la que está encantada soy yo. No sabes la de veces que mi hermano me ha hablado de ti. Ya tenía ganas de conocerte al fin. Siempre diciendo lo buena chica que eres, las risas que les has sacado, y que eres quien mejor ha sabido llevar su mal humor.

—No tiene tan mal humor, solo cuando no toma café a primera hora —contesté.

—Exacto. —Rio ella.

Me quedé charlando con ellos unos minutos y pude comprobar de primera mano que la señora Isabela era igual de simpática y buena persona que su hermano.

Iba hacia donde estaban las chicas y Lucas cuando noté una mano alrededor de mi brazo.

—No sé si se acuesta con mi tío o qué, pero yo no voy a tolerar que haya desobediencia en mi empresa —me dijo Gabriel, el nuevo jefe.

—¿Perdón? —Abrí los ojos ante el estupor que me causaban esas palabras, ¿de verdad pensaba que me acostaba con un hombre que podría ser mi padre?

—Ya me ha escuchado. —Se quedó mirándome con los ojos fríos fijos en los míos—. Mantengo a los empleados porque sé que son un buen equipo para la agencia y porque me lo ha pedido mi tío. Pero se lo advierto, a la mínima que haga y no me guste, la despido.

—Eso no le gustaría a su tío. —Me atreví a decir, porque era cierto. Sabía que el señor Martín me apreciaba de verdad y que me despidiera su sobrino no le iba a hacer ninguna gracia—. Nadie conoce el puesto de asistente del dueño de la agencia como yo, y eso se lo puede decir él. Por no hablar que instruir a alguien…

—Como bien sabe, porque estoy al tanto de que mi tío le informó de todo, podía traerme personal de mi empresa y lo he hecho. Usted de momento está a prueba, si rebasa los límites, mi antigua asistente ocupará su puesto.

—Déjeme adivinar. —Entrecerré los ojos—. Cree que me acuesto con su tío porque usted sí se acostaba con su asistente, ¿verdad? Pues espero que siga siendo así, porque yo no necesito acostarme con mi jefe para tener el puesto asegurado. Ese me lo he ganado con trabajo y esfuerzo.

—Se lo advierto, no toleraré que rebase los límites —dijo mientras sentía su mano apretando un poco más en mi brazo.

—Perfecto, porque yo tampoco voy a tolerar otros. —Miré hacia mi brazo y él hizo lo mismo, retirando la mano, y al ver que me frotaba levemente la zona frunció el ceño, pero no dijo nada.

Me fui hacia las chicas con un leve palpitar en el brazo por el fuerte agarre de su mano, pero no me había hecho daño, era más el hecho de no haber podido cantarle las cuarenta al nuevo jefe delante de todos.

No podía creer que de verdad se le hubiera pasado por la cabeza que tuviera un lío con su tío, al final eso que decían de que «se cree el ladrón que todos son de su condición» iba a ser verdad. Nunca se me habría pasado por la cabeza acostarme con un jefe, pero estaba claro que este no sabía con quién se las podía ver a partir de que se incorporara a la agencia.

Que yo por las buenas era la más buena del mundo, pero por las malas, como decía Camila, que temblara Madrid porque lo ponía patas arriba en un momentito.

—¿Qué os ha parecido el nuevo jefe? —nos preguntó Lucas a todas.

—A mí un gilipollas —contesté.

—Joder, pues tú estarás con él todos los días —dijo Anabel.

—Sí, y ya veo que nos vamos a llevar muy bien —sonreí mirando hacia él, que no me quitaba el ojo de encima—. Nótese la ironía, obviamente.

—Pero ¿qué te ha pasado con él?

—Pues, aparte de que es el idiota de manual que os dije el otro día —las dos abrieron los ojos al escucharme—, ahora me suelta no solo que no me va a pasar ni una, sino que se cree que me acuesto con su tío.

Lucas casi se atraganta con el sorbo de vino que acababa de dar, y tanto Camila como Anabel soltaron un gritito por la sorpresa.

—Mira, para empezar, si te acostaras con señor Martín le habría dado un infarto en la cama mientras hacías de amazona con él, y para seguir, ese tío no sabe lo que ha hecho —dijo Camila.

—Ha despertado a la versión mala de mi persona, ya te lo digo. —La miré.

—No lo jures, porque esa mirada da miedo.

—Es que es para que la teman, Lucas, es para que la teman.

Lo decía Camila que me conocía de toda la vida, pero Anabel asentía dado que algo había visto de mi peor versión.

Y no, yo no era mala persona, pero cuando alguien entraba así en mi vida para quitarme esa paz que yo tenía, me podía volver de lo más brava.

Tanto Gabriel como Mateo, su amigo y socio, según había dicho nuestro futuro exjefe, no dejaban de mirar hacia nosotros. A mí me estaba estudiando, de eso no tenía duda, pero le iba a costar llegar a mí, porque sí, yo sería una profesional y me comportaría como la mejor de las empleadas, pero no iba a obtener ni un solo trato de bondad como había tenido su tío.

Capítulo 6



Me había pasado el fin de semana en casa, pensé en ir a comer con mis padres, pero se fueron el sábado a primera hora a visitar a un amigo suyo en Córdoba que tenía unos terrenos que quería vender y que se encargaran ellos. Al parecer eran una herencia del padre fallecido un año antes y los hermanos no querían hacerse cargo de cultivar como hacía él, así que decidieron vender finalmente.

Anabel no se encontraba bien después de la fiesta, la pobre bebió un poco más de la cuenta porque estaba nerviosa al tener a nuestro nuevo subdirector cerca, y es que el moreno no le quitaba los ojos de encima a la niña, claro que mi jefe directo a mí, tampoco.

Qué mal me había caído, con lo buen hombre que era su tío, de verdad. Es que las diferencias entre uno y otro eran enormes, pero sobre todo el modo de ser, su personalidad. Mientras que el señor Martín eran simpático y amable, el señor Gabriel era frío y borde, por no hablar de su prepotencia, vaya.

Realicé una búsqueda en Internet con el objetivo de obtener toda la información posible sobre ese desconocido que, según me comentó su tío, se unía hoy a la agencia. Por lo tanto, al llegar a primera hora de la mañana, tenía la intención de ir a verle para saber cómo le gustaba el café; solo, con leche, muy dulce, o quizás con unas gotas de laxante…

Vale, nada de laxante por el momento que ese capaz era de despedirme, que lo había dejado claro en la fiesta.

Lo que descubrí en los diferentes artículos que vi sobre él era que había fundado su propia empresa con poco más de veinticinco años y la había dejado en lo más alto del sector, se dedicaba a la tecnología y fabricaban todo tipo de dispositivos y programas, ya fueran para uso particular o de empresas. La había vendido por una fortuna, según decían los medios, y en cuanto a relaciones amorosas solo se le había conocido una en aquellos años, pero no encontré nada sobre esa mujer.

Todo lo demás que había tenido eran aventuras, romances de poco más de un mes, o como diría Camila, *follamigas* de hoy sí y el mes que viene ya no.

No eran chicas como yo, sencillas me quería referir, sino que se le había visto con modelos y

alguna que otra actriz. Claro está que la aventura con su asistente pues no salía en la prensa, pero vamos que a esa también la contaba por lo que él mismo me confesó.

Seguía tomándome el primer café de la mañana en la terraza, con esas vistas que tanto me gustaban, y levanté la taza para hacerle una foto que subí a mis redes. No era algo habitual pero cuando tenía ante mí una estampa como aquella, pues me gustaba compartirla para que la viera todo el mundo. Que contaba con una millonada de seguidores, pero al tener las redes públicas, cualquiera podía ver lo más bonito, al menos para mí, de Madrid.

Después de un desayuno rápido pero saludable, como diría mi madre que no quería que cayera enferma, salí de casa para ir a la oficina, y durante el camino en coche, escuchando la radio y canturreando algún que otro estribillo de las canciones que iban sonando, me fui mentalizando de que tenía que ver al nuevo jefe nada más llegar.

Aparqué el coche y caminé hacia la entrada mientras echaba un vistazo al móvil, y es que me había llegado un mensaje de mi madre diciendo que estaban ya de vuelta de pasar el fin de semana en Córdoba y me invitaban a comer, así que quedamos en el asador de Luisa.

Pues lo agradecía, la verdad, porque así me olvidaría por unas horas del nuevo jefe.

En cuanto puse un pie fuera del ascensor suspiré a sabiendas de que no sería la simpática sonrisa del señor Martín la que me recibiría, sino la seriedad de su sobrino.

Suspiré dejando todo en mi puesto, encendí el ordenador y vi que la puerta del despacho estaba abierta. Caminé hacia allí y me asomé un poco, comprobando que ya estaba sentado en el escritorio.

Su traje era de color gris marengo, el mismo tono que la corbata, y la camisa en color blanco. Estaba concentrando en la pantalla del ordenador tecleando rápido, así que llamé a la puerta con dos golpecitos y miró hacia mí.

—Buenos días, señor Gabriel —saludé con esa seriedad que él tenía.

—Buenos días —contestó volviendo a centrar su atención en el ordenador.

—Venía para saber cómo toma el café, así puedo traerle uno cuando llegue, como hacía con su tío.

—Solo y muy cargado —seguía sin mirarme.

—Enseguida se lo traigo. —Giré y fui hacia la sala donde teníamos la cafetera para preparar los dos.

La puerta de la sala que habían habilitado como despacho para el subdirector estaba cerrada, por lo que no sabía si el señor Mateo se encontraba dentro o no, y tampoco es que a mí debiera importarme porque yo no era su asistente, solo la del nuevo CEO de la empresa.

Fui con los dos cafés hacia mi puesto, cogí la agenda y un boli como cuando empezaba las mañanas de trabajo con el señor Martín, y entré de nuevo en el despacho esta vez sin llamar, primero porque no podía y segundo porque la puerta estaba abierta.

—Aquí tiene. —Dejé el suyo sobre la mesa y noté una leve mirada, rápida eso sí, hacia mi escote.

Para esa mañana me había puesto una blusa de seda en color blanco, destacando el sutil bronceado de mi piel, llevaba botones, pero me había dejado uno más de la cuenta desabrochado a conciencia. La falda era gris marengo, que ni hecho a propósito para ir iguales me habría salido tan bien. Además de ceñirse a mi figura, resaltando una silueta delicada y femenina, tal como solía decir mi madre, tenía una apertura en la parte de atrás que llegaba hasta la altura de las rodillas.

Tomé asiento frente a él, di un sorbo a mi café y lo dejé en el escritorio.

—Si le parece bien, repasamos la agenda de hoy —dije mientras abría la mía en la fecha del día.

—¿Esto es lo que hacía con mi tío?

—Cada mañana —respondí, y él suspiró dejando de teclear.

—Vale, acabemos con la agenda de hoy.

Se reclinó sobre su sillón con las manos cruzadas en el regazo, me miró fijamente con el semblante igual de serio, y comencé a hablar de lo que había previsto para esta mañana.

Después de media hora allí en la que me preguntó algunas cosas sobre las reuniones a las que tenía que asistir, me levanté para dejarle seguir trabajando, y en el momento en el que lo hice noté su mirada recorriendo mi figura de arriba abajo. Sonreí levemente y giré, caminando hacia la puerta con un sutil contoneo de caderas.

Si ese hombre quería jugar, había encontrado un digno oponente, porque no iba a dejarme amedrentar por nada, esa amenaza de despedirme se la podía meter donde le cupiera.

—¿Cierro la puerta, señor Gabriel? —pregunté al llegar a ella mirándole por encima del hombro, y ahí estaba su mirada disfrutando de la vista de mis piernas.

—Sí —contestó tras un carraspeo.

Míriam, uno; CEO amenazante, cero.

Cerré la puerta y regresé a mi puesto donde me puse a trabajar como cada mañana hasta la hora de mi descanso, ese para el que fui al despacho a avisarle y tan solo asintió con la mirada fija en mí.

Las chicas ya estaban en la cafetería cuando llegué, pedí mi desayuno y me uní a ellas en la mesa.

—¿Qué tal con el nuevo jefe? —Curioseó Camila.

—No nos hemos matado, y eso ya es un logro.

—Pues con esa falda y ese escote, no sé cómo no le has dejado bizco.

—Mirarme me ha mirado, desde luego, pero vamos que no voy a ser la siguiente asistente que se acuesta con él.

—Es que, mira que pensar que te acostabas con su tío —comentó Anabel.

—Eso se lo tengo que decir yo al señor Martín cuando le vuelva a ver, lo que nos vamos a reír —resoplé.

—Bueno, paciencia, que no te queda otra.

—Y guerra, porque me da que este ha llegado con ganas de guerra a la agencia, y yo no tengo miedo de darle un poco de su medicina.

—Vamos, que vas a venir en plan mujer fatal para provocarle taquicardias —dijo Anabel riendo.

—Solo un poquito. —Me encogí de hombros.

—Cualquier día la vemos llegar con un mono de cuero, las tetas medio fuera y las botas de tacón de aguja en plan *Catwoman*.

—Tanto no, Camila, que eso no es un atuendo adecuado para la empresa. —Reí.

—Pues no solo te sentaría bien, sino que ese hombre fijo que acababa en urgencias, o en el cuarto de baño mojándose la cara con agua fría —dijo Camila.

Mientras desayunábamos vimos entrar al subdirector, ese que, al pasar por nuestro lado, nos saludó y a Anabel le dedicó un guiño de ojo.

—Me da que le haces tilín al jefecito —comenté.

—Sí, y tolón también, no te fastidia. —Volteó los ojos.

Fui al ascensor para regresar a mi planta en cuanto acabamos para no retrasarme más de la cuenta, pero antes de llegar me llamó Tamara que venía por detrás y me dijo que la acompañara al despacho para recoger un informe contable que le había pedido el nuevo jefe esa mañana, al parecer quería ver los números contables del año pasado, y lo que iba de este.

Cuando me lo entregó, subí hasta mi planta y vi que la puerta del despacho estaba cerrada, llamé un par de veces y abrí directamente, costumbre que tenía de hacerlo con su tío, y al mirar hacia el frente me quedé parada y con los ojos abiertos ante la imagen que había.

El jefe sentado en su sillón con una mujer sobre él, cabalgando como una amazona, sin camisa y los pechos al aire.

Ni ellos pararon, ni yo me corté lo más mínimo en ir hacia el escritorio para dejarle la carpeta.

—Lo que solicitó al departamento de contabilidad esta mañana —dije mientras lo dejaba al lado de la blusa de la morena que tenía encima, y me di la vuelta para marcharme, no sin antes añadir unas últimas palabras—. A propósito, señor Gabriel, tiene marcas de pintalabios en su camisa —lo miré por encima del hombro y noté que sus ojos estaban fijos en los míos.

Cerré la puerta y resoplé, menuda me esperaba con este nuevo jefe y el desfile de amigas que estaba segura de que tenía.

Cogí el móvil cuando me senté y les puse un mensaje a las niñas.

Míriam: *Voy a odiar a mi jefe.*

Suspiré mientras guardaba el móvil de nuevo en el bolso y me concentré en el trabajo que tenía que hacer. Comencé a revisar algunos correos y a reorganizar las citas programadas para el resto de la semana, con el objetivo de enviárselas al jefe a través de la agenda que estaba sincronizada con la mía.

Poco después se abrió la puerta del despacho y vi salir a la morena, sonriendo con una cara de satisfacción que no podía con ella, y arreglándose el cabello. No pude evitar voltear los ojos, eso fue superior a mis fuerzas, en serio.

Ni dos minutos habían pasado desde que ella entrara en el ascensor, cuando me llamó el jefe por teléfono pidiéndome que fuera a su despacho.

En cuanto entré le vi con esa pose de superioridad que había tenido por la mañana cuando empezamos a hablar de su agenda.

—¿Qué necesita, señor Gabriel?

—¿Ha disfrutado del espectáculo? —Curioseó con la ceja ligeramente arqueada.

—No he visto gran cosa. —Fruncí los labios quitándole importancia y le vi ponerse en pie y acercarse a mí, pero no me moví ni tan siquiera un milímetro de donde estaba, que tuviera claro que, a mí, miedo no me daba.

—¿Quiere verlo? —preguntó con la voz más grave que de costumbre y me estremecí, pero procuré no dar indicios de ese hecho ante sus ojos.

—Lo que sucede es que, a decir verdad —le miré fijamente a los ojos, como hacía él—, me gustan más mayores. —Me encogí de hombros y me di la vuelta para irme.

Cerré la puerta del despacho y regresé al trabajo, rezando para que no saliera de allí antes de que yo me fuera a comer, y que tampoco me llamara.

No podía dar una explicación al hecho de que me estremeciera con ese tono de voz que había empleado, o con su sola presencia ya puestos, pero así había sido y esperaba que no volviera a ocurrir.

Capítulo 7



Y no, por suerte no volví a verle en lo que quedaba de mañana.

Acababa de llegar al asador de Luisa y mis padres me esperaban tomando un vinito en la barra.

—Hola, cariño —sonrió mi madre dándome un abrazo.

—Hola. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, tranquilo y sin mucho tráfico —contestó mi padre, pues se habían ido hasta allí con el coche.

—¿Y los terrenos?

—Perfectos, vamos a hacer un estudio porque igual se puede construir en ellos, así que la venta de ese modo sería mucho más fácil.

—Desde luego, cualquier inversor en Córdoba puede estar interesado en ellos.

—¿Qué hiciste al final el fin de semana?

—Poca cosa, mamá. Limpiar y descansar —sonreí.

—¿No saliste con las niñas?

—No, papá, suficiente fiesta tuvimos el viernes al despedir al señor Martín.

—¿Ya se ha jubilado?

—Sí, y hoy ha empezado su sobrino en el cargo.

—¿Qué tal con él?

—No es como el tío, eso seguro. —Volteé los ojos.

—Míriam, que te conocemos —dijo mi madre—. Paciencia hija, a ver si este decide despedirte.

—Amenazada me tiene, pero vamos, que su tío me quiere como a una hija y no le sentaría nada bien —sonreí.

—Miedo me da a mí esa sonrisa, de verdad te lo digo —comentó mi padre.

—Tranquilos, que no le voy a poner laxante en el café.

—Pero lo has pensado, que te conozco.

Me encogí de hombros y mi padre negó sonriendo.

Nos tomamos el vino en la barra charlando con Luisa y pasamos a la mesa a disfrutar de su famoso asado.

Mis padres me insistieron que no me tomara las cosas muy a pecho con el nuevo jefe, ya que no sería bueno que me despidiera y me viera de patitas en la calle, como solía decía ella.

No era mi intención perder el empleo, ni mucho menos, porque era un puesto fijo y con un buen sueldo. Sin embargo, tenía claro que no iba a congeniar con él, ya que era tan distinto a su tío que ni siquiera le importaba llevar a sus amigas al despacho para un desahogo.

Si es que eso debería hacerlo en su casa, no en el trabajo, pero tampoco era yo nadie para decirle nada.

Mientras comíamos mi padre, me dijo que ya tenía casi completo ese viaje al que iba a llevar a mi madre, pero no decía el destino elegido y ella volteaba los ojos porque quería saberlo.

Nos tomamos el café y mi móvil sonó en ese momento, me sorprendió ver que era el señor Martín y cuando respondí me pidió vernos para tomar café una hora más tarde cerca de la agencia, así que acepté.

Cuando acabamos, me despedí de mis padres y cogí el coche para volver a la agencia, pero como iba con tiempo más que de sobra hasta que viera a mi antiguo jefe, di un paseo por allí echando un vistazo a los escaparates.

Solo que no solo miré, sino que acabé entrando a comprar una falda un poco más corta de las que usaba normalmente y unos zapatos de tacón negros que combinaban a la perfección.

Entré en la cafetería y en cuanto me vio, al señor Martín se le dibujó la sonrisa.

—¿Ya me echa de menos? —pregunté al llegar a la mesa y se puso en pie para darme un abrazo y un beso.

—Sí, y creo que me va a costar acostumbrarme a no tomarme el café contigo —suspiró.

—Siempre puede pasar por la agencia y nos tomamos uno en la cafetería —sonreí.

—No es mala idea —dijo mientras llamaba a la camarera para pedirle mi café—. ¿Qué tal con mi sobrino en su primer día?

—Es demasiado serio, la reunión de primera hora se me ha hecho eterna, y eso que hemos estado poco más de media hora.

—Tenle paciencia que viene de una empresa diferente, le toca amoldarse a todo, acostumbrarse al cambio. ¿Y Mateo?

—No trato con él, pero al menos es un poco más simpático, nos saludó al entrar en la cafetería cuando estaba desayunando con Camila y Anabel.

—Son buenos directores de empresa, de eso no te quepa duda. ¿Mateo no ha pedido asistente o secretaria? —preguntó y no respondí pues me trajeron el café en ese momento.

—A mí no, a Recursos Humanos, no lo sé —dije cuando nos quedamos solos de nuevo.

—Seguramente lo haya hecho, más que nada porque va a necesitar ayuda. Si puedes, pregunta mañana, y ayuda a buscar a alguien que encaje en el puesto y que a ti te sirva de ayuda también.

—No puede evitar mandar en la agencia, ¿eh?

—Si es que no me acostumbro al cambio —suspiró—. Ya te digo yo que no sirvo para ser un jubilado más que va al parque de paseo para dar de comer a las palomas.

—¿Y por qué no adopta un perro que le haga compañía? Así irá a pasear al parque con él, y no tendrá que dar de comer a las palomas, solo evitar que el perro intente cogerlas.

—Lo que me faltaba, correr tras el perro y que me haga caer al suelo. Rotura de cadera recién jubilado y en diez años me enterráis, vamos. —Volteó los ojos.

—¿En diez años? Por Dios, no llame al mal fario. —Puse cara de terror y se echó a reír.

—De verdad que te voy a echar de menos, Míriam, no lo dije solo por decir. Y como te comentó mi hermana, me hiciste ver la vida de otra manera y me diste alegría.

—Es usted como un segundo padre —sonreí mientras le cogía la mano por encima de la mesa y él me dio un leve apretón en ella—. Las gracias se las doy yo por haberme dado el puesto y la oportunidad de crecer como persona. Sabe que le conté eso que nadie sabe, y que le agradeceré siempre el apoyo que me dio entonces.

—Lo habría hecho por cualquiera de mis hijas, de haberlas tenido, pero sabes que deberías hablarlo con tus padres.

—No quiero remover ese momento, pero mi ex se empeña en llamar y me lo trae a la cabeza

cada vez que lo hace.

—¿Sigue con las llamadas? —Frunció el ceño.

—Ya no, porque le bloqueé el número.

—Ten cuidado, Míriam, sabiendo dónde puede encontrarte…

—Lo tengo, pero no se preocupe porque no dejaré que me haga nada.

—Más le vale, o te aseguro que me encargaré de hundirle la vida —dijo mientras me acariciaba la mejilla y sonreí—. Y en cuanto a mi sobrino, como te he dicho, ten paciencia.

Suspiré, me miró con curiosidad y como me conocía bien, acabó preguntándome qué era lo que no le contaba. Y le dije lo que había insinuado su sobrino la noche de la fiesta.

Soltó tal carcajada que hasta yo me eché a reír, porque como bien decía él, era absurdo.

Que sí, que a sus sesenta y cinco años mi antiguo jefe era un hombre atractivo no iba a negarlo, pero me despertaba más ternura que lujuria.

Me pidió que no hiciera caso de esas cosas, y me pidió que, si a su sobrino se le ocurría despedirme en algún momento, se lo hiciera saber.

—No quiero que tenga un enfrentamiento con él, señor Martín.

—Tranquila que enfrentamiento ninguno, pero sí que le diré algunas cosas. Tú sigue siendo como eres, que otra asistente mejor que tú no va a encontrar.

—La de su empresa, que seguro que con una llamada la tiene aquí en dos días.

—¿Esa con la que se acostaba? No lo creo, según me ha dicho mi hermana no acabaron muy bien. Sea como fuere, tú tranquila, que tu puesto al igual que el del todos los demás, está asegurado. A mi sobrino no se le ocurriría romper un acuerdo de tal calibre.

—No lo veo yo tan claro, que me da que no le gusto —sonreí.

—Al final sí que tendría que haberte adoptado y estarías tú al mando de la agencia.

—Uy, no, quite, mejor me quedo como estoy, que dirigir una empresa hace que salgan canas por el estrés.

—La madre que te parió, si no tengo tantas canas.

—Eso es porque yo le hacía los días de trabajo más fáciles. —Me encogí de hombros.

—Y no te falta razón. —Rio.

Después de tomarnos el café y quedar en que volvería a visitarme pronto, nos despedimos en la calle con otro abrazo de esos calurosos que él solía darme y fui hacia el coche para marcharme a casa.

No tardé en llegar porque el tráfico estaba de lo más fluido esos días y en cuanto entré en mi apartamento fui directa al cuarto de baño donde me desnudé para meterme en la ducha.

Eso era lo mejor de acabar el día, la sensación de tranquilidad que me quedaba tras una ducha de agua caliente y la suavidad de mi pijama.

Me preparé una ensalada de quinoa para cenar con un poco de pavo que tomé mientras veía un rato la televisión y me fui a la cama pensando en lo que me había dicho el señor Martín.

Paciencia, debía tener paciencia con mi nuevo jefe, así que cuando estuviera con él, debía pensar en cosas felices y bonitas, y alejar esas ganas de mandarle a la mierda que a veces me provocaba el muy cabrito.

Capítulo 8



Segundo día de trabajo con el nuevo jefe, y me hacía a la idea mientras disfrutaba del café en mi terraza.

Hasta que me llegó un mensaje suyo que hizo que resoplara.

Sr. G.: *Esté a las ocho en la agencia, tiene que acompañarme a una reunión.*

Lo de guardarle así tenía su doble sentido. Para empezar si alguna vez él lo veía, podría decirle que era mi manera de abreviar lo de señor Gabriel. Pero realmente era porque para mí había pasado a ser el señor Gilipollas.

Pues se acabó lo de tomarme el café tranquila y desayunar después. Suspiré mientras entraba en el salón, di el último sorbo al café y cogí el bolso y las llaves del coche para salir de casa.

Conduje hasta la agencia con algo más de tráfico, cosa normal dadas las horas, y cuando llegué vi al jefe apoyado en un coche antes de aparcar.

Bajé y fui hacia él caminando despacio, sin prisa, lo que ocasionó que me mirara con la ceja arqueada.

—Buenos días.

—Llega dos minutos tarde —protestó.

—Hombre, es que todavía no he conseguido chasquear los dedos y que todos los semáforos se pongan en verde o que desaparezca el tráfico. —Volteé los ojos mientras abría la puerta del copilo y me senté.

Cuando él ocupó su asiento, no me pasó desapercibida esa mirada que le dedicó a mis piernas. Sí, esta mañana me había puesto la falda nueva que compré la tarde anterior, y al sentarme dejaba a la vista las rodillas.

Me abroché el cinturón al igual que él y no tardó en incorporarse al tráfico. En la radio llevaba una emisora con noticias de economía, nada sorprendente porque estaba claro que este hombre

no desconectaba del trabajo fuera de él, pero sí que lo hacía en horas laborales con la visita de sus amiguitas.

Me pasé el camino sin hablar con él lo más mínimo, mirando por la ventanilla, pero sabiendo que sus ojos se desviaban de vez en cuando hacia mí.

Llegamos a un conocido hotel de la ciudad y uno de los empleados me abrió la puerta para que bajara, mientras otro hacía lo mismo con la suya y se subía al coche para aparcarlo.

Entramos y fuimos directos a la cafetería donde pidió un café para él y preguntó qué quería tomar yo.

—Un café con una tostada de aguacate, por favor —le pedí al camarero, sin importarme si iba bien de tiempo o no, porque no había desayunado en mi casa.

El camarero no tardó mucho en ponernos todo, y a él le vi sacar el móvil del bolsillo de un par de ocasiones comprobando la hora.

—Tranquilo jefe, que seguro que vamos bien de tiempo —dije tras dar un bocado a la tostada y me crucé de piernas, puesto que estábamos en la barra de la cafetería.

No respondió, pero una vez más, sus ojos se posaron en mis piernas y yo sonreí de manera sutil.

Cuando terminé mi desayuno volvió a mirar el móvil y al guardarlo se dirigió a mí.

—Espéreme aquí.

—¿Dónde va?

—A la reunión.

—Pero ¿no había dicho que tenía que acompañarle?

—Así es, pero va a quedarse aquí a esperarme.

—Esto no funciona así, señor Gabriel —negué.

—Esto funciona como yo diga que tiene que funcionar. Espéreme aquí. —Miró al camarero y le llamó—. Cargue a esta habitación todo lo que ella pida —le dijo apuntando el número en una servilleta.

—Claro señor.

Y así sin más, sin decirme una sola palabra, salió de la cafetería dejándome allí.

Pues no iba a esperarle, eso lo sabían hasta en China, vamos, pero que iba a tomarme otro

desayuno, eso estaba más claro que el agua.

—Perdona —llamé al camarero y se acercó—. Ponme un buen desayuno completo, con zumo, huevos y beicon, y me lo sirves en esa mesa. —Señalé y asintió.

Me senté allí mirando hacia la puerta, aun sabiendo que el señor Gilipollas no aparecería pronto. Y algo en lo que no había caído hasta el momento era en ¿con quién se reunía en ese hotel? Porque habíamos dejado la agenda organizada el día anterior y no había ninguna reunión apuntada para esta hora.

Aun así, cuando me dejaron el desayuno en la mesa, eché un vistazo a la agenda que tenía conectada con mi Tablet y no, no tenía nada apuntado para esa hora en ese lugar en concreto.

Lo único que me cuadraba es que allí se alojase la mujer del otro día y hubieran quedado para otro rapidito. Eso sí que no iba a tolerarlo porque acompañarle a sus encuentros clandestinos no formaba parte de mis tareas.

En cuanto me acabé el desayuno salí de la cafetería y al llegar a la calle le pregunté al chico que me había abierto si podía pedirme un taxi y cargar la carrera a una habitación del hotel, en cuanto me dijo que sí, sonreí dándole el número que había visto apuntado en el papel que el jefe le dio al camarero de la cafetería.

Cuando llegó el taxi le pregunté la tarifa por llevarme de allí a la dirección de la agencia, y como el paseíto de vuelta corría a cargo del que estaba en la habitación dándole al tema, le dije que le iba a dejar una generosa propina.

—Que carguen a la habitación ciento cincuenta euros para pagarle al taxista —le dije al chico antes de que me cerrara la puerta.

—Sí, señorita —respondió con una leve inclinación y cerró.

—Eso no es una generosa propina, señorita, son varias carreras de hoy —me dijo el taxista cuando emprendió la marcha.

—Descuide, es que mi jefe es un hombre muy generoso —sonreí y él me devolvió el gesto sin saber la que le acababa de liar al señor Gilipollas.

En cuanto llegué a la agencia, me dirigí a ocupar mi puesto y llamé a Recursos Humanos para informarme si el nuevo subdirector había pedido una asistente o secretaria. Noelia, la jefa del departamento, me confirmó que efectivamente lo había hecho y que ya había contactado a la empresa de trabajo con la que habíamos colaborado en otras ocasiones para que enviaran algunas candidatas.

Nada más colgar, me centré en el trabajo durante casi tres horas, momento en el que me levanté dispuesta a ir a la cafetería a tomarme mi descanso con las niñas, pero la puerta del ascensor se abrió y vi al jefe entrar con esa mirada fría puesta sobre mí.

—A mi despacho —dijo pasando por mi lado.

—Cuando vuelva, que es mi hora del descanso —contesté cogiendo el bolso.

—He dicho que, a mi despacho, ahora. —Y no, esa voz no era de las que aceptarían un no.

Así que le seguí sin soltar mi bolso y entré en el despacho cerrando la puerta.

—¿Se puede saber por qué ha dejado el hotel? —preguntó con el ceño fruncido— Y no solo carga el desayuno completo, sino una carrera de ciento cincuenta euros del taxi.

—Pues porque aquí tenía trabajo que hacer, y allí no. El taxista me dio penita, que tenía una cara de cansancio…

—Le dije expresamente que me esperara en la cafetería. —Obvió mi respuesta sobre el taxi y dio un paso hacia mí.

—Ya, sorda no estoy y sé lo que dijo. Pero es que en mi contrato no pone en ningún sitio que, como asistente del CEO, tenga que esperar en un hotel mientras él tiene un encuentro sexual con una amiga. —Me encogí de hombros y él abrió los ojos ante mis palabras.

»No nací ayer, ¿sabe? Y mi sito en la agencia está ahí fuera, en ese escritorio que ve desde aquí, no esperándole en la cafetería de un hotel a que usted termine de follar con, a saber quién. Y ahora si me disculpa, me voy al descanso. —Fui hacia la puerta y cuando tenía el pomo en la mano, le oí hablar.

—Está jugándose el despido por desobediencia de una orden.

—Es que como le digo, ese punto no aparece en mi contrato. Y si me despide, su tío vendrá a hacerle una visita.

—Que se acueste con mi tío no le asegura el puesto aquí.

—Ah, pero si me acostara con usted, sí, ¿no es así? Lástima que a mí me gusten más mayores. —Chasqueé la lengua y salí del despacho para ir al ascensor.

Cuando entré en la cafetería las niñas me miraron como diciendo que llegaba tarde, solo cinco minutos, sí, pero esos mismos que pensaba cogerme de más.

Pedí un café y una tostada de queso con mermelada, no quería tampoco comer mucho que bastante había desayunado en el hotel.

Las niñas preguntaron qué me pasaba y se lo conté, ambas se quedaron igual que yo al saber para qué había ido el jefe allí, y al igual que el señor Martín ambas me aconsejaron tener paciencia con él.

—Si yo paciencia tengo toda la del mundo, y lo sabéis, hasta que se me acaba —contesté.

—Pues por eso te lo decimos, Míriam, que te conocemos sin paciencia y al final sí que te veo con un mono de cuero —dijo Camila.

—Las ganas del CEO de verme con uno.

—O de arrancártelo. —Rio la muy cabrita.

—Buenos días. —Nos giramos al escuchar la voz del subdirector que sonreía con esa simpatía que yo podía ver en él y que su amigo no tenía—. Míriam, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Ayer hablé con Recursos Humanos para que me busquen una secretaria, ¿sabes si tardarán mucho?

—No, no creo. La agencia siempre trabaja con la misma empresa para encontrar perfiles adecuados para cada departamento, imagino que a lo largo de la semana irán haciendo algunas entrevistas.

—Perfecto, muchas gracias.

—No hay de qué —sonreí, y le vimos ir hacia la barra para pedir su desayuno—. Ya podía ser él mi jefe directo, y no el señor Gilipollas.

—Paciencia, Míriam, relax y paciencia —me dijo Anabel.

—Me veo a base de tilas todos los días para soportar al jefe —suspiré.

Terminamos de desayunar y nos salimos a la calle a tomar un poco de aire, que a ellas les quedaban cinco minutos para acabar el descanso, y a mí diez.

Y mientras estábamos allí hablando de salir el viernes las tres con Lucas para celebrar la gran boda del año, me pareció ver un coche que me resultaba familiar, solo que no podía ser Raúl, seguramente era un coche parecido.

Al menos eso esperaba porque no quería tener que darle al señor Martín la razón en sus sospechas sobre mi ex.

Acompañé a las chicas a sus respectivos departamentos y, por último, y con calma, regresé a mi puesto.

Capítulo 9



Cuando llegué a mi planta y vi que la puerta del despacho estaba abierta, me asomé y no había señales de mi jefe por ningún lado.

Al acercarme al escritorio vi una nota y unas llaves al lado.

«Recoja mi traje y la camisa en la tintorería, y llévelo a mi casa»

El tique de la tintorería estaba allí también, y en la nota había apuntado la dirección.
Debía pensar que era su asistente personal para todo, no solo dentro de la agencia.

Cogí el móvil y marqué su número, ni tiempo a que me respondiera le di cuando descolgó.

—Ir a la tintorería a por su ropa y llevarla a su casa, no está entre los cometidos de mi trabajo como asistente tampoco —dije.

—Veo que quiere ir añadiendo cosas a la lista de desobediencias para que la despida.

—Ya le dije que a su tío no le gustaría la idea de que echara a la mejor asistente que él tuvo y que usted tiene. —Y colgué.

No esperé que respondiera nada más y seguí con mi trabajo, dejando a un lado la nota y las llaves. Esas llaves que cada poco miraba por el rabillo del ojo como si estuvieran susurrándome que las cogiera para ir a la casa de mi jefe y ver dónde vivía.

Acabé el trabajo que tenía, busqué el horario de la dichosa tintorería en Internet y vi que aún me quedaba tiempo para llegar a recogerlo.

Apagué todo, cogí mis cosas y las llaves junto con la nota y el tique, y entré en el ascensor para ir hasta la planta de recepción.

En el coche me puse la radio como compañía y pasé el camino tarareando cada una de las canciones hasta que llegué a mi primer destino.

Cuando entregué el tique a la chica, sonrió antes de ir a por la ropa del jefe, esa que al ver

supe que era la misma que llevaba el día anterior. Ni rastro quedaba ya del pintalabios granate que había dejado impreso la morena amazona.

Cogí todo, que la chica me dijo que estaba pagado, y volví al coche para ir a la dirección que había anotado él.

Estaba a las afueras, en una de las mejores zonas de la ciudad, de esas con vigilancia privada, y hasta tuve que identificarme en la caseta antes de entrar a la urbanización.

A punto estuve de decirle que era su novia y que iba a darle una sorpresa, pero preferí decir la verdad no fuera a ser que al jefe le diera por preguntar si había venido alguien a su casa y este hombre le dijera que sí, que estaba ahí su novia esperándole.

La casa a la que llegué era impresionante, con un diseño moderno y amplio. Las paredes exteriores eran lisas y pulidas, y contaba con amplios ventanales en algunas de ellas que dejaban entrar mucha luz natural.

Tenía dos pisos, y en la planta superior había una terraza cubierta que prometía ser un lugar perfecto para relajarse.

Contaba con jardín, y en la parte trasera había una piscina, ideal para los días calurosos. Además, había un porche cerrado donde se podía disfrutar de comidas al aire libre, equipado con una mesa y varias sillas cómodas, perfectas para relajarse. También había un balancín que invitaba a pasar horas meciéndose y disfrutando del entorno.

Al entrar, lo primero que me llamó la atención fue el estilo moderno y minimalista del lugar. Las paredes eran blancas, los suelos tenían un tono gris que aportaba elegancia, y el mobiliario, en su mayoría negro, le daba un toque sofisticado. La cocina era impresionante, con una isla que parecían dos encimeras juntas, perfecta para cocinar.

Abrí la nevera y cogí una botellita de zumo de naranja antes de seguir recorriendo la casa.

Tenía una buena colección de obras de arte de ese moderno que, para los que no estábamos muy familiarizados con el tema, parecía como si el artista hubiera cogido un pincel y empezado a lanzar colores de un lado a otro sin ningún tipo de orden.

El salón era amplio y contaba con una chimenea para el invierno, no pude evitar acercarme a la estantería y echar un vistazo a las fotos. Había algunas en las que estaba con su tío, pero pocas, de los veranos que él había ido a visitar a su hermana a Galicia.

Subí a la planta de arriba y vi que había cuatro puertas, dos de ellas eran habitaciones para invitados, otra la de un gimnasio y, por último, su habitación.

Se notaba que era la suya por el olor al perfume que se había quedado impregnado en el ambiente. Abrí el vestidor y dejé allí el traje y la camisa colgados. Tenía toda la ropa ordenada por colores, se notaba que era un hombre organizado y meticuloso.

Cerré y antes de irme, vi que había una puerta al lado de la del cuarto de baño. Fui a abrirla por curiosidad, esa que mi madre siempre decía que mató al gato y que a mí me provocaría un infarto cualquier día, pero estaba cerrada con llave.

Tenía las llaves de la casa en la mano, miré todas, pero no parecía que alguna de ellas fuera a ser la que abriera esa puerta. Aun así, lo intenté, ya sabéis, la curiosidad me podía.

Pero no, ciertamente ninguna de ellas era la que abría aquella puerta. ¿Qué tendría ahí guardado? Porque no podía imaginar nada que fuera tan valioso como para estar bajo llave.

A no ser que… ¿Y si era un cuarto de juegos de esos como el de Christian Grey? Lo que me faltaba, que el jefe además de serio y gilipollas, fuera un dominante y le gustaran los juguetitos.

Pero ¿quién podría saberlo? No parecía esa clase de hombre, pero claro, muchas personas se mostraban con un rostro tierno y angelical, y después eran un poquito perversos y juguetones.

Solo de imaginar que tras esa puerta pudiera haber un cuarto insonorizado de paredes acolchadas y oscuras, llenas de vitrinas, cajoneras y barras colgadas con todo un arsenal de juguetes para el sexo, me hizo soltar una carcajada.

Me giré aun riéndome y ahí estaba él, con los brazos cruzados y apoyado en el marco de la puerta.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó.

—Nada que a usted le incumba —respondí pasando por su lado, y antes de que pudiera salir al pasillo, noté que me agarraba del brazo del mismo modo que lo hizo la noche de la fiesta.

—Si nos llevamos bien, las cosas serán más fáciles para los dos —dijo mirándome fijamente.

Me quedé enganchada por un momento a sus ojos, esos que se mostraban fríos y me atrevería a decir que también despiadados, notando cómo me estremecía ante la mirada que me estaba dedicando, pero tenía que reaccionar, responder y alejarme de él.

—Quizás en sus sueños. —Me solté, yendo hacia las escaleras para bajar y salir de su casa.

No le había escuchado entrar y aunque disimilé el susto que me había llevado al verle, lo había hecho. Qué sigiloso era mi jefe, por Dios, que sí que tenía que darle la razón a mi madre al decir que cualquier día mi curiosidad me provocaba un infarto.

Salí de la casa y me subí en el coche para irme a la mía, pero antes de llegar, decidí parar en el restaurante asiático que tenía a la vuelta de la esquina para llevarme algo de comer, ya que no tenía ganas de ponerme a cocinar.

Una vez entré en mi piso y dejé la comida en la cocina, fui a darme una ducha rápida y ponerme cómoda para disfrutar de la comida tranquilamente mientras veía una película.

Y en ello estaba cuando me llegó un mensaje del jefe.

Sr. G.: *Debería pensar en lo que le he dicho.*

Míriam: *Estoy fuera de mi horario laboral. Buenas tardes, señor Gabriel.*

Dejé el móvil a un lado y me olvidé de él mientras terminaba de comer disfrutando de cada bocado y de la película. Cuando acabé me hice un café y salí a la terraza a tomármelo con calma.

Aproveché la luz y las vistas para hacer una foto a la taza en mi mano, y la subí a las redes con un texto.

«Disfrutando del relax de estar en casa lejos del trabajo»

Cerré los ojos notando el sol que me daba ligeramente en la cara en ese momento y suspiré. De nuevo pensé en qué sería lo que tenía bajo llave mi jefe en esa puerta de su habitación, y aunque podría tratarse de una habitación del pánico como podían tener muchos millonarios en sus casas, a mí lo de que fuera un cuarto de juegos como el de Grey, me convencía más.

Es que me sorprendería que fuera eso, sí, desde luego, pero en el fondo le podría pegar el tener uno. Que se notaba a leguas que era de esos tipos dominantes y acostumbrados a que todo el mundo hiciera lo que él dijera, hasta que llegué yo.

Me llamó Anabel para preguntarme si cogíamos algo para regalarles a Camila y Lucas en la cena del viernes y dije que sí, por lo que acordamos ir a comer el jueves al centro comercial y darnos una vuelta para ver qué les comprábamos.

Después de pasarme la tarde en el sofá, decidí entrar en la cocina y prepararme una tortilla francesa para la cena con una ensalada, algo ligero que compensara el atracón de los postres dulces que me había cogido en el asiático para comer, cené viendo un nuevo capítulo de la serie que seguíamos las tres y me fui a la cama temprano.

Tenía aún tres días de trabajo por delante y si los dos primeros con el nuevo jefe habían sido así de intensos, no quería imaginar cómo serían los demás desde ahora.

Capítulo 10



¿Cómo era posible que pudiéramos apreciar tanto a una persona, y odiar aún más a otra?

Por mucho que me dijeran que tuviera paciencia con mi nuevo jefe, se me acababa.

Lo de la reunión y la tintorería no eran más que minucias al lado de lo que me había pedido el miércoles, ya que me hizo salir de la agencia para ir a un Starbucks a por un café porque decía que el de la oficina no le gustaba.

Mi respuesta antes de tener que salir en busca del puñetero café, fue que uno normalmente salía desayunado de casa, pero hizo como el que no escuchaba y me insistió en que buscara su café.

Cómo echaba de menos a su tío.

El jueves me pidió unas diez veces que bajara a contabilidad porque había un informe que necesitaba y no le llegaba, lo de que había una cosa llamada teléfono que nos permitía mantenernos comunicados con las demás personas se ve que no le sentó muy bien, porque su respuesta fue que los viajes los hacía en ascensor, no era como si tuviera que bajar y subir las escaleras.

Es que a veces era para tirarle algo a la cabeza.

Y habíamos llegado por fin al viernes, se acababa la primera semana de tormento para mí por tener a ese hombre dando órdenes como si fuera un General del Ejército, y me libraría de verle y soportar sus exigencias hasta el lunes.

Y para exigencias las de esa mañana, cuando me dijo que su ordenador estaba fallando y que llamara al técnico para que lo arreglara cuanto antes, el chico llegó tras mi llamada en solo media hora y se metió en el despacho para trabajar, momento en el que el señor Gilipollas me pidió que cogiera la Tablet y nos fuéramos a la sala de juntas de la planta justo bajo la nuestra para trabajar.

Y lo que él llamaba trabajar, yo lo definía como volverme loca de remate, porque empezó a redactarme el texto para un informe que él estaba haciendo antes de que su ordenador comenzara

a fallar, y de cada frase de diez palabras, me hacía borrar la mitad para volver a empezar.

Con decir que estuvimos allí dos horas y acabé con ganas de clavarle un tacón en el pie, creo que os haréis una idea de mi desesperación.

Ese hombre podía con mi paciencia y me desesperaba a partes iguales.

Pero el trabajo había acabado y ahora me tocaba disfrutar de una noche de viernes con mis niñas y Lucas, y estaba a punto de entrar en el bar donde habíamos quedado para vernos.

Estaban los tres en la barra tomando una cerveza, y cuando Anabel me vio aparecer, sonrió.

—¿Tú has salido para ligar esta noche? —preguntó cuando me acerqué.

—No, Anabel, no he salido para ligar. —Reí.

—Pues ya te digo yo que esta noche levantas pasiones —comentó Lucas tras darme dos besos.

—Y lo que no son pasiones también —dijo Camila—. Estás preciosa, que lo sepas.

—Gracias.

No es que llevara nada del otro mundo o fuera de lo común, solo que todos estaban acostumbrados a verme con las faldas lápiz y blusas de oficina, por eso cuando me ponía un vestido, como ahora, entallado y que se amoldaba a mi figura, con un poco de escote y con la falda por encima de las rodillas, me decían esas cosas.

Nos tomamos allí la cerveza tranquilamente y en cuanto Lucas sacó el tema del nuevo jefe, le paré.

—Ah, no —negué moviendo el dedo delante de sus ojos y se echó a reír—. Nada de trabajo por favor, que estoy del señor Gilipollas hasta aquí. —Me llevé la mano un poquito por encima de la cabeza.

—No puede ser tan malo —dijo.

—Mira qué majo —resoplé—. Como tú no le aguantas todos los días…

—¿Eso quiere decir que vas mal de paciencia?

—Sí, Camila, está en niveles mínimos.

—Y solo lleva en el cargo una semana. —Rio Anabel.

—Dentro de un mes igual me tiro por el ventanal, y salgo en las noticias. Anabel, tú dales el titular que eres buena con los eslóganes.

—Eslóganes, Míriam, tú lo has dicho, no titulares de noticias de esa índole.

—Y yo que creo que os acabaréis llevando bien —comentó Lucas.

—Sí, sí, en sus sueños. —Volteé los ojos.

—¿Quieres apostar? —Arqueó la ceja.

—Camila, me da que no te casas porque te dejo viuda antes de tiempo. —Miré a mi amiga.

—No, no, espera a que me case y me ponga en el testamento, por lo menos.

—Ya estás en mi testamento desde hace años, amor.

—Dale, Míriam, dale, que me deja los millones a mí. —Se frotó las manos con una sonrisilla.

—¿Qué millones? —preguntaron Lucas y Anabel al unísono.

—¿No tienes millones? —Camila se llevó la mano al pecho haciéndose la ofendida—. Ay, Dios mío, que me voy a casar para nada.

—Qué cabrita eres. —Rio Lucas rodeando a la mujer de su vida con el brazo por la cintura, dedicándole esa mirada de enamorado que a ella la hacía derretirse, y la besó.

—Oh, qué bonito —dijimos Anabel y yo al mismo tiempo.

Tras la cerveza, pasamos a la mesa y pedimos una botella de vino blanco con la que acompañar la velada, solo que los cuatro sabíamos que caería más de una durante la cena.

Lucas se había ocupado de encargar el menú para esa noche y nos sirvieron unas bruschettas de tomate y mozzarella con un toque de albahaca y aceite que estaban buenísimas, un entrante de lo más ligero y saludable.

Como plato principal nos pusieron espaguetis con salsa al pesto casera acompañados de un delicioso pollo a la parrilla, y de postre, una porción de tarta de chocolate con una capa de frambuesas frescas y crema batida que hizo las delicias de nuestros golosos paladares, como dijo Anabel.

Durante el café les entregamos los regalos, esos que Anabel había mantenido en la bolsa durante toda la noche y que ellos no esperaban.

—Pero ¿por qué habéis comprado nada? No hacía falta, chicas —dijo Camila con una sonrisa.

—Porque nos ha dado la gana, que os vais a casar y hay que hacerles regalitos a los novios —contesté.

—La madre que os parió. —Rio.

Había tres cajas, una para cada uno de ellos y otra para ambos. Lucas dejó que ella abriera la suya primero y cuando la desenvolvió, se echó a llorar.

—Es preciosa —dijo emocionada y nos abrazó.

Se trataba de una pulsera fina y elegante de oro con tres circonitas con forma de estrella entrelazadas.

—Toda novia tiene que llevar algo nuevo, algo viejo, algo prestado y algo azul, ¿no? —dijo Anabel.

—Pues eso es lo nuevo —sonreí.

—Pero si nuevo es el vestido. —Rio Camila.

—Ese no cuenta —contesté.

—Muchas gracias, de verdad. Me encanta. Esta no me la quito yo en la vida —sonrió mientras se la ponía Lucas—. Venga, abre el tuyo.

—Voy, voy. Qué nervios. —Nos echamos a reír las tres al ver cómo se frotaba las manos, quitó el papel y abrió su cajita—. Vaya, esto es…

—Son unos gemelos, pero no unos cualquiera. Mira bien —sonreímos las dos.

—Nuestras iniciales y la fecha de la boda —contestó y Camila los cogió para mirarlos.

—Chicas, pero esto ha debido costar mucho.

—¿Y? Nuestros amigos no se casan todos los días, ¿no? —Me encogí de hombros.

—Más les vale porque no pueden cambiarnos la fecha en los gemelos, que están grabados —dijo Anabel y reímos todos.

—Venga, abrir la que falta —los animé.

Quitaron el papel, abrieron la caja y al mirar la taparon de inmediato por si alguien los veía, pero como no había ni un solo cliente mirando hacia aquí, ella lo sacó de la caja.

—Para la noche de bodas. —Les hice un guiño.

—No sé si va a llegar virgen hasta esa noche —comentó Lucas.

—Ni yo. —Rio ella, y, por ende, Anabel y yo.

Era uno de esos camisones de seda blanco, con tirante fino y una apertura en la parte delantera que dejaba ver la pierna derecha, con una bata fina, un liguero y las medias a juego.

—Esto, y los tacones de la boda, y no me dejas salir de la cama en toda la noche —le dijo a Lucas.

—Te lo tienes que llevar a la luna de miel —le contestó.

—Espero que no tengas pensado hacer mucho turismo, Camila. —Rio Anabel.

—Desde la cama ves los monumentos, ya verás. —Reí yo.

—A mí, a mí, me va a ver a mí —dijo Lucas, que sí, que bueno estaba un rato el jodido.

—Madre mía, que voy a venir del viaje sin fuerzas —resopló.

Cuando acabamos con el café, el camarero nos trajo una botella de champán y brindamos por ellos, por su futura boda y esa felicidad que deseábamos que tuvieran siempre y que el suyo fuera uno de esos amores que duraban toda la vida.

Salimos del bar y subimos al coche de Lucas que, a pesar de haber bebido como nosotras, no tomó tantas copas y estaba bien para conducir. Llegamos al local donde acabábamos siempre las tres nuestra noche de chicas, ese en el que él había estado alguna vez con nosotras, y fuimos a la barra directos al hueco que encontramos.

—Toñín, una ronda de chupitos —le pidió Camila—. De tequila.

—Vaya, hoy mis ángeles llegan con fuerza —sonrió al acercarse a nosotras.

—Es que hoy traemos chófer —contestó.

—Para lo que he quedado —resopló Lucas—. De prometido, a chófer.

—¿Y quién mejor que tú para asegurarse de que todas llegamos sanas y salvas a casa? —Arqueé la ceja.

—Eso también es verdad.

Toñín nos puso los chupitos, los cuatro brindamos y cuando nos los tomamos de un trago, vi que ya estaba nuestro camarero favorito poniéndonos unos mojitos.

Lucas pidió una ginebra con tónica, pero sin alcohol, quería poder llevarnos a todas a casa y sin incidentes.

Ahí comenzaba nuestra noche, esa en la que a ritmo de la música nos movíamos las tres alternándonos para bailar con Lucas.

—¿Y si te casas con todas? —pregunté— Mira que eres el hombre ideal, que como tú ya no quedan.

—No es muy legal que digamos. —Rio.

—Pues nos vamos a vivir a otro sitio, cariño, y nos tienes a las tres de esposas.

—Eso, donde te conviertas en jeque árabe con tres mujeres entregadas y que te quieran —dijo Anabel.

—A ver, a ver, pero… ¿lo del sexo también entraría en esos matrimonios? —preguntó Lucas con la ceja arqueada— Que yo soy fiel a Camila.

—Cariño tú tranquilo, que una noche al mes te dejo con ellas.

—¿Una noche con cada una, o la misma noche? Especifica, Camila —dije.

—Con cada una, con cada una, que solo faltaba que mi chico se montara un trío con vosotras y yo me quedara fuera.

—Y digo yo, ¿y si me dejas una noche a cada una y luego tenemos una noche los cuatro?

—Míralo, y parecía un santo cuando lo conocimos —resoplé.

—Digo yo que, si voy a tener tres esposas, podrían darme una noche de placer todas a la vez, ¿no? —Rio.

—Uy, uy, que este te hace el lío, Camila, y te mete a una amiga en la cama cualquier día —dijo Anabel.

—No se me ocurriría —sonrió Lucas, que rodeó de nuevo a su chica y la miró con esos ojos llenos de amor—. Ni la comparto, ni dejo que me comparta. —Y la besó.

Anabel y yo nos miramos y sonreímos al ver ese amor que se tenían el uno al otro; uno que yo creí que había vivido, pero que no fue más que una ilusión, la efímera idea de un amor que quería tener y no tuve.

Capítulo 11



Estaba dando un sorbo a mi mojito cuando me fijé que en la barra estaban nuestros nuevos jefes.

—No me lo puedo creer —murmuré y los tres miraron hacia donde estaban ellos—. Toñín, una ronda de chupitos —le pedí, y en cuanto nos la sirvió me tomé el mío de un trago mientras el jefe me miraba.

Dejé allí a todos y me fui hacia la zona de baile, y mientras sonaba una bachata me moví al ritmo de esa música mirando a mis amigas al tiempo que les cantaba la letra y las señalaba, a lo que ellas sonreían y aplaudían eufóricas.

Noté que se acercaba alguien a mi espalda y al girarme vi un chico sonriendo que no dudó en coger mi mano y hacerme girar ante él.

No me lo pensé y me puse en sus manos, bailando incluso pegados, y no dejaba de reír porque resultó ser un chico bastante simpático.

En el momento en el que hizo que girara de nuevo para quedar con su pecho pegado a mi espalda, vi a mi jefe ahí delante, con esos ojos fríos y severos fijos en el chico que me acompañaba.

—¿Qué quiere, señor Gabriel? —pregunté dando un paso hacia él para encararme con mi jefe.

—Un baile —contestó con esa seriedad que le caracterizaba, rodeándome con un brazo por la cintura, pegándome a su torso de tal modo que se me escapó hasta el aire.

La voz de Mike Towers acompañada de una melodía comenzó a sonar, mi jefe colocó una pierna entre las mías y noté que me estremecía. No dejaba de mirarme mientras hacía que ambos nos meciéramos poco a poco. Y entonces empezó a bailar más sensual cuando sonó la voz de Luis Fonsi.

—No le he dicho que sí —protesté.

—No tienes escapatoria.

Siguió con esos contoneos y pasos de lo más sensuales, y yo no sabía ni dónde meterme.

¿Dónde había aprendido este hombre a moverse así, incluso con el pantalón del traje y la camisa? Porque llevaba la ropa de esa mañana, señal de que como me había dicho, estaría trabajando en la agencia hasta tarde.

«Tan rico que sabe tu boca y la mía, bailando bachata de noche y de día…»

En el momento en el que sus ojos se fijaron en mis labios no pude evitar mordisquearme el labio inferior. Mi jefe hizo que me recostara hacia atrás mientas me giraba antes de volver a incorporarme y pegar nuestros cuerpos de nuevo, dejando que el calor que desprendía su torso se mezclara con el mío.

No dejaba de mirarme, sus ojos me recorrían el cuerpo y notaba una de sus manos hacer lo mismo, de modo que hacía que me estremeciera sin poder evitarlo.

«Y si tú quiere', bái-bái-báilame

Y si no quiere' irte, quédate

Quiero una noche má', ya, ya, yo sé

Yo sé que quiere' un beso, bésa-bésa-bésame…»

Me hacía girar entre sus brazos, se pegaba a mi espalda y nos mecía con una mano en mi cadera y la otra entrelazada a la mía. Quien nos veía, sin duda pensaría que esto lo habríamos hecho miles de veces, pero no, nada más lejos de la realidad.

—Te ofrezco una tregua —dijo tuteándome, dejando los formalismos de jefe y empleada para el trabajo—. Intentemos llevarnos bien, porque mi tío no deja de preguntarme cómo me va en la agencia contigo, y tengo que mentirle. —Seguíamos allí parados tras la canción, aún pegados el uno al otro, y debía admitir que no me incomodaba demasiado.

—Lo pensaré —respondí tras unos minutos en silencio y me fui hacia la barra.

Allí estaban la parejita de enamorados bailando y sonriéndose, mientras que a Anabel la vi hablando con Mateo, el nuevo subdirector de la agencia, y no parecía que la estuviera molestando, sino que ella sonreía con esa timidez que la caracterizaba.

Le pedí otro mojito a Toñín y al girarme vi que mi jefe se acercaba hacia la barra, por lo que volví a mirar al camarero esperando mi bebida. Noté un calor envolverme ante la presencia de Gabriel, estaba a mi espalda, muy cerca, y vi sus manos apoyarse en la barra, una a cada lado de mí, de modo que quedé atrapada entre sus brazos.

—La tregua es una buena manera de empezar la próxima semana, ¿no crees? —preguntó en mi oído, y de nuevo me estremecí de pies a cabeza al escuchar ese tono ronco que empleaba a veces.

—He dicho que lo pensaré, pero no prometo nada.

—¿Has visto cómo conectamos?

—Ha sido solo un baile, y, por cierto, no le dije que aceptara.

—Pero te has dejado llevar —seguía hablándome al oído, y en ese momento noté su mano en mi muslo, subiendo despacio hacia la cadera para después llevarla a mi vientre, donde permaneció mientras él estaba pegado a mi espalda—. Admite que somos como las dos piezas de un puzle.

—¿Puede dejar de susurrarme de ese modo? —le pedí mirándole por encima del hombro y me encontré con sus ojos, esos que no parecían tan fríos, sino exigentes, incluso atrevidos— Y de tocarme, ya que estamos.

—No quieres que lo haga.

—Sí, sí quiero —contesté tragando saliva.

—No es verdad —dijo con una sonrisa de lo más pícara, casi perversa.

La música seguía sonando y en ese momento se escuchaba a Raw Alejandro, y vi cómo Gabriel bajaba la mirada hacia mis labios justo en ese momento de la canción.

«Me gusta tu boquita, ese labio rosita…»

—Señor Gabriel, está demasiado cerca.

—¿Vuelvo a ser señor? —Arqueó la ceja.

—Siempre lo ha sido, de los dos, solo usted me ha tuteado esta noche.

«Aceleraste mis latidos. Es que me gusta todo de ti…»

Dios, ¿por qué me quedaba con esa parte de la canción en mi mente? No, a mí ese hombre no me gustaba, no podía gustarme. Era un idiota, un idiota de manual.

—Tutéame, quiero que lo hagas y que tengamos una tregua —dijo mirándome los labios mientras me acariciaba la barbilla.

Eso era superior a mí, porque estaba notando algo diferente al tener a este hombre delante. Tenía que ser culpa de los mojitos y los chupitos, no había otra explicación.

—Jefe, que corra un poquito el aire —dije mientras me giraba para darle un leve empujón en el pecho y me apartaba para alejarme de allí.

Fui hacia el cuarto de baño y cuando entré, abrí el grifo del agua fría para refrescarme la cara

un poco. Necesitaba despejarme porque ese hombre me había estado tentando demasiado.

Sí, eso era lo que había hecho, tentarme e incitarme, provocarme con sus miradas y sus manos, con esa voz ronca y sensual.

—Joder, que no —me dije mirándome en el espejo con ambas manos apoyadas en el lavabo —, que mi jefe es un gilipollas; no es sensual, no está bueno, no es sexi…

Pero ¿a quién quería engañar? Es que eso era precisamente lo que pensaba de mi jefe, y no, por desgracia para mí no era cosa solo de ese maldito baile que acabábamos de compartir, no, lo pensaba desde hacía unos días.

Suspiré, salí del cuarto de baño y no había dado ni tan siquiera un paso cuando noté una mano alrededor de mi muñeca, una mano grande que conocía muy bien, y cuando me hizo girar hasta quedar contra su torso, nuestras miradas se cruzaron y vi la determinación en esos ojos marrones brillantes y cargados de deseo.

Tiró de mí hasta meterme en el cuarto de baño de nuevo, ese que por suerte estaba vacío, abrió la puerta de uno de los cubículos y me pegó a la pared atrapándome con su cuerpo.

Sentía mi respiración agitada al mismo tiempo que notaba mi cuerpo temblar, por no hablar del modo en el que se encontraba mi zona más íntima.

Gabriel se inclinó y comenzó a besarme con fiereza, con desesperación a mi modo de ver, y me dejé llevar porque en mi vida me habían besado de ese modo.

Cogió mis manos y me levantó los brazos dejándolos por encima de mi cabeza, sujetándome las muñecas con una mano mientras seguía besándome con esa urgencia, mientras mi lengua se dejaba tentar por la suya, compartiendo algún que otro mordisquito en los labios que me hizo gemir.

Pero recobré la cordura y aparté la cara a un lado para poder mirarle mejor.

—¿Esto es lo que llama usted una tregua? —pregunté con la respiración completamente agitada.

—No, esto es sencillamente lo que has deseado toda la noche. —Asaltó mis labios de nuevo y la mano que tenía libre hizo que se me erizara todo el cuerpo al notar su caricia en el interior de mi muslo.

Subió la yema de sus dedos hasta encontrar mi entrepierna y me estremecía al tiempo que jadeé en su boca con el leve roce de la mano en esa zona tan sensible de mi cuerpo.

Llevó una rodilla entre mis piernas para separarlas más y con dos dedos retiró la tela de mi tanga a un lado. Comenzó a tocarme con uno de ellos despacio y por toda mi zona, excitándome de tal modo que no podía evitar gemir.

Cuando aumentó el ritmo de esas caricias en mi clítoris y alternó con penetraciones con dos dedos que me volvieron loca por completo, perdí la cordura de tal manera que empecé a moverme al tiempo que me penetraba.

No paró, no se detuvo ni un solo instante hasta que me hizo correr de tal modo que terminé arqueando la espalda, con la cabeza apoyada en la pared, mientras él me mordisqueaba el labio y yo gritaba.

Cerré los ojos mientras el intenso clímax que había liberado me abandonaba, y cuando los abrí, al mismo tiempo que Gabriel retiraba los dedos de mi sexo, nos miramos fijamente y vi el deseo que aún había en sus ojos.

Pensé que me iba a tomar allí mismo, que me penetraría con esa erección que podía notar en mi muslo. Le vi llevarse los dedos a la boca y saborearlos haciendo que eso me provocara un nuevo escalofrío. Todo en él me parecía lascivo y lujurioso, y por el modo en el que me seguía mirando, me hacía sentir que estaba disfrutando cada instante de esta conexión intensa.

—A partir de ahora, en la oficina quiero obediencia absoluta —dijo con seguridad y ese tono ronco en su voz que me hizo tragar saliva porque esa orden no admitía un no por respuesta.

Quise contestarle, protestar y decir alto y claro que, por mí, podía irse a la mierda, pero salió de allí dejándome sola y con las palabras sin salir de mi boca.

Era un idiota, pero yo una tonta por haber caído en eso a lo que me había ido llevando durante todo el tiempo desde que exigió bailar conmigo.

Me arreglé la ropa, recompuse mi pelo y recordé el modo en el que lo hizo aquella morena cuando salió de su despacho.

Si es que era tonta.

Salí hacia la barra donde estaban todos, incluido mi maldito jefe, y me pedí un par de chupitos que me tomé de un trago.

Volví a la pista y bailé, bailé todas y cada una de las canciones que iban sonando y con quien me dio la gana, mientras de vez en cuando miraba a mi jefe. Sus ojos me observaban fríos y desafiantes, pero no me importaba, yo era libre de hacer lo que quisiera hacer.

El mismo chico con el que bailaba cuando mi jefe nos detuvo, se acercó para compartir un nuevo baile, y lo disfruté porque me lo merecía, porque ese hombre de ojos marrones fríos como el hielo y dominante a la par que exigente no podía darme ordenes fuera del trabajo, y dentro tampoco.

Que lo haría, estaba claro porque en la agencia él era el jefe y yo la asistente, pero se lo iba a poner difícil, y si quería despedirme, que lo hiciera.

Le vi beberse un *whisky* de un trago, dejar el vaso en la barra y caminar hacia mí, estaba claro

que no le gustaba ver cómo le provocaba con mis bailes, porque es lo que hacía.

—¿Es tu novio? —me preguntó el chico con el que bailaba al ver que se acercaba.

—Más quisiera él, seguro.

Le miré con rabia y se detuvo, no siguió avanzando, estaba solo a unos pasos y se quedó allí parado con las manos en los bolsillos. Sonreí con un poco de malicia y sabiendo que había ganado esa batalla, pero me equivoqué.

Gabriel dio un par de pasos, me rodeó por la cintura y se inclinó quedando a solo unos centímetros de mis labios, mirándome fijamente.

—De un modo u otro, obedecerás, incluso tú misma me pedirás que te haga mía —sentenció con los ojos cargados de determinación al igual que su voz, y se fue de nuevo hacia la barra mientras que yo me quedaba allí preguntándome qué le pasaba a ese hombre conmigo.

Se tomó otro *whisky* y no tardó en irse con Mateo.

Regresé junto a las niñas y Lucas, que preguntaron qué pasaba con el jefe y les dije que era un idiota que se creía que podría controlarme, pero que no le iba a dejar.

—Por cómo te miraba, me parece que le ha gustado el vestido —dijo Anabel.

—¿Gustarle? Yo diría que, si vas con algo así al trabajo, no sales del despacho sin que te dé un buen meneo.

—Camila, por Dios, que es el jefe.

—Y hombre, cariño —le contestó a Lucas—. Se le salían los ojos de las órbitas al verla. Hazme caso, que ese te quiere comer como los lobos a los tres cerditos.

—¿Me estás llamando cerdita? —Arqueé la ceja.

—No, pero tú me has entendido. —Rio.

Negué, pero sin saberlo, mi mejor amiga me había dado una buenísima idea para pensar y llevar a cabo en el momento menos esperado para mi odiado jefe.

Capítulo 12



El fin de semana lo pasé en casa, descansando el sábado después de la nochecita que habíamos tenido el viernes, donde bebimos y bailamos todo lo que pudimos y más, y el domingo hice una limpieza al piso por la mañana para pasarme el resto de la tarde en el sofá viendo la televisión.

Solo que cierto idiota y lo que había hecho y dicho no se me iban de la cabeza.

Otro lunes más y comenzaba la segunda semana con él en mi vida, en mi trabajo y en mi cabeza, porque con todo lo que estaba pasando con él no dejaba de dar vueltas a lo que tenía pensado hacer a la que se descuidara, porque lo haría, desde luego que sí, le daría a probar un poquito de su propia medicina.

Me tomaba ese primer café de la mañana que tanto me gustaba disfrutar en la terraza cuando me llegó un mensaje suyo. Como siempre, una clara orden por su parte que yo no iba a acatar.

Si quería un jodido café del Starbucks, que se pasara a por él antes de ir a la agencia.

Cerré los ojos y respiré hondo, volví a abrirlos y miré hacia el parque donde muchos pajarillos ya comenzaban a revolotear a esa primera hora de la mañana.

Entré para prepararme el desayuno y lo tomé despacio y sin prisa, porque por primera vez en los años que llevaba trabajando como asistente en esa agencia, iba a llegar tarde y no me importaba lo más mínimo.

¿Qué podía pasar, que me despidiera? Ya tenía claro que era lo que estaba desando y no permitiría que lo hiciera, no sin un verdadero motivo.

Me eché un último vistazo en el espejo y salí de casa para empezar ese nuevo día de trabajo.

Llegué justo cuando quería, un cuarto de hora tarde, y hasta las chicas de recepción se sorprendieron al verme, pero me encogí de hombros quitándole importancia.

Ni qué decir que dejé que varios de los compañeros que iban llegando después que yo cogieran el ascensor para llegar a sus departamentos, lo que significó que yo llegué a mi puesto

veinticinco minutos más tarde de mi hora.

Y me lo tomé con tiempo para ir a mi escritorio, que pasé antes por la sala para prepararme un café cuando vi que la puerta de su despacho estaba abierta.

Caminé haciendo que mis tacones resonaran por la planta dejando claro que estaba allí, pero que no me iba molestar en ir a verle.

Di un sorbo al café mientras encendía el ordenador, dejé mis cosas en el cajón y me senté cruzando las piernas, pues por debajo del escritorio se me veían.

No tardé en escuchar sus pasos yendo a la puerta, y cuando supe que estaba parado en ella seguí concentrada en la pantalla de mi ordenador mientras daba otro sorbo al café, ignorando su presencia en la medida de lo posible.

—¿No se te ha olvidado algo? —Le escuché preguntarme, volviendo a dirigirse a mí tuteándome como había hecho el viernes por la noche.

Me miré el atuendo, comprobando que estaba todo bien, vi que llevaba el reloj, la pulsera que me habían regalado mis padres y ese anillo de oro con una pequeña esmeralda que heredé de mi abuela materna.

—No, lo llevo todo —respondí sin mirarle—. Oh, a ver, un momento. —Me llevé la mano a la blusa, esa que llevaba con varios botones de arriba sin abrochar a conciencia y la separé un poco—. Sí, lo llevo todo —dije mirándole con una leve e irónica sonrisa tras ver mi sujetador negro bajo la blusa, y sus ojos se oscurecieron aún más, si es que era posible que lo hicieran.

—Mi café, Míriam, te pedí un café de…

—Jefe, usted tiene coche, ¿verdad? —Arqueé la ceja—. Pues no le cuesta nada pasar a por él cuando sale de casa antes de venir. —Me encogí de hombros—. Y ahora si me disculpa, tengo trabajo que hacer. —Volví a mirar la pantalla.

—Comprobar conmigo la agenda, por ejemplo —dijo.

—Ajá, sí, ahora, cuando acabe con esto —contesté con la taza en la mano señalando la pantalla antes de dar un sorbo.

Le escuché resoplar y supe que mi respuesta no le había gustado, pero me importaba bien poco, la verdad.

Acabó volviendo a su despacho y sonreí a sabiendas de que tenía la victoria una vez más. O al menos de momento, porque con mi jefe, el señor Gilipollas, nunca se sabía qué podría pasar después.

Me bebí el café tranquilamente mientras me tomaba mi tiempo para hacer ese trabajo que tenía que hacer, que no era otro que revisar el correo y responder algunos de los más urgentes.

Y entonces sí, me levanté para ir al despacho de mi jefe y revisar la agenda, como hacíamos cada mañana.

—¿Ya has terminado? —preguntó cuando me vio entrar.

Estaba sentado en su sillón, mejor dicho, recostado en él esperándome con las manos cruzadas sobre el regazo.

—Sí, ya soy toda suya —contesté y arqueó la ceja—. No se emocione, que es una manera de hablar. La costumbre de decírselo a su tío.

—¿Lo hacíais aquí?

—Eso a usted no le incumbe. —Me senté cruzando las piernas del modo más sensual que pude, y no me pasó desapercibido la manera en la que las miró—. Bien, hoy tiene una videollamada con un cliente de Barcelona que no ha podido venir personalmente —empecé a decir mientras abría la agenda en el día de hoy.

Y así nos pasamos la siguiente media hora, organizando el resto de la semana y anotando algunos cambios que me pidió que comunicara a los clientes para las reuniones.

Cuando me levanté me dijo que le trajera un café, a lo que dije que en unos minutos lo tenía en su mesa.

—No lo quiero de la sala, ya sabes dónde tienes que ir —dijo antes de que me girara.

—No voy a ir hasta el Starbucks a por un café, ya se lo he dicho.

—Es una petición de tu jefe.

—Es una exigencia absurda, que es distinto —respondí y vi cómo se levantaba y caminaba hacia mí.

—¿No recuerdas qué te dije el viernes?

—Apenas —mentí.

—Mientes muy mal. —Me miró con una sonrisa de medio lado—. Te dije que a partir de hoy quería obediencia absoluta por tu parte. —Acortó la distancia y se quedó a unos centímetros de mí, mirándome desde su gran altura, porque el muy jodido era más alto que yo incluso con los zapatos de tacón.

—Ah, eso, sí, recuerdo que se marchó antes de que pudiera decirle que no la va a tener, nunca —aclaré.

—Eso ya lo veremos, Míriam. —Me miraba con sus intensos ojos fijos en los míos y, si pensaba que iba a mostrar algún indicio de que me sintiera intimidada por su parte, que me

sentía, obviamente, lo llevaba claro.

—Lo veremos, señor Gabriel —asentí girándome y me cogió de la muñeca tirando de mí hasta que quedamos el uno pegado al otro.

—Deja lo de señor a un lado, llámame solo Gabriel —murmuró con ese tono de voz que me hacía estremecer y tragué saliva con fuerza esperando que no notara el modo en el que todo lo que él representaba ante mí me hacía sentir.

—Es mi jefe, no voy a tutearle.

—Lo harás, y el día menos pensado —se inclinó hasta que sus labios rozaron mi oído y cerré los ojos mientras me mordía el labio para no gemir al notar su mano subiendo por mi muslo— lo gritarás mientras te follo —susurró con convicción.

Me aparté mirándole molesta y salí del despacho para ir a mi puesto. El señor Gilipollas quería un café, pero no el de la agencia, no, él era de lo más exigente y exquisito. Pues se iba a joder porque el café se lo iba a servir, sí, pero de la sala.

Se lo llevé unos minutos después y volteó los ojos al ver que no era el que él quería.

—Cuando te dé una orden, la acatas, que te pagamos por ser la asistente del director de la agencia.

—Una asistente tiene unos cometidos específicos, y no entra en ellos hacer de recadera cuando se le antoje.

—Veo que sigues con la idea de provocar que te despida.

—No, es usted el que parece estar de lo más interesado en hacerlo. Pero tengo entendido que su anterior asistente no acabó muy bien, por lo que ella no me sustituiría, qué lástima —dije haciendo un leve puchero al tiempo que encogía los hombros.

—Pero encontraría la sustituta perfecta para ti, Míriam.

—¿No se lo dijo su tío? Soy insustituible, no encontrará una asistente mejor que yo.

—En tus cometidos, según dices, no entra el hacer de recadera para mí, pero ¿follar con mi tío sí?

—Es que no se imagina lo fogoso que es ese hombre —solté lo más descarada que pude. Si me escuchara el señor Martín estallaría en carcajadas.

—No me provoques, Míriam —dijo con la mano ya en mi cadera, dando un leve apretón mientras seguía mirándome fijamente—. No me provoques si no quieres ver mi peor versión.

—Y esa cuál es, ¿algo así como un dominante en plan Grey?

—Justo así —respondió, y me quedé muda de repente al recordar que en su habitación tenía una puerta cerrada con llave que sí que podría resultar ser un cuarto de juegos con látigos y cosas de esas.

Me aparté para que me soltara y volteé los ojos como si no me impresionara lo que había dicho, evitando que notara que estaba en *shock*, y salí de su despacho para volver a mi puesto a seguir trabajando.

No había pasado más de media hora cuando me llamó para que le llevara impresos un par de informes que le había pedido al departamento de márquetin, los imprimí y tras colocar cada uno en una carpeta se los llevé al despacho, dejándolos sobre la mesa sin dirigirme a él.

—Tráeme un café —pidió.

—No voy a salir de esta oficina para un capricho suyo —contesté.

—No sé cómo mi tío puede decir que eres la mejor asistente que ha tenido. Cada vez tengo más claro que tu despido será inminente.

—Espero que esté preparado para una denuncia por despido improcedente, porque es lo que haré si me echa de esta agencia, denunciarle.

—Obedecerás, tarde o temprano lo harás —dijo cogiendo una de las carpetas dejando de mirarme.

—Como ya le dije una vez, quizás eso pase en sus sueños, jefe.

—Hola. —Me giré al escuchar la voz de una mujer, y en la puerta había una rubia de lo más explosiva, de esas que se veía a la legua que hasta las pestañas eran postizas.

—Pasa. —La invitó él—. Cierra al salir —me indicó, y pasé por al lado de ella suspirando y negando.

Cuando cerré la puerta no tuve la menor duda de que esa era otra de sus amiguitas con la que iba a tener sexo dentro del despacho. Si su tío supiera esto, estaba segura de que le echaría una buena bronca.

Seguí trabajando, esperando que llegara mi hora de tomarme el descanso, sin prestar atención a lo que ocurriera en el despacho del que, por cierto, no salía ni el más mínimo sonido.

Hasta que la puerta se abrió y de él salió la rubia igual que en su día lo hizo la morena, sonriendo y arreglándose el pelo, de modo que volteé los ojos porque debía pensar que era la única a la que ese hombre le mostraba sus atenciones.

Opté por irme a la cafetería sin avisarle, total, solo faltaban cinco minutos para que comenzara mi descanso.

Pedí el desayuno y me senté a esperar a las chicas a quienes les puse al tanto de lo de la rubia y de lo exquisito que era mi jefe.

Cuando acabamos, volví a mi puesto y en cuanto salí del ascensor le vi buscando algo en mi escritorio.

—¿Qué necesita? —pregunté.

—Para empezar, que me avises cuando te vas —respondió con una carpeta en la mano—. Te he llamado por teléfono, incluso a tu móvil, y nada. Salgo a buscarte y, ¡sorpresa! No estabas.

—Era mi hora de descanso, ya debería saberlo. —Me encogí de hombros.

—No tengo por qué saberme tus horarios, en cambio es tu trabajo estar aquí cuando yo te necesito.

—Tampoco tengo que aguantar que sus amiguitas se paseen por aquí como si estuvieran en su casa.

—A mi casa no las llevo —dijo como si nada, mirando en los papeles de la carpeta.

—Pues debería llevarlas allí y no aquí, esto es una agencia de publicidad respetable que fundó su abuelo, y usted está dejando el apellido de la familia por los suelos. Si su tío lo supiera…

—Lo que haga o deje de hacer en ese despacho, no es asunto de mi tío. Yo soy el director ahora.

—Claro que sí, y por eso se cree con el derecho de traer a sus amigas a tener sexo. Por Dios.

—Hasta que lo tenga contigo, vendrán muchas más.

Y tras soltar esa frase a modo de sentencia, se fue hacia el despacho con la carpeta en la mano, pero no dejé que se marchara sin dar una respuesta, porque no iba a dejar que él quedara por encima, no señor.

—Jefe —le llamé y se giró antes de cerrar la puerta para mirarme con esos ojos fríos por encima del hombro—. Váyase a la mierda —dije con una sonrisita irónica.

Cerró la pueta y me senté para concentrarme en el trabajo, o al menos intentarlo, pero antes les mandé un mensaje a las chicas para soltar un poco de esa rabia que me había dado la prepotencia con la que acababa de hablarme.

Míriam: *NO SOPORTO A MI JEFE*.

No, no le soportaba y tenía claro que la nuestra iba a ser una relación de lo más odiosa.

Ay, si el señor Martín supiera cuánto echaba de menos su presencia cada día, el buen humor

que siempre tenía y nuestras charlas. Es que no tenían nada que ver el tío y el sobrino, de verdad que eran como la noche y el día.

Capítulo 13



Dicen que cuando más quieres dejar de pensar en algo, más piensas en ello, y así era, porque no conseguía quitarme a mi jefe de la cabeza de ninguna manera.

Era jueves y había pensado en él todas las tardes de esa semana cuando no estaba con en él en la oficina. Y no, no creáis que pensé en mil maneras diferentes de cometer un asesinato y ocultar su cadáver para que no lo encontraran, porque os equivocáis.

Pensé en él de un modo muy distinto, porque durante las mañanas en el trabajo no había hecho otra cosa que insinuarse, susurrarme al oído y tocarme de manera sutil pero que me hacía desear más, por algún extraño motivo que no lograba entender.

Así que cuando me levanté, lo hice decidida a ser yo quien jugara esta vez, decidida por fin a darle a probar de su propia medicina.

Me puse un vestido blanco de tirantes anchos y con escote en «V» de una tela suave y de lo más vaporosa. La falda tenía una caída sensual y me llegaba por encima de las rodillas, de modo que cuando me sentara vería perfectamente esas piernas en las que tantas veces se había fijado.

Llegué a la agencia cinco minutos tarde y no porque lo hubiera planeado, sino porque me encontré con un tráfico de mil demonios de camino aquí.

Corrí hacia el ascensor, pero se cerraron las puertas poco antes de que pudiera alcanzarlo, así que me esperé al siguiente y subí sola, quedándome de espaldas a las puertas, con la mala suerte de que estas al cerrarse pillaron la tela del vestido y ¡zas!

—¡No, no! Joder, no, mierda, esto no puede estar pasando —dije en el momento en el que me quedé, literalmente, en ropa interior y tacones en el ascensor que seguía subiendo hacia la última planta del edificio.

Saqué el móvil del bolso para llamar a Camila o Anabel y que alguna de las dos me trajera algo de ropa, lo que fuera, pero se me había apagado el móvil.

—Esto es una broma, en serio —resoplé viendo que la cosa ya no podía ir a peor, apoyando la cabeza en la pared con los ojos cerrados.

Pero sí que fue a peor, sí, a mucho peor, porque cuando llegué a mi planta y las puertas del ascensor se abrieron, ahí estaba mi jefe con el móvil en la mano, con un traje azul marino que le sentaba como un guante, y cuando levantó la mirada y me encontró en ropa interior, sus ojos se oscurecieron y vi que su respiración comenzaba a ser un poco más agitada.

—No me diga nada —le pedí avergonzada y tratando de taparme con el bolso.

—Espero que no hayas salido así de casa.

—Sí, claro que sí, es que me he dicho, «mira qué buen día hace Míriam, ¿por qué no vas en tanga a la oficina?» Por favor. —Volteé los ojos tratando de salir del ascensor para ir a la sala y poner a cargar el móvil.

—Gabriel, ¿tienes cinco minutos? —Escuché la voz de Mateo, el subdirector, y en ese momento Gabriel me cortó el paso con el brazo alrededor de mi cintura haciendo que volviera a entrar y se metió en el ascensor conmigo.

—Pero… —protesté, pero me quedé casi sin aire cuando noté que me pegaba contra la pared y me aprisionaba con su cuerpo.

—Gabriel.

—Mateo, no es buen momento —contestó mirando por encima del hombro, y yo me asomé un poquito, solo la cabeza, pero me vio, obviamente.

—Ah, vale —sonrió y me hizo un guiño antes de que las puertas se cerraran.

—El ascensor está bajando —dije y asintió—. No puede verme nadie así, por Dios, que me muero de vergüenza.

—No te van a ver, tranquila —dijo con los ojos fijos en mí—. Nadie ve lo que solo yo puedo ver —sentenció, y tras parar el ascensor, posó sus labios en los míos.

De nuevo me estaba besando y yo simplemente dejé que lo hiciera, estremeciéndome en el proceso porque era lo que él conseguía cuando le tenía cerca, cuando me hablaba o me tocaba por leve que fuera el roce de sus manos.

Estaba prácticamente desnuda con él en ese reducido espacio, y al igual que hizo en el cuarto de baño días antes, llevó mis brazos hasta colocarlos por encima de mi cabeza sosteniendo mis muñecas con una mano.

La otra la deslizó despacio por mi costado de manera que todo mi cuerpo se estremeció, colocó la rodilla entre mis piernas y las separó un poco más, su mano fue hacia mi zona íntima y comenzó a tocarme por encima de la tela del tanga.

Gemí en su boca, excitada por lo que sentía y por la situación en la que me encontraba en ese momento.

Debería apartarle porque era mi jefe y yo no llevaba ropa, salvo ese tanga minúsculo y el sujetador que no dejaba nada a la imaginación porque mis pezones se podían ver a través del encaje.

—Estás mojada, ¿lo sabías? —dijo en un susurro en mi oído y cuando noté la lengua deslizándose por mi cuello, me mordí el labio para no volver a gemir.

Por supuesto que lo sabía, si ese hombre conseguía encenderme como si de una cerilla se tratase, haciendo que me prendiera en llamas puras por lo mucho que le deseaba, sin habérmelo propuesto, y lo deseada que me hacía sentir cuando me miraba de ese modo.

Hizo la tela a un lado y deslizó el dedo por mi humedad, acariciándome el clítoris despacio, llevándolo por toda mi zona una y otra vez hasta que me penetró con dos dedos y contuve de nuevo un gemido cerrando las manos con todas mis fuerzas.

—No te contengas, aquí no puede oírte nadie —susurró y comenzó a penetrarme más rápido.

—No siga —le pedí, pero con la voz entrecortada por todo el deseo que me envolvía en ese momento.

—No quieres que pare.

—Sí, sí quiero.

—Mientes muy mal —dijo volviendo a besarme.

Y me llevó al orgasmo al igual que había hecho en el cuarto de baño la otra noche, solo que no se quedó en un simple momento como aquel, si no que le vi desabrocharse el pantalón y, aun con una sola mano, me cargó en brazos tras liberar su erección para penetrarme. Pero no lo hizo.

Se quedó quieto mirándome a los ojos, con su miembro palpitante justo bajo mi sexo húmedo y necesitado. ¿Querría tal vez mi permiso para hacerlo? Porque le había pedido que parara.

—Dime que esto es lo que quieres —me pidió con los ojos más oscuros y lujuriosos que había visto nunca.

Me mordí el labio, debería decirle que no pero mi cuerpo temblaba anhelante por conseguir más placer de ese que él podría darme, por sentir eso que notaba caliente en mi zona, mientas mi pecho subía y bajaba por la respiración agitada que aún tenía después de que me hubiera hecho alcanzar el clímax.

—Dime que esto es lo que deseas ahora.

—Gabriel… —No pude decir nada más porque apenas encontraba mi voz.

—Vas a ser mía, de hoy en adelante, y obedecerás en cualquier cosa que te pida —dijo con seguridad, y comenzó a besarme de nuevo mientras se adentraba en mí con una facilidad

increíble.

Gemí en su boca y noté cómo su miembro entraba y salía de entre mis músculos vaginales con fuerza y más rápido a cada segundo que pasaba, llegando a lo más profundo de mi ser sin detenerse una sola vez.

Besaba, mordía y lamía mis labios mientras me penetraba llevándome de manera inevitable a un segundo clímax, mi cuerpo se movía con cada embestida y aquello me parecía lo más excitante que había sentido en años.

Siguió penetrándome y apartó sus labios de los míos, rompiendo así el beso, para mirarme fijamente a los ojos.

—Obediencia, Míriam —dijo sin dejar de mirarme y penetrándome cada vez más fuerte—. Quiero tu absoluta obediencia en todo. Dilo.

—¿Qué es todo para usted?

—Todo, dentro y fuera de la oficina.

—No seré una más de esas amigas suyas —dije entre jadeos.

—Serás la única —contestó—. Dime que sí, dime que serás mía. —Me penetró con más fuerza.

Seguimos mirándonos y mientras mi mente me decía que dijera que no, mi cuerpo me pedía otra cosa bien distinta. Y al final contesté.

—Seré suya.

Volvió a besarme con fiereza mientras daba sus últimas estocadas dentro de mí hasta que ambos alcanzamos el clímax, quedándonos allí jadeantes con el pecho subiendo y bajando después de un intenso encuentro.

Me dejó en el suelo y cuando me permitió bajar los brazos tuve que apoyarme en sus hombros para no caerme. Apenas tenía fuerza en las piernas y él lo sabía, por lo que me mantuvo rodeada con un brazo y pegada a su cuerpo.

—No puedo trabajar así —dije mirándole a los ojos y de nuevo me sentí envuelta en la timidez que había sentido cuando me encontró casi desnuda.

—¿Qué te ha pasado?

—Llegué tarde porque pillé un atasco, perdí el ascensor y cuando finalmente subí en el siguiente, al cerrarse las puertas pillaron la tela de mi vestido. Así que, en un abrir y cerrar de ojos, se rasgó y simplemente desapareció —suspiré.

—En mi beneficio diré que, agradezco que el ascensor te arrancara ese vestido, pero lamento no haberlo hecho yo. —Volvió a besarme.

Se apartó y vi cómo se quitaba la americana para que me la pusiera, y lo hice, al menos como me quedaba grande no se me vería nada, pero, aun así, no podía estar de esa guisa en mi puesto de trabajo, y se lo dije a él.

—Tranquila, no te verá nadie —contestó mientras pulsaba de nuevo el botón para poner en marcha el ascensor y después el de nuestra planta para volver a ella.

Cuando salió, me pidió que le siguiera y lo hice casi corriendo, rezando para que el subdirector de la agencia, y mejor amigo del jefe, no me viera así.

Entramos en su despacho y cerró la puerta, me pidió que me sentara frente a él y llamó a Mateo para ver qué necesitaba. Después de hablar con él y enviarle unos documentos que necesitaba por correo le dijo que estaría ocupado en el despacho un tiempo y después se ausentaría el resto de la mañana, y que yo le acompañaría.

Le vi buscar algo en el teléfono y volvió a hablar, esta vez con una mujer llamada Paula a quien le pidió una falda lápiz negra entallada con apertura en la parte trasera y una blusa blanca de seda, y le dio mis tallas sin que yo se las dijera.

—¿De verdad acaba de pedirme ropa? —pregunté cuando colgó la llamada y cogió el teléfono de la agencia.

—Por mucho que me guste verte en ropa interior, sí, la necesitas para salir. Buenos días, soy el director —dijo—. Llegará un paquete para mí en breve, quiero que me avise y que alguien lo suba y lo deje en el escritorio de mi asistente. —Escuchó a quien fuera de las chicas que había contestado la llamada en recepción—. Gracias. —Y colgó.

—Puede descontarlo de mi sueldo de este mes, no hay problema —dije cuando caminó hacia mí.

—Míriam, ¿qué me has dicho en el ascensor? ¿A qué has accedido? —preguntó mientras se apoyaba en el escritorio con los tobillos y los brazos cruzados.

—Si le soy sincera, no sé ni a qué he accedido.

—A ser mía —dijo separando las piernas al tiempo que se inclinaba hacia adelante, apoyando las manos en los reposabrazos de la silla en la que yo estaba sentada para acercarla hasta él, de modo que quedamos a solo unos centímetros—. Vas a ser mía dentro y fuera de esta agencia. —Me besó en los labios.

—Al final ha conseguido que tenga que ir a por su café al Starbucks. —Volteé los ojos.

—No, no estoy hablando de eso —sonrió de medio lado.

—¿Entonces? —Fruncí el ceño.

—Cuando te llame vendrás de manera obediente, te sentarás sobre mí y me complacerás. Si te pido que un día vengas a trabajar sin nada debajo de la ropa, obedecerás. Si quiero que te recuestes en este escritorio con las piernas bien abiertas para mí, tú…

—Déjeme adivinar, lo haré.

—Exacto. Y tienes que llamarme Gabriel, odio que me llamen señor.

—Es cuestión de jerarquía, ya sabe. —Me encogí de hombros.

—Te quiero solo para mí, no habrá otros hombres, no, mientras estés conmigo.

—Es que no sé si esto es lo que debería hacer. Soy su asistente.

—Todo es compatible.

—Que quede claro que, ni soy una de sus amiguitas, ni una vulgar prostituta.

—No pienso que lo seas.

—Mi sueldo sigue siendo el de una asistente, estamos de acuerdo en eso, ¿cierto?

—Absolutamente —asintió.

—Sigue pareciéndome una locura —dije tras unos segundos de silencio e intensas miradas por su parte.

—Y tú a mí la mujer más deseable y que más se me ha resistido en años.

—No debería hacerlo.

—Pero lo deseas —sentenció y no pude negarlo—. Míriam, mírame —pidió y lo hice—. Ante todo, seguirás siendo mi asistente, y jamás haremos nada que no desees.

Me lo estaba pensando, era una maldita locura, pero me lo estaba pensando porque ese hombre me provocaba tantas cosas que no había sentido nunca, que estaba segura de que podría seguir mostrándome un mundo desconocido para mí.

—¿Y bien? —preguntó y le miré de nuevo.

—Como le he dicho antes, seré suya.

—Bien, te haré contrato para firmarlo.

—¿Un contrato? ¿Cómo que un contrato? Que no le estoy alquilando mi cuerpo.

—No, por supuesto que no, me lo entregas voluntariamente. Es un contrato de confidencialidad. No podrás contarle a nadie lo que hay entre nosotros.

—Jefe, esa puerta que hay cerrada con llave en su habitación, ¿es un cuarto de juegos? Porque si me dice que sí, y que es como el Grey, pero un poco más rubio, me da algo.

—Ya tendrás tiempo de verlo —sonrió de medio lado.

—A ver, dígame si sí, o si no, porque de eso depende que acepte.

—Ya has aceptado. —Arqueó la ceja.

—Mierda, tenía que haber preguntado antes —resoplé.

—Eres mía —dijo sosteniendo mi barbilla con dos dedos y esos ojos fijos en los míos—. Solo mía, Míriam.

Me besó y se puso en pie para ir a su sillón, donde se acomodó para comenzar a teclear algo en el ordenador. Llamaron a su teléfono desde recepción para decirle que el paquete había llegado y lo estaban subiendo, esperamos unos minutos hasta que pude salir y cogerlo de mi escritorio para entrar en el cuarto de baño a vestirme.

Me miré en el espejo y pensé que estaba completamente loca por lo que iba a hacer, pero desde luego que no iba a echarme atrás, aunque siempre podría hacerlo si no me convencía lo que el señor Gabriel me exigiera.

Regresé al despacho y ya tenía el contrato esperándome en el escritorio. Lo leí para comprobar que todo lo que me había dicho era lo que ponía, así como otras cosas relativas a la exclusividad por parte de ambos, y firmé.

—Bueno, pues… Soy suya hasta que así lo quiera —dije tras dejar el boli sobre el contrato.

—O hasta que tú decidas que quieres acabar con este contrato —contestó—. Como te he dicho, no haremos nada que no desees y, si quieres acabar con esto, solo tendrás que decirlo.

No sabía realmente dónde me estaba metiendo, pero quería experimentar lo que el hombre que estaba sentado ante mí podía mostrarme.

—Y ahora, nos vamos de compras. —Hizo un guiño.

Capítulo 14



Salimos de la agencia y fuimos hacia su coche, para quien nos viera pensaría que íbamos a alguna reunión, y así debía ser siempre según me había dicho Gabriel.

Nadie debía saber lo que había entre nosotros dentro de su despacho o fuera de la agencia, ni siquiera Camila o Anabel, como insistió en que me quedara claro, aunque ellas y Lucas nos habían visto bailando el viernes de ese modo y ambas estaban seguras de que mi jefe quería arrancarme la ropa.

Bueno, eso lo había hecho el ascensor por él, la verdad, pero, aun así, me había visto prácticamente desnuda.

Condujo hacia una de las calles más conocidas de la ciudad, esa donde varias firmas de renombre se sucedían una tras otra.

Entramos en una de ellas y resultó que era donde había pedido la ropa que llevaba puesta.

—Veo que le sienta bien —dijo con una amplia sonrisa una mujer de cabello castaño y unos ojos azules preciosos y de lo más amables, al menos esa sensación me dio—. ¿Qué más puedo hacer por vosotros, querido Gabriel?

—Nos gusta que nos hagan la pelota —dije yo, él me miró con la ceja arqueada y Paula se echó a reír.

—Me gusta esta chica. —Miró a Gabriel que sonrió de medio lado—. Desde luego, querida, este hombre se va a gastar una cantidad indecente de dinero en mi tienda, una realmente escandalosa, y eso a mí, me encanta. —Me hizo un guiño y me llevó lejos de Gabriel, que se quedó en uno de los sofás sentado y vi que una de las dependientas le llevaba un café.

Nos dirigimos a la sección donde estaban las faldas que podría usar para el trabajo. Aunque ya tenía bastantes en casa, además de la que ya me había comprado para que pudiera vestirme, decidí escoger tres más que me gustaron y me sentaban genial, junto con algunas blusas que también me llamaron la atención.

A ver, que yo iba bien de dinero, pero si mi jefe quería consentirme, que era lo que dijo que

iba a hacer cuando nos subimos al coche y le volví a decir que no necesitaba que me comprara ropa, pues ¿quién era yo para negarle ese caprichito?

Paula me enseñó algunos vestidos, fuimos con ellos hacia donde seguía Gabriel sentado para que me ayudara a escoger y señaló cuatro que quería que me probara, lo hice y fui con cada uno de ellos a que me los viera puestos, dando una vuelta sobre mí misma para que me los viera bien.

—Me siento como en *Pretty Woman*, en serio, solo me faltaría escuchar la canción —dije riendo antes de irme tras enseñarle el último vestido, y él sonrió negando.

Pero cuando me iba hacia donde estaba Paula, empecé a escuchar el inicio de la canción y cuando miré a Gabriel tenía el móvil en la mano y me hizo un guiño.

Eso sí que no me lo esperaba, desde luego, porque el hombre serio y frío que había conocido ahora era completamente distinto.

Acabé quedándome con todos los vestidos. Además de escoger un par de zapatos que combinaban perfectamente con cada uno de ellos y otros para el trabajo.

Pantalones de vestir, algunos vaqueros, chaquetas y hasta lencería acabé comprando, y cada vez que veía el precio me daba un pequeño vuelco al corazón por la cantidad de dinero que se iba a gastar Gabriel en esa tienda.

Paula le conocía, estaba claro que aquella llamada no había sido por casualidad ni la primera que hacía en su vida.

Estaba terminando de vestirme con la ropa que había llevado y suspiré.

—¿Estás bien, cielo? —me preguntó Paula, que estaba conmigo en aquella salita.

—¿Puedo ser sincera contigo? —La miré y ella sonrió sentándose a mi lado en el sofá.

—Creo que sé lo que me vas a preguntar, pero, adelante.

—No soy la primera mujer que trae, ¿verdad?

—No —sonrió.

—¿De qué os conocéis? Si puede saberse, claro. Es decir, ¿vosotros habéis…?

—Oh, no, no. —Se echó a reír—. Verás, mi madre y la suya eran amigas, tenemos la misma edad e íbamos juntos al colegio. Mi madre también tenía una tienda de ropa y como crecí en este ambiente, decidí poner la mía propia.

»Gabriel se fue a Galicia con diez años, pero nuestras madres no perdieron nunca el contacto, vinieron hace tiempo y volvimos a vernos, le hablé de mi idea de poner una tienda y él, me ayudó en todo. Necesitaba dinero para empezar y ahí estaba Gabriel —sonrió con cariño al recordarlo—. Es un buen hombre, aunque sé que a veces puede parecer serio y frío.

—¿Puede parecer, dices? No te creo. —Volteé los ojos y rio de nuevo.

—Vale, veo que has conocido esa versión.

—Es mi nuevo jefe.

—Espera, ¿tú eras la asistente de su tío? —Frunció el ceño.

—Sí, y ahora soy la suya.

—Cielo, te aconsejo mucha, mucha paciencia con él.

—Todos me dicen lo mismo, pero es que a veces acaba con ella.

—Te entiendo, pero hazme caso, si sabes llevar a Gabriel, todo entre vosotros irá bien.

—Así que cuando venía a visitar a su tío, traía a alguna mujer aquí, ¿no?

—Sí. Como te he dicho, no eres la primera mujer que trae, pero sí la primera a la que ha mirado como lo ha hecho —sonrió acariciándome la mejilla—. Conozco a Gabriel, y sé que ha visto algo distinto en ti, pero quizás ni siquiera él lo sepa.

—Tú sabes lo que hay entre él y yo, ¿verdad?

—Nunca me lo ha dicho de manera oficial, pero lo intuyo. Como te he dicho, le conozco, y en confianza te diré que, eso que a él le gusta, y sé que sabes a qué me estoy refiriendo, a mí también. Y ahora será mejor que salgas antes de que venga a buscarte. La paciencia de Gabriel también tiene un límite.

—Sí, eso también lo he notado —sonreí.

Me acompañó de nuevo hacia fuera y le vi hablando por teléfono, cuando se percató de mi presencia sonrió de medio lado y yo constaté que esa sonrisa iba a ser mi propia *kriptonita*, porque podría acabar enamorándome de ella.

Fuimos a la caja y, mientras las dependientas empaquetaban todas las prendas y zapatos en cajas y bolsas, Gabriel hizo el pago a la vez que charlaba con Paula. Ella le comentó que iba a organizar una fiesta el sábado por la noche en su casa y nos extendió la invitación, por si queríamos asistir.

—Es una buena ocasión para que estrene uno de esos preciosos vestidos que se lleva —dijo con una sonrisa.

—Allí estaremos —contestó tras coger su tarjeta, sin preguntarme a mí si me apetecía ir o si tenía otros planes.

Pero claro, ahora no solo era su asistente sino también algo así como una amiga con derecho,

por llamarlo de alguna manera, y como bien había dicho, si él me pedía que hiciera algo, yo sencillamente debía hacerlo.

Y era una fiesta, tampoco era como si fueran a llevarme a un ritual de una secta para sacrificarme o algo así.

Cogimos todas las bolsas y nos despedimos de Paula quedando en que nos veríamos el sábado, me dio un abrazo y un par de besos en la mejilla.

—Y recuerda, tenle paciencia —me susurró antes de apartarse.

Salimos de la tienda y guardamos todo en el maletero de su coche, nos subimos y volvió a conducir sin decirme a dónde íbamos.

Acabamos en un restaurante en el centro de la ciudad, donde nos llevaron a una mesa en el fondo, alejada del bullicio. Allí podíamos hablar tranquilamente, sin interrupciones ni distracciones.

Pidió una botella de vino, unas tostas de queso crema y salmón como entrante y una carne a la brasa que, si era la que había visto en una de las mesas cuando entramos, tenía una pinta buenísima.

—Has hablado con Paula, ¿verdad? —preguntó cuando nos quedamos solos.

—De ropa, sí.

—Míriam. —No había lugar a dudas, ese tono era el de querer respuestas, y yo tenía que dárselas.

—Solo he constatado que no era la primera mujer que llevabas a su tienda, por la familiaridad que he visto entre vosotros. Y sí, me ha dicho que sois amigos desde hace años, como vuestras madres.

—Es lo más parecido a una prima que podría tener, dado que, como sabes, mi tío no tiene hijos.

—Sí, una pena porque sé que él y tu tía tenían muchas ganas de ser padres.

—Sí —sonrió con cierta nostalgia en los ojos.

—Se querían mucho, ¿verdad?

—Tanto como mis padres.

—¿Puedo preguntar por qué no hay una esposa en tu vida? —Cogí mi copa de vino para dar un sorbo, aquella sin duda era una pregunta muy atrevida por mi parte.

—No soy un hombre hecho para el amor.

—Todos estamos hechos para ello, solo hay que esperar a que llegue la persona adecuada.

—En mi caso, sé que no llegará. ¿Y tú por qué estabas con mi tío?

—Eso lo pensaste tú desde un principio, nunca dije que fuera así.

—Tampoco lo negaste.

—Porque me parecía un sinsentido hacerlo si no ibas a creerme.

—Y no tienes pareja, asumo.

—Asumes bien. Tuve y se acabó hace unos meses. Y no, no preguntes porque no quiero hablar de eso.

—Solo iba a decir que me alegro de que no tengas pareja y de que no estés con mi tío, porque como dije en el ascensor, te quiero solo para mí.

—Y ya me tienes, hay un contrato que así lo dice. —Di otro sorbo.

Nos sirvieron las tostas y con el primer bocado se me escapó un gemido, estaban buenísimas. Gabriel me miró con esa sonrisa de medio lado que tanto peligro tenía, pero esta era más pícara.

—¿Qué? —pregunté.

—Si te pidiera que te acercaras a mi lado, y que separaras las piernas, ¿qué harías?

—Mandarte a la mierda y decirte que no. Lo siento, pero eso es algo que no deseo hacer —contesté recordándole que podía negarme a algunas cosas.

—Está bien, es demasiado pronto para que lo hagas.

—No lo haré nunca, que yo las cositas del sexo las hago en la intimidad.

—Estando conmigo ya no, preciosa.

—En público, no.

—Tiempo al tiempo, preciosa, tiempo al tiempo…

Capítulo 15



Había quedado con mis padres para comer, era viernes y me esperaban en el bar restaurante que había junto a su inmobiliaria.

Al parecer, habían tenido una mañana de lo más ajetreada porque estuvieron enseñando los pisos de un edificio que estaba vacío desde hacía un par de años y el banco que lo había adquirido unos meses atrás quería vender cuanto antes.

Llegué al restaurante y mi madre fue la primera en darse cuenta al verme que la ropa que llevaba era nueva, es que a esta mujer no se le escapaba una, en serio.

—Deja a la niña, mujer, que habrá ido de compras con las chicas —le dijo mi padre.

—A ver, que las tres lo ganan muy bien, pero ya te digo yo que esta firma no la compran a diario —añadió ella.

—¿Es que eres una entendida de la firma, mamá? —Reí.

—De esta concretamente, sí, porque la dueña nos compró a nosotros la casa en la que vive. Y me dijo que cuando quisiera un traje para el trabajo no dudara en ir a verla, y lo hice.

—O sea, que te gastas mi dinero en firmas caras, Sofía, no me lo puedo creer. —Mi padre la miró haciéndose el ofendido.

—Uy, lo que ha dicho. ¿Tu dinero? Es de los dos, ¿eh? Que llevo en la inmobiliaria los mismos años que tú, te recuerdo que se llama AS Inmobiliaria, de Alejandro y Sofía.

Yo los escuchaba y sonreía, porque siempre estaban así, tirándose alguna que otra pullita, pero con cariño, porque esos dos quererse se querían con locura y devoción.

Eran mi referente en cuanto al amor, pues quería lo que ellos tenían desde que eran apenas unos chiquillos, como decía mi padre. Quería encontrar un hombre que no solo me quisiera porque me viera bonita por fuera, sino por lo que era. Eso sí, tenía claro que si no me miraba como mi padre miraba a mi madre, no sería el hombre de mi vida.

Me preguntaron cómo me había ido esa segunda semana con el nuevo jefe en la agencia y sonreí, les dije que habíamos llegado a una tregua y que al menos nos soportábamos, no iba contarles que la tregua comenzó con un beso de esos que te hacen temblar las piernas en un cuarto de baño, y rematamos con un encuentro de lo más explosivo en el ascensor de la agencia porque me encontró en ropa interior.

Decían que eso estaba bien, llevarnos lo mejor posible porque pasábamos muchas horas juntos y tenía que ayudarle a él como había ayudado a su tío.

Nos sentamos a comer y pidieron vino blanco, una bandeja de marisco como entrante y un delicioso pescado al horno acompañado de patatas y verduras.

—Bueno, y al final ¿cuándo os vais de viaje? —pregunté mientras comíamos.

—Para eso te queríamos ver —sonrió mi madre—. Tu padre ya tiene todo organizado, nos vamos dentro de dos semanas.

—Quería que nos fuéramos la próxima semana, pero con esto de los pisos en venta, he esperado.

—¿Y crees que los venderéis pronto?

—Es posible, hoy hemos enseñado varios, y tenemos un cliente que es inversor y nos ha dicho que los que queden, los compra él para reformar y vender. Ten en cuenta que llevan dos años vacíos y hay algunos desperfectos, están a la venta a un precio bajo y el banco no va a hacer arreglos ni nada.

—Ya, tal cual lo ves es como lo compras —contesté, y ambos asintieron.

—Y ¿dónde están? Sé que Anabel quería comprarse algo, le acaba el contrato de alquiler en tres meses y aunque puede renovarlo por otro año sin problema, estaba mirando la posibilidad de coger un piso, aunque sea pequeño.

—No quedan muy lejos del centro, y ahora que lo pienso —mi madre miró a mi padre—, están a unos quince minutos en coche de la agencia donde trabajaban, ¿no?

—Es verdad, sí. Porque ella ahora vive algo más lejos, si no recuerdo mal.

—Sí, algo más de media hora en coche. Que le he ofrecido no sé las veces venirse a vivir conmigo, pero nada, no quiere para no molestar —sonreí.

—¿Tiene algo que hacer ahora? —preguntó mi madre— Te lo digo porque si quiere podemos enseñarle uno de los pisos de un dormitorio, es tipo *loft* y para ella, sería perfecto. Por la hipoteca no tiene que preocuparse, que ya sabes que nosotros se lo miramos todo, hasta los arreglos que hay que hacerle.

—Pues la llamo ahora y quedamos, que seguro que dice que sí. —Cogí el móvil y tal como

pensaba, Anabel aceptó encantada ver el piso, así que quedamos en la dirección que me dijo mi padre para vernos a las cinco y media.

Terminamos de comer y disfrutamos de unos cafés mientras charlábamos sobre el viaje misterioso, pues así lo había bautizado mi madre, y mi padre no dejaba de sonreír cada vez que ella decía que necesitaba saber dónde pensaba llevarla para saber qué meter en su maleta.

Y él, sin cortarse lo más mínimo, acabó diciendo que no iba a darle pistas porque, aunque supiera dónde iba siempre acababa metiendo en la maleta un montón de «por si acasos», o sea, ropa de «por si acaso refresca», «por si acaso hace calor», «por si acaso llueve», y así, muchos más.

Ella le miró con los ojos entrecerrados, pero es que sabía que tenía razón. Aún podía recordar unas vacaciones a las que fuimos cuando yo tenía diez años, mi padre nos llevaba a la playa dos semanas en pleno agosto, y mi madre metió ropa de abrigo en las tres maletas por si acaso hacía frío.

En fin, cosas de madres y abuelas que siempre velan por la salud de los suyos y quieren que se abriguen bien, aunque haya más de cuarenta grados de calor incluso de noche.

Después del café, cogimos los coches y seguí a mis padres hasta la dirección donde estaba el edificio con los pisos en venta, ya estaba Anabel allí esperando en la puerta.

—Hola, cariño —sonrió mi madre acercándose a ella.

—Hola, Sofía. —Se dieron un abrazo—. Alejandro, ¿tú es que no envejeces? —sonrió.

—A mi marido cuando lo bautizaron, debieron hacerlo con agua de la eterna juventud, porque hija, no es normal —dijo mi madre.

—Será que tú estás estropeada, amor —contestó mi padre.

—No, pero cuántos a tu edad quisieran verse como tú.

—Eso digo yo, que pareces Brad Pitt en el papel de Benjamin Button, los años los cumples, pero el cuerpo va hacia atrás —dije yo.

—Voy a tener que salir con vosotras tres más a menudo para que me piropeéis así. —Rio.

—Que te gusta a ti un piropo, papá. —Reí.

Entramos en el edificio y subimos por la escalera hacia la cuarta planta, tenía ascensor, pero habían quedado con los de la empresa para que le hicieran el mantenimiento en los próximos días.

Cuando llegamos, mi padre abrió la puerta de la derecha, nos dijo que había tres pisos en las cuatro primeras plantas que eran iguales, y en las cuatro siguientes solo dos pisos y más grandes.

Al entrar, tenía un pequeño recibidor donde mi madre dijo que podía poner un mueble con perchero y espejo para dejar las llaves, a la izquierda encontrábamos el espacio abierto que unía la cocina y el salón en una estancia bastante amplia donde se podía poner un mueble a modo de barra para el desayuno y que dividiera un poco las dos zonas. A la derecha estaba el dormitorio que quedaba cerrado al igual que el cuarto de baño.

Como dijeron no era muy grande, pero para ella le vendría genial.

—Ya solo con ganar esos quince minutos que estoy más cerca del trabajo, me doy por satisfecha —sonrió.

—Tiene un pequeño balcón en el salón al que accedes por los dos ventanales, como puedes ver —comentó mi padre—, y una de las ventanas del dormitorio da ahí.

—Está genial, en serio. Y esa ventana en la parte de la cocina, me encanta.

—La verdad es que esa más los ventanales de la zona de salón, le dan mucha luz al piso —dijo mi madre—. Y ahora están bien de precio, es cierto que tienes que amueblar la cocina…

—Tranquila, que me voy a un Ikea y arreglado —sonrió—. Algunos muebles que tengo ahora los puedo traer, porque los compré yo como apoyo a los que ya tenía el piso cuando entré.

—Con la mudanza tampoco tienes problema, que sabes que entre todos te echaremos una mano —sonreí.

—Lo que me preocupa es la hipoteca, a ver, que tengo un buen sueldo, pero igual el banco no lo ve factible.

—Tú por eso no te preocupes que, siendo prácticamente de nuestra familia, Sofía y yo hablamos con el banco con el que trabajamos y te consiguen una a tu medida.

—Y en cuanto a los pequeños arreglitos y la pintura, ni te preocupes, cariño, que yo llamo a la empresa de reformas que contratamos cuando vendemos alguna de las casas que tenemos nosotros directamente, y te dejan el piso a tu gusto —sonrió mi madre.

—Al final me echo a llorar —dijo Anabel—. Me ayudáis mucho, en serio. Gracias a los dos. —Les dio un abrazo a ambos.

—¿Cómo no íbamos a hacerlo? Eres amiga de nuestra hija.

—Sois dos personas maravillas, de verdad. Muchas gracias.

—¿Entonces? ¿Te lo quedas? —pregunté, y Anabel me miró con una sonrisilla al tiempo que asentía.

—Me lo quedo, claro que me lo quedo. ¿Qué necesitáis para la hipoteca? —Miró a mis padres.

Le dijeron lo que iban a necesitar y como tenía todo en el móvil se lo mandó a mi madre por correo, que no tardó en llamar a su amiga del banco para decirle que iba a pasarle una documentación para una hipoteca, al igual que me ayudaron a mí en su momento.

Fuimos apuntando en una lista lo que veíamos que había que hacer, le preguntaron si quería pintar de algún color en especial y ella sonrió mientras les decía todo.

Salimos del piso una hora después, con las medidas de la cocina y el salón para que fuera viendo muebles, y tras despedirnos de mis padres nos fuimos a tomar café. La pobre estaba emocionada y con los ojos vidriosos, no dejaba de darme las gracias porque siempre habíamos estado ahí para echarle una mano.

—Pues ya tengo plan para mañana —dijo antes de que volviéramos a los coches—. Me voy a ir a ver muebles y algunas cositas nuevas para decorar el piso. Ese balcón me va a dar mucha vida en verano.

—Lo sé, te vas a tomar el café todas las mañanas —sonreí.

—Desde luego.

—Bueno, nos vemos el lunes en la agencia. —Le di un abrazo.

—Y comemos las tres para que me ayudéis a escoger los muebles que vea.

—Eso está hecho. Adiós, cariño.

—Adiós.

Me subí al coche y puse rumbo a casa por fin después de una semana más de trabajo, deseando que llegara el fin de semana.

Solo que en vez de quedarme en casa descansando, la noche siguiente tenía una fiesta a la que asistir, y estaba un poco nerviosa. No conocería a nadie allí salvo a Gabriel y a Paula, aunque si algo tenía como decía mi madre es que era bastante sociable, así que esperaba poder mantener una conversación con cualquiera de los demás invitados a la fiesta sin morirme de vergüenza.

Aunque claro, era la asistente de Gabriel, y si Paula sabía lo que él se traía con las mujeres, estaba claro que muchos otros podían saberlo también.

Cuando llegué a casa encontré un ramo de flores en la puerta de mi piso, sonreí cogiéndolo y disfrutando del aroma que desprendían, y leí la nota que me sacó una sonrisa.

«No son tan hermosas como tú, pero pensé en ti al verlas»

Sabiendo cómo era mi jefe, no me habría imaginado ni en un millón de años que me enviara flores y con una nota como esa, pero ahí estaban, esperando en mi puerta para sacarme una sonrisa y decirme que, para Gabriel, no era solo una más con la que irse a la cama.

Capítulo 16



Gabriel había quedado en recogerme en mi calle, llegaría en poco más de diez minutos y estaba terminando de ponerme los zapatos.

Tal como dijo Paula, estrenaba uno de sus vestidos; era negro, largo hasta los tobillos, entallado y con un único tirante ancho en el hombro derecho de modo que la espalda quedaba parcialmente descubierta como el resto del torso.

Además, tenía una apertura en el lado izquierdo de la falda de modo que al caminar se me veía la pierna hasta la rodilla. Los zapatos eran en realidad unas sandalias con tiras que se unían hasta el tobillo, también en color negro al igual que el bolso de mano que tenía desde hacía un par de años.

Estábamos ya cada vez más cerca del mes de mayo y se notaba, las noches no eran tan frescas, pero, aun así, había cogido un chal que me regaló mi madre unas navidades y que para estos casos me venía genial.

Opté por recogerme el pelo en un moño elegante con algunos mechones sueltos y me había maquillado en tonos suaves y muy naturales, con un bonito rojo para los labios.

Tras un último vistazo en el espejo y comprobar que estaba perfecta, me puse el chal por los hombros, guardé el móvil en el bolso y cogí las llaves de casa para salir.

No había hecho más que dejar el portal atrás cuando vi aparecer el coche de Gabriel por mi calle y caminé hacia él, que no me había visto y estaba saliendo para recibirme.

—Hola —sonreí cuando llegó a mi lado.

Estaba guapísimo, como siempre, luciendo ese elegante traje negro, la pajarita del mismo color y una camisa blanca que le quedaba de maravilla.

—Estás preciosa —dijo mirándome fijamente con esos ojos marrones que me intimidaban, mientras me acariciaba la mejilla.

—Gracias.

Me abrió la puerta ayudándome a subir al coche, y una vez me acomodé en el asiento, la cerró de nuevo para volver a subirse al suyo y lo puso en marcha.

Se conectó la radio y de ella salía una melodía suave que llenaba el interior, de esas tranquilas y relajantes.

Gabriel conducía concentrado en la carretera, pero le veía un poco pensativo. Quise preguntarle, pero no lo hice porque no quería que se sintiera incómodo si era algo del trabajo.

—Me ha preguntado hoy mi tío por ti —dijo de pronto y le miré sonriendo.

—¿Cómo está?

—Aburrido, esa es la palabra que me dice todos los días. Y sí, también me ha dicho que te echa de menos, además de advertirme que tengo que tratarte bien para que no me dejes —sonrió de medio lado.

—Bueno, jamás me planteé renunciar a mi puesto de trabajo. Que te habría hecho la guerra, sí, pero renunciar, no. Me habrías despedido y yo iría a denunciarte hasta conseguir que me readmitieras. —Me encogí de hombros.

—Sí, me dijo que eras un poquito peleona.

—Tu tío me quiere mucho. Pero es mutuo, la verdad, porque durante estos años me cuidó como un padre.

—Te aprecia y siempre me habló de lo eficiente que eras. Nunca dijo tu nombre, eso sí.

—Por cierto, gracias por las flores.

—¿Flores? —Me miró frunciendo el ceño—. ¿Qué flores, Míriam?

—¿No me enviaste flores ayer? Encontré un precioso ramo cuando llegué por la tarde a mi casa.

—No, no te envié flores. Creí que no tenías pareja, ni admiradores, ni nada de eso.

—Y no lo tengo.

—¿Entonces? ¿Quién te envió flores?

—¿Tu tío pudo ser?

—No lo sé, pero, tal vez sí.

Esperaba que hubiera sido el señor Martín, porque si no me las había enviado Gabriel, y estaba claro que mi padre tampoco lo había hecho, no tenía ni idea de quién podría haberlas

enviado si no se trataba de mi antiguo jefe.

Cuando llegamos a la casa de Paula, me quedé maravillada. Se trataba de un chalé precioso en una de las urbanizaciones más bonitas de la ciudad. Aunque de noche no se podía apreciar su belleza, durante el día era una maravilla ver las zonas verdes ajardinadas, donde las flores aportaban un hermoso toque de color gracias a la variedad de tonos que adornaban el lugar.

Gabriel se había identificado en la caseta de seguridad que había en la entrada a la urbanización, y cuando estábamos frente a la casa, las puertas de hierro forjado se abrieron para permitirnos el paso con el coche, ese que dejó aparcado en una zona donde solo había un par de coches, bastante alejado de la docena que había visto antes, que seguramente debían ser de los demás invitados.

Abrió mi puerta para ayudarme a salir y cuando lo hice, me ofreció el brazo como todo un caballero para que me apoyara en él y así caminar hacia la entrada.

Llamó y no tardó en abrir una chica joven de lo más sonriente con un uniforme de camarera.

—Bienvenidos —dijo haciéndose a un lado para que entráramos.

—Gracias —respondimos al unísono.

Gabriel me llevó por el pasillo desde el recibidor hasta la zona de salón. Todas las paredes de la casa eran blancas con suelos de mármol negro, la decoración era de lo más moderna y elegante con obras abstractas de colores vibrantes, y algún que otro jarrón de cristal en el suelo con cañas de bambú.

Cuando entramos en el salón donde se encontraban todos los invitados, me quedé impresionada. Era una zona amplia y luminosa, con ventanales que daban al jardín. Había una chimenea que prometía calidez en invierno, y varios sofás junto con sillones individuales en los que muchos ya estaban cómodamente sentados, conversando y riendo en grupos. En una de las paredes, destacaba un retrato de Paula junto a su madre, a quien se parecía mucho.

Los hombres iban con traje al igual que Gabriel, y las mujeres con vestidos de lo más elegantes, algunos más sobrios y otros más sensuales.

—Cielo, estás espectacular con este vestido —dijo Paula acercándose y me dio un abrazo y un par de besos.

—Y tú, el rojo te sienta muy bien.

—Gracias —sonrió—. Gabriel, tan guapo como siempre. —Le dio un beso en la mejilla—. Tomaros una copa, enseguida nos avisarán para ir al comedor a cenar.

—Tienes una casa preciosa, lo poco que he visto, claro —dije.

—En cuanto me la enseñaron los de la inmobiliaria, me enamoré de ella y la compré.

—Esos fueron mis padres —sonreí levemente.

—Espera, ¿tus padres tienen una inmobiliaria? —preguntó con los ojos abiertos.

—Sí. AS Inmobiliaria, es de ellos.

—Recuerdo que le dije a tu madre que podía ir a mi tienda cuando quisiera un nuevo conjunto para el trabajo.

—Y fue, lo sé —sonreí de nuevo—. Al ver mi ropa nueva para la oficina, la reconoció de tu tienda.

—Tienes unos padres encantadores, Míriam —me dijo frotándome el brazo—. Y jóvenes, por lo que recuerdo.

—Ahora tienen cincuenta años, y no, ninguno los aparenta. —Reí.

—Desde luego que no. Bueno, lo dicho, tomaros una copa y disfrutar antes de la cena.

Asentí antes de que se girara para ir a charlar con otro grupo y noté la mano de Gabriel en la espalda, le miré y me llevó hasta uno de los camareros que se acercaba con la bandeja llena de copas de vino. Me ofreció una y él cogió otra.

—Hum, qué bueno está, es afrutado —dije tras el primer sorbo.

—Es el favorito de Paula, no bebe otro que no sea este, expresamente importado de los viñedos de su tío en Francia.

—¿Tiene familia allí?

—Su padre era francés, se vino a España por negocios y se quedó, sus abuelos murieron hace tiempo, pero sigue teniendo allí a sus tíos y un par de primos —contestó antes de beber de su copa.

—Vaya, vaya, qué sorpresa tan agradable —dijo un hombre tras Gabriel y ambos miramos—. ¿Has venido a pasar un tiempo? —le preguntó.

Era un hombre tan alto como él, rubio y de ojos de un azul grisáceo bastante llamativo, pero sus facciones eran aún más serias que las de Gabriel. Y en cuanto a edad, podría tener la misma o quizás ser unos años más mayor.

—No, esta vez he venido para quedarme. Ahora estoy al frente de la agencia de mi tío.

—Así que Martín finalmente ha decidido jubilarse, le debe estar costando mucho —sonrió y vi que me miraba casi de manera imperceptible, pero Gabriel también lo notó y me rodeó con el brazo por la cintura, gesto que al rubio no le pasó desapercibido al ver la mano en mi cadera.

—Un poco, ya le conoces.

—¿No vas a presentarme a esta bella mujer? —Me miró ahora con más descaro.

—Ella es Míriam —sonreí al escuchar mi nombre—. Míriam, él es Sergio.

—Encantada —sonreí tendiéndole la mano para estrechársela, pero él la cogió y, sin dejar de mirarme a los ojos, me besó el dorso.

—Un placer tener a una mujer tan bella como tú esta noche entre nosotros —me dijo aún con los ojos clavados en los míos, y noté el modo en el que Gabriel me apretaba la cadera con fuerza.

—Oh, no, no. He visto que hay mujeres más guapas que yo. Aquella rubia, por ejemplo. —Señalé a una que tenía una cara preciosa con una sonrisa de lo más dulce—. Se nota que es modelo.

—Si me permites una apreciación, Gabriel no traería a cualquier mujer a estas fiestas.

—Vamos al jardín —dijo Gabriel con un tono que no dejaba lugar a una negativa, y tiró levemente de mí para llevarme hacia la puerta que daba allí.

Y mientras caminábamos, con su mano en mi cadera, noté que muchos de los invitados de Paula nos miraban, tanto hombres como mujeres, y sentí que me ruborizaba al ser en ese momento el centro de atención.

Una vez fuera del salón nos sentamos un banco que había fuera del porche, pero lo suficientemente cerca de la puerta como para escuchar si nos llamaban para ir al comedor a cenar.

—No te cae bien ese tal Sergio, ¿verdad? —dije mirándole.

—Le tolero por Paula, pero no, no me cae bien.

—Me has dado un buen apretón en la cadera para que lo viera él cuando me besó en la mano.

—Eres mía, quería que le quedara claro.

—¿Puedo preguntarte algo? Y sí, lo de a confidencialidad lo tengo claro, no te preocupes.

—Dime. —Me miró fijamente y noté que me intimidaba de nuevo con esos ojos, ahora oscuros por lo que intuía podría ser rabia al haber estado con ese hombre.

—¿Todos en esta fiesta son como tú?

—¿A qué te refieres con, como yo? —Arqueó la ceja.

—Ya sabes, si firman contratos como el mío para tener relaciones.

—Sí. No solo los hombres, las mujeres también.

—Gabriel.

—Qué. —Me acarició la mejilla y eso me pareció muy tierno por su parte, y además noté que sus ojos empezaban a volver a ser de su color habitual.

—Esta fiesta, no será una de esas donde todos se acuestan con todos, ¿verdad? Porque yo no…

—Puedes estar tranquila preciosa —me cortó—, nadie de esta fiesta va a intentar nada contigo porque eres mía, y si Paula se ha encargado de algo esta noche, es de decirles a todos antes de que llegáramos que no voy a compartirte.

—¿Eso lo has hecho antes? —Me estremecí y noté que me salía la voz en apenas un susurro.

—Alguna vez sí, pero no con todas las mujeres que he estado. Ya sabes, nunca pasará nada que no desees que pase, y eso de compartir es una de las cosas.

—O sea, que si yo quisiera…

—Míriam, este es mi mundo, no el tuyo, y no te obligaría a hacer eso. Si tú quisieras hacerlo, te aseguro que antes de dejar que otro se una en la cama a nosotros, lo hablaríamos largo y tendido. Preciosa, no todas las personas están preparadas para algunas cosas —dijo volviendo a acariciarme la mejilla.

—Al final voy a pensar que eres un romántico y que te preocupas por mí —dije frunciendo los labios y entrecerrando los ojos para quitar un poco de hierro al asunto, a lo que él respondió con una carcajada.

—Que te quede claro una cosa, que tengamos sexo sin compromiso y con un contrato de consentimiento firmado, no quita que me preocupe por ti, ¿de acuerdo? Y en cuanto a lo de romántico, pues no, no lo soy. —Se encogió de hombros.

—Tú más que el príncipe que toda madre querría para su hija, eres el chico malo con moto y chupa de cuero, pero camuflado con un traje.

—Nunca me habían dicho algo así. —Rio—. Ahora entiendo por qué mi tío siempre sonreía al hablar de ti. Le dabas vida.

Nos quedamos allí en silencio unos segundos, mirándonos el uno al otro hasta que Gabriel acortó la distancia y se inclinó para besarme. Cerré los ojos y me dejé llevar por ese beso y todo lo que con él me hacía sentir.

—Ah, estáis aquí. —Nos separamos al escuchar la voz de Paula—. La cena está servida —dijo sonriendo cuando la miramos, y volvió a entrar.

—Vamos, quiero escoger el mejor sitio en la mesa. —Gabriel se puso en pie y me tendió la mano, la miré unos segundos y acabé cogiéndola, me ayudó a levantarme y no la soltó en ningún momento.

Así fue como entramos en la casa, caminamos hacia el comedor siguiendo a los demás y nos adentramos en la estancia donde una mesa alargada y llena de bandejas de comida y bebida nos recibió a todos.

Cuando vio a Sergio sentado en el extremo más cercano a la puerta, me llevó hacia el otro de manera que estuviéramos lejos de él y sus miradas.

Retiró mi silla, me senté y noté sus labios dejando un beso suave en mi hombro desnudo antes de sentarse a mi izquierda, y justo a la suya y presidiendo la mesa, vi que se sentaba Paula.

—Gracias a todos por venir esta noche —dijo con una sonrisa—. Espero que disfrutéis de la cena y de lo que vendrá después.

—Sabes que todos los aquí presentes siempre disfrutamos de lo que viene después, Paula —contestó una mujer de cabello rojizo con los ojos verdes que sonreía con amabilidad.

—Lo sé, pero me gusta decíroslo. —Rio Paula y sonreía cuando ella me miró—. Es tu primera fiesta, pero estoy segura de que nuestro Gabriel te traerá a muchas más.

—Paula —le advirtió él.

—A ver, que Míriam no es tonta y sabe lo que pasará después de la cena. —Ella volteó los ojos—. Y tranquilos, que todos saben que ella es tuya, y solo tuya.

—Creo que no todos lo tienen claro —respondió Gabriel mirando de reojo hacia Sergio.

Y cuando miré yo, vi que el rubio me observaba y sonreía con lo que, sin lugar a duda, era lascivia, pura y lujuriosa lascivia.

Capítulo 17



La cena estaba transcurriendo como una velada tranquila, con charlas entre unos y otros, risas y algunas anécdotas que contaban varias de las chicas que, tal como pensé al verlas, eran modelos y se pasaban gran parte del mes viajando de aquí para allá.

Pero había alguien que seguía mirándome como si no le importara el hecho de que Gabriel estuviera allí, como si el simple hecho de que yo estuviera a su lado no le importara en lo más mínimo.

Cada vez que miraba hacia alguno de los invitados que estaba sentado cerca suyo, ahí estaban sus ojos observándome y esa sonrisa que me dedicaba como si creyera que le miraba específicamente a él.

Ya habíamos tomado los entrantes, que fueron unos deliciosos canapés de caviar de salmón y unas bruschettas de pollo y verduras que estaban buenísimas.

No había prisa por acabar la cena, así que nos tomábamos con tiempo el degustar cada plato, y ahora teníamos un pequeño tentempié, como lo llamó Paula, que no era otra cosa que una copa de champán antes de pasar al plato principal.

—¿Todo bien? —me preguntó Gabriel en el oído, y noté su mano posarse en mi pierna izquierda, esa que estaba descubierta por la apertura que tenía la falda del vestido. Le miré y sonreí.

—Sí, lo estoy pasando bien si es lo que quieres saber. Las modelos me parecen muy divertidas.

—Son íntimas de Paula, es algo así como su hada madrina —sonrió de medio lado—. Él sigue mirando. —No hizo falta que me dijera a quién se refería porque lo sabía más que de soba.

—Ya, y no quiero cruzar miradas con él, pero es inevitable, y no mirar cuando habla alguno de los invitados que está cerca suyo, sería una falta de respeto por mi parte.

—Lo sé, preciosa. —Me acarició la mejilla y noté que me sonrojaba, aquel era un gesto tan íntimo que me extrañaba que lo hiciera ante esas personas.

Y entonces la mano que tenía en mi pierna comenzó a moverse, a subir despacio por el muslo acariciando con la yema de sus dedos el interior, le miré con los ojos abiertos y me dedicó una de esas sonrisas de medio lado un tanto pícara.

—¿Qué haces? —pregunté en un susurro, pues así estábamos hablando a pesar de que nadie podría oírnos con la charla y las risas que tenían.

—¿Recuerdas lo que hablamos el otro día en el restaurante? —preguntó a su vez sin dejar de acariciarme el muslo, y noté que me rozaba la zona de a entrepierna con los nudillos.

—No, Gabriel, aquí no —dije al saber a qué se refería.

—Sí, preciosa, aquí sí —susurró mirándome con esa intensidad que había en sus ojos mientras sus dedos, hábiles y muy expertos, hacían la tela del tanga a un lado—. Tienes que quitarte la vergüenza y los prejuicios que sé que tienes. Si estás conmigo, lo estás en todos los sentidos. Y a mí, esto, el tocarte y hacer que te corras estando rodeada de gente, me da mucho morbo.

—Por favor, no me hagas esto —le pedí notando la palma de su mano cubriendo mi sexo—. Gabriel, no lo hagas aquí.

—Lo voy a hacer y tú lo vas a disfrutar.

—No puedo, no voy a poder sabiendo que hay más gente.

—Céntrate solo en mí, olvida que hay más gente, piensa que estamos solos tú y yo. Pero no hagas ni un solo ruido, ¿entendido?

—¿Y si saben lo que estás haciendo?

—¿De verdad crees que soy el único que juega con su acompañante? —volvió a sonreír de medio lado al tiempo que arqueaba la ceja— Varios de estos hombres ahora mismo tienen la mano entre las piernas de sus chicas, y ellas están moviéndose y disfrutando sin que nadie vea nada. Pero créeme, aquí todos sabemos lo que puede pasar debajo de una mesa.

Seguía moviendo la mano sobre mi sexo y notaba que me excitaba más con cada segundo que pasaba. Me mordí el labio inferior y él siguió el gesto con la mirada.

—No hagas eso, o además de intuir lo que pueda pasar aquí, lo sabrán —dijo, y obedecí—. Estás aprendiendo a obedecer, esa es una buena señal. Disfrútalo, preciosa, pero no hagas ruido.

Y se giró de nuevo para charlar con el resto como si no tuviera la mano entre mis piernas, como si dos de sus dedos no estuvieran en este momento deslizándose por mi clítoris hasta la entrada de mi vagina para penetrarme apenas un poco y llevar con ellos esa humedad que me estaba provocando.

Aquello era una locura, no me podía creer que de verdad Gabriel estuviera haciéndome eso, pero así era, lo estaba haciendo y yo tenía que hacer como si nada, igual que él, con lo difícil que

me resultaba eso a mí.

Cogí mi copa de champán y di un sorbo, necesitaba sentir algo fresco que contrarrestara el calor que Gabriel me provocaba con su mano y sus dedos.

Cuando me penetró con ellos tuve que contener un gemido y acabé agarrándome con fuerza a su brazo, él me miró y sonrió con malicia. Esto sí que era otro motivo para odiar a mi jefe, en serio.

Siguió penetrándome como si nada, muy despacio eso sí, y algunas veces al mismo tiempo que retiraba el dedo antes de volver a introducirlo, subía la palma de la mano para hacer fricción con ella en el clítoris y eso era una maldita tortura, en serio.

Paula habló un par de veces y la miré, ella frunció el ceño porque debió ver algo en mi rostro, y entonces sonrió mirando a Gabriel con la ceja ligeramente arqueada. Mierda, ella sabía lo que estaba pasando bajo la mesa entre nosotros.

Fue entonces cuando mi querido jefe tuvo la genial idea de comenzar a mover la mano un poco más rápido, de modo que me iba llevando de manera irremediable al orgasmo.

Volví a agarrar con fuerza su brazo, me miró y cruzamos nuestras miradas. Mi respiración era un poco más rápida y agitada de lo que debería y él sabía por qué, entonces se giró con su copa en la mano, di un sorbo al champán y la acercó a mis labios para que bebiera, lo hice y cerré los ojos al sentir el frío del líquido espumoso atravesando mi cuerpo.

—Y ahora quiero que te corras —me susurró en el oído, comenzó a ir más rápido y me contuve todo lo que pude para no gritar mientras me movía despacio y sutilmente liberando el clímax hasta que no quedó nada de esa tensión en mi cuerpo—. Buena chica —dijo antes de besarme el hombro desnudo y retirando los dedos de mi húmedo sexo.

Solo esperaba que no hiciera como en el ascensor y se los llevara a la boca, porque entonces sí que me moriría de vergüenza. Por suerte le vi sacar un pañuelo del bolsillo izquierdo del pantalón y se los limpió con él.

—Necesito ir al cuarto de baño —le dije.

—Saliendo por donde hemos venido, a la izquierda hay un pasillo, la tercera puerta es el cuarto de baño —indicó y asentí.

Caminé tan decidida y a la vez tranquila como podía dadas las circunstancias, y por suerte nadie me prestaba atención, todos seguían inmersos en la charla y las risas, bueno, todos menos uno que, aunque miré fugazmente, se dio cuenta y sonrió de ese modo que me daba un poco de grima, la verdad.

Salí del comedor y fui hacia la izquierda por el pasillo escuchando el eco de mis pisadas con los tacones en el mármol, abrí la tercera puerta y me adentré en el cuarto de baño.

Allí el mármol era la estrella, pues tanto las baldosas del suelo como los azulejos de las paredes eran de ese precioso y caro material, igual que la encimera del mueble del lavabo.

Tenía un plato de ducha y todo, por lo que se alejaba mucho de ser el típico aseo para las visitas en una casa.

Después de asearme un poco la zona y hacer que mi ropa interior se sintiera un poco más decente, aunque no era como si alguien fuera a verme el tanga, la verdad, me refresqué un poco la cara sin estropearme el maquillaje, comprobé que mi cabello no fuera un completo desastre, y abrí para salir.

Solo que no pude porque alguien en concreto estaba allí con las manos apoyadas en el marco de la puerta impidiéndomelo.

—Sergio —carraspeé—, ¿qué haces aquí?

—Evitar que te pierdas por la casa, Caperucita —sonrió con malicia.

—No es como si el trayecto de vuelta de aquí al comedor fuera un laberinto. Si me disculpas. —Hice el intento de que apartara el brazo, pero no lo hizo.

—Vamos, sé lo que ha hecho Gabriel hace solo unos minutos, y debes estar deseando que te den una buena follada ahora mismo.

—Te estás equivocando de persona, créeme.

—¿Acaso piensas que no te compartirá con uno o varios de nosotros? No serás de su exclusividad eternamente. Ahora eres la novedad, te follará varias veces y después pasarás por todos nosotros.

No iba a mentir diciendo que este hombre no me daba un poco de pavor por lo que pudiera querer hacerme estando ahí los dos solos, pero, ni se lo dejaría ver, ni me achantaría ante él.

—Quién sabe, quizás le guste tanto hacerlo conmigo a solas, y se lo haga tan bien, que no quiera que nadie más disfrute de lo que tengo para ofrecer en la cama.

—Lo hará, siempre lo hace. A todas y cada una de sus putitas las has compartido con nosotros en estas fiestas. No serás la excepción así que, ¿por qué no me dejas ser el primero que te folle como debe hacerlo un hombre? —dijo con la voz ronca y en sus ojos vi que había bebido más de la cuenta.

Se lanzó sobre mí en un movimiento tan rápido que no me dio tiempo a evitar que su mano alcanzara mi pierna y la elevara con una mano sobre su cadera para poder llevar la otra sobre mi zona íntima.

—Caliente y húmeda, como imaginaba —dijo con lascivia y las pupilas dilatadas—. Abre bien, porque te voy a dar lo que has venido buscando a esta fiesta —murmuró acercando los

labios a los míos, pero no llegó a besarme, gracias a Dios.

—Si vuelves a tocarla, te mato —rugió Gabriel que era quien había apartado a Sergio de mí cogiéndole por ambos hombros y haciéndole girar hasta sacarlo al pasillo.

—No me jodas, Gabriel, sabes que la compartirás con todos, ¿por qué esperar?

—¿No te ha quedado claro lo que os dije a todos? —Esa era la voz de Paula, que debía haber venido con Gabriel.

—¿Y teníamos que creerte? —gritó Sergio.

—Deberías haberlo hecho, ya sabes que lo que dice Paula, es ley aquí, y en cualquier otra de nuestras fiestas —dijo alguien, un hombre, del que no podía decir su nombre.

—Sabes el decálogo, Sergio. —Esa era una de las modelos, estaba segura—. Si uno de vosotros no quiere compartir a su acompañante, no lo hará.

—Tú calla, que bien que te gusta que te follemos dos o tres a la vez —respondió Sergio, y yo seguía allí en el cuarto de baño metida mientras Gabriel se mantenía firme en la puerta evitando que él me viera.

—Sal de mi casa, Sergio —exigió Paula—. Y no vuelvas nunca.

—Estás de broma.

—No bromeo. Es más —se hizo el silencio un momento, carraspeó y volvió a hablar—, ningún acompañante nuestro, sea mujer u hombre, merece que lo obliguen a nada que él no quiera consentir.

»Tú has intentado obligar a una acompañante a la que, yo expresamente, he dejado claro que no se podía tocar ni desear porque no sería compartida, por lo que quedas fuera de nuestra sociedad desde hoy mismo. Quienes estén a favor de mi decisión, que levanten la mano.

—Eres una zorra, Paula —dijo Sergio con rabia—. Y tú, ni siquiera deberías haber vuelto.

Escuché pasos apresurados alejándose y supe que era Sergio, pero no me atreví ni siquiera a ir hacia la puerta.

—Gabriel, ¿cómo está Míriam? —preguntó otra de las modelos, que ahora sabía que eran como yo, chicas que firmaban esos contratos de consentimiento con los hombres que estaban sentados a su lado.

Gabriel se giró para mirarme y sonreí, no tardó en acercarse en solo un par de pasos.

—Dime que no te ha tocado —me pidió con la mano en mi hombro desnudo mientras me miraba.

—Solo la pierna, intentó ir a más, pero le sacaste a tiempo —contesté sosteniendo sus mejillas entre mis manos haciendo que me mirara porque seguía revisándome—. Gabriel, estoy bien, de verdad.

Me atrajo hacia él y posó sus labios en los míos con una intensidad que me dejó casi sin respiración.

—Si quieres nos vamos —dijo cuando se apartó.

—No, que quiero terminar de cenar y comerme el postre. Además, ¿no se supone que después pasa algo divertido?

—Míriam, no vamos a jugar a juegos de mesa ni nada por el estilo.

—¿No? Qué decepción. —Me hice la ofendida, y acabé volteando los ojos—. Estoy segura de que no, pero ya siento hasta curiosidad.

—Te propongo algo.

—Como sea igual que la tregua, que mira cómo hemos acabado con ese tema —contesté y se rio.

—Cenamos y después vamos a mi casa.

—Para que me enseñes tu cuarto de juegos, ¿no?

—¿Por qué crees que tengo un cuarto de juegos?

—Hombre, tienes una puerta cerrada en la habitación.

—Gabriel, ¿todo bien? —preguntó Paula.

—¿De verdad estás bien, preciosa? —Volvió a mirarme con algo de preocupación.

—Sí, lo estoy. Y vale, acepto. Cenamos, y dejo que me lleves a tu casa a tomar una copa.

—Vamos. —Me cogió la mano y cuando salimos al pasillo Paula sonrió al verme.

—Lo siento mucho, cielo, no pensé de verdad que Sergio se atreviera a llegar a tanto.

—Tranquila, que no consiguió nada —sonreí, y todos los demás se mostraron igual de preocupados.

Regresamos al comedor, ocupamos nuestros lugares y Paula pidió que sirvieran el plato principal, que resultó ser una jugosa carne asada con una salsa bastante suave y dulce con puré de patatas.

Y sí, nos quedamos para tomar el postre, una mousse de limón sobre una base de galletas y cobertura de sirope de lima limón que estaba buenísima. Tomamos café y nos despedimos de todos, que dijeron que querían volver a verme en una de esas cenas con Gabriel.

Incluso uno de los hombres le dijo a él que, si me dejaba escapar, sería un completo idiota.

Finalmente me dejaría escapar, era obvio, porque lo nuestro era solo un contrato consentido y temporal.

Capítulo 18



En cuanto entramos en su casa sonreí al recordar el día que tuve que ir a la tintorería a por el traje y la camisa que llevaba cuando lo encontré con la morena sobre él en el despacho, y esa puerta cerrada en su habitación que, estaba segura, era un cuarto de juegos.

Me dio la mano al bajarme del coche en el garaje y caminamos hasta la puerta por la que se accedía al interior de la casa. Una vez dentro me llevó al salón y me soltó para ir al mueble bar.

—¿Qué te apetece?

—Lo que tomes tú —sonreí.

Regresó poco después con un par de vasos de *whisky* con hielo y me dio uno.

—Tienes una casa muy bonita —dije tras dar un sorbo.

—Y tranquila, no escucho a ningún vecino de los que tengo más cerca.

—Ventajas de vivir en una casa y no en un piso —sonreí.

Nos quedamos allí, junto al ventanal, contemplando el jardín en silencio unos minutos, hasta que noté sus labios en el hombro dejándome un beso suave. Le miré y sonrió al encontrarse con mis ojos, no tardó en sostener mi barbilla y besarme con esa intensidad de otras veces.

Me quitó el vaso y dejó los dos en la mesa de café que teníamos detrás, volvió a mi lado y comenzó a desabrocharme la cremallera que el vestido tenía en el costado izquierdo al tiempo que iba bajando el tirante y deslizándolo por mi brazo.

—No sé qué le habría hecho a Sergio si se hubiera atrevido a tocarte sin tu consentimiento —dijo mientras el vestido caía al suelo y llevaba sus manos a las mías, entrelazándolas unos segundos antes de comenzar a acariciarme los brazos.

—Te aseguro que yo misma le habría dado un rodillazo en la entrepierna para que se le quitaran las ganas.

—A mí no me vas a hacer eso, ¿verdad? —Volvió a deslizar las yemas de sus dedos, esta vez por mi espalda, para desabrochar el sujetador y que también cayera al suelo.

—Depende. Si te portas bien, no.

—Mírame, preciosa —exigió sosteniendo de nuevo mi barbilla para que lo hiciera—. Jamás haré nada que tú no quieras que haga. Todo, absolutamente todo lo que pase entre nosotros, será con tu consentimiento, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondí y volvió a besarme, llevando ambas manos sobre mis pechos.

Los cubrió y comenzó a masajearlos despacio, rozando con las palmas en mis pezones, de manera que estos se iban excitando y cada vez se notaban más erectos.

Bajó con los labios besándome el cuello hasta el hombro y ahí dio un leve mordisquito. Abandonó mis pechos y entrelazó nuestras manos hasta que noté que me levantaba los brazos y apoyaba mis manos en el cristal.

—Déjalas ahí —me pidió en un susurro, y asentí.

Comenzó a besarme por el cuello y bajando por la espalda mientras sus manos acariciaban despacio mis costados de modo que me estremecía pensando en qué haría después.

No tardé en notar que se deshacía de mi tanga y me dejaba únicamente con las sandalias de tacón.

—Separa las piernas, Míriam.

Hice lo que me pedía y noté cómo una de sus manos subía despacio por mi pierna, acariciándome el interior de esta hasta que llegó a mi entrepierna y una vez ahí, sentí la palma de su mano cubriendo mi sexo por completo como había hecho durante la cena.

No pude evitar moverme mientras su mano se deslizaba de adelante atrás haciendo que me humedeciera por completo. Después, comenzó a penetrarme y no pude evitar soltar un gemido.

Apartó mis labios vaginales con dos dedos y sentí la punta de su lengua deslizándose por mi humedad despacio, por lo que gemí aún más al tiempo que me movía para encontrar ese placer que mi cuerpo quería.

—No vas a correrte —dijo y me detuve para mirarle por encima del hombro.

—¿Cómo dices? —Fruncí el ceño.

—Que yo digo cuándo te corres, preciosa —contestó y vi al mismo tiempo que sentía cómo lamía con su lengua mi zona.

—No puedes… —Jadeé.

—Puedo, y lo haré. Firmaste el contrato, Míriam, estás con un hombre dominante y extremadamente exigente en el sexo. ¿Cuál era la regla entre nosotros, preciosa? Si yo te ordeno, tú…

—Yo obedezco —gemí al notar que me penetraba de nuevo con dos dedos.

—Exacto, así que, no puedes correrte hasta que yo te lo diga.

Siguió y siguió lamiendo y, al mismo tiempo, me penetraba con dos dedos. Justo cuando noté que estaba cerca de alcanzar el clímax, se detuvo.

—No pares, quiero correrme.

—No puedes, y lo sabes —dijo ya pegado a mi espalda y me besó—. Pero lo harás, y cuando liberes el orgasmo, será más intenso de lo que jamás hayas sentido. Vamos.

Me cogió de la mano; yo así, desnuda y solo con las sandalias de tacón, me llevó por el salón hasta las escaleras que subimos para ir a la habitación.
Al entrar no pude evitar mirar esa puerta cerrada con llave y él sonrió.

—No vas a ver hoy lo que hay ahí dentro. Ahora recuéstate en la cama, bocabajo y con las piernas separadas. —Me besó de nuevo antes de dejarme que hiciera lo que me había pedido, y él comenzó a desnudarse.

No tardé en verle solo con los bóxeres junto a la mesita, y sacó un bote de aceite del cajón.

—¿Me vas a dar un masaje? —Curioseé con la cabeza apoyada en mis brazos.

—Sí, estás un poco tensa.

—Como para no estarlo —resoplé—. Eres un dominante confeso, y, a saber, qué se te pasar por la cabeza hacer conmigo.

—Hacerte disfrutar, preciosa, vivir el placer de mil maneras y que disfrutes de todas ellas.

Se colocó entre mis piernas y dejó caer un poco de aceite en mi espalda.
Sentí sus manos en ella moviéndose despacio, pero con firmeza.

Con el aceite, sus manos se deslizaban con más facilidad, me tocaba de manera firme pero muy suave a la vez y notaba cómo mi piel se iba erizando con cada nuevo roce. Cerré los ojos y mi mente empezó a volar, pensando en qué me haría este hombre, por no hablar de que cuando llegaba a mi cintura deseaba que bajara un poco más y llevara esas manos expertas a mi zona. Dios, incluso quería que me penetrara cuanto antes y me dejara correrme.

Masajeó mis hombros durante unos minutos de lo más placenteros, porque estaba claro que mi jefe sabía lo que se hacía y era experto en estos menesteres. Fue bajando poco a poco por la espalda y acabó recorriéndola por completo.

Bajó por la cintura ya sin más tiempo que perder y me masajeó los muslos despacio con ambas manos, primero uno y después el otro, rozando mi entrepierna de manera sutil pero premeditada, queriendo excitarme a propósito más de lo que ya lo estaba. Apretó mis muslos con un poco más de fuerza, después los tocó con más suavidad, y nuevamente me rozó la entrepierna, pasando ahora a mis nalgas y masajeándolas también.

Yo no decía nada, me limitaba a dejarme hacer y sentir, dejando que algún que otro leve gemido saliera de mi garganta mientras seguía con los ojos cerrados, deleitándome con su contacto y estremeciéndome mientras seguía pensando en qué más pasaría esta noche con él.

—Gírate, preciosa —me pidió, y relajada como nunca antes me había sentido, hice lo que me pedía quedándome bocarriba con las piernas separadas y él entre ellas.

Podía ver la erección que se ocultaba bajo sus bóxeres y me mordí el labio, quería sentirla de nuevo dentro de mí, y es que desde el día del ascensor no había pasado nada entre nosotros.

Gabriel empezó a mover las manos por mis piernas muy despacio, las llevó hasta mi abdomen y fue subiendo lentamente hasta alcanzar con ellas mis pechos. Le vi inclinarse y acercó sus labiose a mi oído.

—Eres toda una tentación para cualquier hombre, Míriam —susurró mientras me masajeaba los pechos y noté que me daba un suave apretón, lo que hizo que me mordiera el labio notando cómo me excitaba aún más.

Me dio un beso lento y profundo, diferente a esos otros a los que ya me había acostumbrado, y me gustó que fuera así, me gustaba la suavidad de sus labios y disfrutaba del modo en el que su lengua buscaba la mía. Continuó masajeando mis pechos y llevó la mano a mi zona íntima mientras me mordisqueaba el cuello y besaba el hombro ligeramente.

Cuando llegó a mi sexo me besó en la mejilla y sentí cómo con los dedos comenzaba a jugar en esa zona, tocando, pero sin penetrarme mientras mis gemidos resonaban en la habitación y movía las caderas siguiendo el ritmo de su mano.

Fue bajando los labios desde el cuello hasta los pechos, rozando con la punta de su lengua un pezón y después el otro, llevando entonces dos dedos a mi vagina, penetrándome con ellos hasta que pareció encontrar lo que quería, y con un movimiento largo y otro corto, me hizo dar un leve saltito al tiempo que un largo gemido salía de mis labios. Los sacó y comenzó a acariciarme el clítoris con la clara intención de hacerme desear más.

Siguió tocándome hasta que noté que iba a correrme, en cuanto vio que me mordía el labio sonrió retirando sus dedos de mi zona haciendo que de nuevo soltara el aire por la frustración que sentía al no poder liberarme.

Se recostó a mi lado y me pidió que me sentara a horcajadas sobre él, lo hice y comencé a moverme mientras Gabriel se aferraba a mis caderas con fuerza. El roce de nuestros sexos era de lo más tentador al tiempo que excitante, cerré los ojos con las manos apoyadas en su torso y seguí moviéndome como si estuviéramos haciéndolo, pero con esa tela como barrera que no me

permitía sentirlo por completo.

—Gabriel. —Jadeé.

—No puedes correrte, preciosa.

—Pues fóllame, por Dios, y deja que lo haga.

—Aquí yo doy las órdenes, ¿recuerdas?

—Sí, lo siento.

—Mírame —me pidió con esa voz autoritaria, y lo hice—. Jamás me digas que sientes algo, ¿de acuerdo? Sé que lo deseas, y yo también, pero quiero que poco a poco tu cuerpo se prepare. Quiero que consigas controlar las ganas de liberarte para poder hacer todo lo que quiero mostrarte sobre el sexo y el placer. Quiero que aprendas a dominar esas ganas de liberarte para que podamos explorar juntos todo lo que quiero enseñarte sobre el sexo y el placer. Deseo que puedas resistir durante horas sin llegar al clímax, mientras utilizo todo lo que ya intuyes que hay detrás de esa puerta.

—Así que, sí, eres un tipo Grey.

—Eso ya lo comprobarás. —Se incorporó hasta quedar sentado frente a mí para besarme—. Ahora, libera eso que quieres sentir y fóllame, preciosa —dijo con ese tono de voz ronco que no admitía negativas.

Aparté un poco el bóxer mientras él levantaba las caderas para que pudiera liberar su miembro erecto y lo envolví con la mano, vi que Gabriel cerraba los ojos y dejaba salir un leve jadeo mientras yo lo tocaba despacio por toda su longitud.

Hasta que lo acomodé para poder llevarlo a mi interior como él me había pedido, nos miramos a los ojos y comencé a dejar que su miembro se abriera paso en mi cavidad hasta que gemí al notarle completamente dentro.

Empecé a moverme sobre él, que mantenía sus manos en mi espalda con firmeza, hasta que me atrajo hacia sí para besarme antes de que los dos nos descontroláramos por completo.

Me cogió por la cintura e hizo que me colocara sobre la cama, de rodillas y con los brazos en la almohada, situándose entre mis piernas y penetrándome así.

Colocó una mano en mi cadera y la otra sobre mi hombro, lo que le permitió moverse con más fuerza y velocidad, entrando y saliendo repetidamente, una y otra vez, hasta que escuché las palabras que me dieron vía libre para liberarme por completo.

—Puedes correrte, preciosa.

Y lo hice, gritando con todas mis fuerzas mientras sentía cómo mi cuerpo se estremecía

liberando la tensión acumulada desde que me desnudó en el salón y comenzó a devorarme a su antojo.

Acabé exhausta y tan agotada que cuando noté que se retiraba y se levantaba de la cama, me acurruqué con los ojos cerrados para descansar solo unos segundos, pero acabé quedándome dormida sin darme cuenta.

Capítulo 19



Me desperté y al abrir los ojos, noté que los rayos del sol que entraban por la ventana iluminaban la habitación y le daba un poco más de amplitud.

Gabriel no estaba en la cama, pero escuchaba el agua de la ducha, suspiré volviendo a cerrar los ojos, recordando con una sonrisa todo lo vivido la noche anterior.

Unos minutos después, el sonido del agua cesó y la puerta se abrió, dejando a la vista a un Gabriel desnudo y apenas cubierto por una toalla que se ceñía a sus caderas. Su torso aún mojado, con esas gotitas de agua que brillaban y resbalaban por su piel, y su cabello, húmedo y alborotado, le daba un aire despreocupado y atractivo.

—Buenos días, preciosa. —Se sentó en la cama y se inclinó para besarme.

—Buenos días —sonreí.

—¿Qué tal has dormido?

—Diría que bien porque no me he enterado de nada. ¿Qué hora es?

—Las ocho, hora de desayunar. —Me besó de nuevo.

—Estoy acostumbrada a levantarme mucho antes, incluso los fines de semana. Hoy se me han pegado las sábanas.

—No, solo que te di un masaje muy relajante y has descansado.

—Un masaje y un buen meneo, que tengo ciertas partes doloridas. —Volteé los ojos.

—¿En serio? Déjame ver. —Retiró la sábana y el muy jodido me lamió un pezón y después el otro, al tiempo que llevaba la mano a mi entrepierna.

—Oye —protesté, pero me reí al ver su pícara sonrisa de medio lado, y sí, le dejé hacer lo que quisiera.

¿Y qué hizo? Pues degustar mis pechos a conciencia, tocar el clítoris y penetrarme con dos dedos, además de jugar con la lengua en esa misma zona hasta que me arrancó un grito de placer al hacerme alcanzar el clímax.

No lo hicimos, solo me dio placer a mí y eso me llamó la atención y al mismo tiempo me demostró que Gabriel no siempre pensaba en su propia satisfacción primero.

Me dijo que fuera a darme una ducha y él se puso unos pantalones de chándal negros antes de salir de la habitación.

En la ducha, me tomé mi tiempo, disfrutando del calor del agua cayendo por mi piel y de la sensación de relajación que notaba en todo mi cuerpo. A pesar de que habíamos tenido una experiencia sexual increíble y agotadora, ese instante de tranquilidad me permitía relajar cada músculo y disfrutar de la paz que me brindaba el agua.

Cuando salí del cuarto de baño, vi que había una bolsa de la tienda de Paula junto a la cama y sonreí. No me podía creer que ese hombre hubiera hecho un domingo que su amiga le enviara ropa para mí.

Al abrirla vi unos jeans ajustados, un jersey de manga corta fino, ropa interior y unos zapatos de tacón que se veían bastante cómodos. Me sequé el pelo con la toalla lo suficiente para poder peinármelo y que se terminara de secar al aire, me vestí y bajé a la cocina donde sabía que estaba Gabriel preparando el desayuno.

—Ese café huele de maravilla —dije al entrar y me senté en uno de los taburetes frente a la isla.

—Es mejor que el que hay en la agencia, sin desmerecerlo, que conste —respondió girándose con dos tazas y dejando una delante de mí.

—Pero no es del Starbucks, ¿a qué no? —Arqueé la ceja.

—No —sonrió.

Di un sorbo y sí, admití que estaba bueno y tenía un sabor suave que me gustó mucho.

Gabriel había tostado pan y en un plato vi que había servido fruta fresca troceada que no dudé en comer.

—No sabía que fueras un cocinillas —dije al ver que traía jamón loncheado, tomate y aceite para el pan tostado.

—Me defiendo con los desayunos. —Se sentó a mi lado—. Pero también se me da bien cocinar pasta, además de un rico y sabroso plato de huevos rotos con jamón.

—Oh, qué ricos.

—Puedes quedarte a comer, te serviré los mejores huevos que hayas probado en tu vida.

—Como diría mi amiga Camila, seguimos hablando de los huevos de comer, ¿verdad? De esos que ponen las gallinas. —Arqueé la ceja y él se echó a reír.

—Sí, seguimos hablando de esos huevos.

—Tentador, pero quiero descansar, mañana empiezo de nuevo la rutina en el trabajo y tengo un jefe que es un caprichoso y muy exigente. Seguramente que me envíe a por café fuera de la oficina —dije mientras me llevaba un trozo de kiwi a la boca.

—Dime quién es tu jefe, que le hago una visita. —Me siguió el juego.

—Tranquilo, que yo solita me basto para mandarle a la mierda.

—Cierto, ya me mandaste una vez. —Dio un sorbo a su café.

—Admite que llegaste pisando fuerte y con una chulería que no es normal.

—Pensaba que te acostabas con mi tío y que querías su dinero.

—Cómo se nota que no me conocías.

—Por cómo hablaba mi tío de ti cuando nos veíamos, te aseguro que daba la sensación de que fueras algo más que una asistente para él.

—Te lo dije, siempre he sido como una hija. El señor Martín me aprecia mucho.

—Lo sé, pero no quería que una chica joven como tú se pudiera aprovechar de él y quisiera sacarle hasta el último céntimo. Lo he visto antes en algunos conocidos, y no iba a permitir que le ocurriera a mi tío.

—Puedes estar tranquilo, no voy a por el dinero de tu tío. Ahora voy a por el tuyo. —Me encogí de hombros, y él arqueó la ceja—. Eres el nuevo jefe, tú pagas las nóminas, por ende, voy a por tu dinero.

—Dios, eres única para hacer que alguien se quede sin palabras. —Rio—. Desde luego que a mi tío siempre le gustaste, y veo por qué. Tienes esa manera de ser que da vida a cuantos te rodean.

—Mañana llamaré a tu tío para ver cómo está, y le diré que la tregua entre nosotros va muy bien, que ya no eres un toca ovarios.

—Pregúntale si te envió él las flores, si lo hago yo quedaría un poco raro, empezaría a hacerme preguntas y no creo que le gustase saber que me acuesto con su antigua asistente.

—Y que me quieres enseñar tu cuarto de juegos, y no precisamente de mesa —sonreí.

—Una mesa sí que hay. —Carraspeó mientras se acercaba de nuevo el café a sus labios para dar un sorbo.

—Entonces, me estás diciendo que tras la puerta cerrada con llave que hay en tu habitación, ¿tienes un cuarto de juegos oculto?

—Sí.

—Dios mío, no sé si estoy preparada para…

—Tranquila —me cortó—. No es como si lo que hay allí fuera la mazmorra de un viejo castillo con cadenas, grilletes y algunos instrumentos de tortura. Son solo juguetes diseñados para el placer. Y sé que los disfrutarás.

—¿Qué tipo de juguetes? —pregunté porque la curiosidad me podía.

—¿Quieres verlos?

Me quedé mirándole con los ojos muy abiertos y pensando que debía estar loco para hacerme esa pregunta, pero en su mirada vi que hablaba completamente en serio y que estaba más que dispuesto a mostrármelo.

—Creo que mejor me espero a estar más preparada para eso.

—¿Segura? No voy a pedirte que te recuestes en la mesa abierta de piernas y me dejes jugar contigo.

—Calla, que me estás incitando a pecar —le dije dándole un leve golpecito en el pecho, ese que aún tenía desnudo porque seguía llevando solo esos pantalones de chándal como única prenda de ropa.

—Tenemos un contrato, ¿recuerdas? —Bebió café y dejó la taza en la isla.

—Ajá, sí.

—Yo ordeno, y tú obedeces.

—Dentro y fuera de la agencia, sí.

—En ese caso, preciosa, ven aquí. —Extendió la mano para que se la cogiera y cuando lo hice, poniéndome en pie, tiró de mí hasta colócame entre sus piernas.

Comenzó a besarme y poco a poco me fue desnudando, primero el jersey y el sujetador, llevándose uno de mis pechos a la boca para lamer el pezón y mordisquearlo a su antojo.

Tras hacer lo mismo con el otro, se puso de pie para agacharse ante mí, quitarme los zapatos, los jeans y el tanga. Una vez me tuvo desnuda por completo, me hizo apoyar ambas manos en la

isla separando las piernas y elevando mis caderas.

Llevó la mano a mi sexo y me excitó en apenas unos segundos, humedeciéndome de tal manera que cuando me penetró con una fuerte embestida lo hizo con tanta facilidad que ambos gemimos ante el contacto.

No se detuvo, Gabriel siguió entrando y saliendo de mí una y otra vez, rápido y con fuerza, haciendo que gritara mientas me hacía enloquecer de placer y sentía todo mi cuerpo estremecerse.

Fue un momento intenso, donde ambos llegamos al clímax casi al mismo tiempo, solo unos minutos después de que comenzamos a besarnos con esa misma pasión que él había demostrado en otras ocasiones.

Se quedó pegado a mi espalda rodeándome con un brazo por la cintura hasta que ambos recobramos el aliento.

—Quédate a pasar el día conmigo —me pidió mirándome a los ojos—. Prometo llevarte para que te vayas pronto a la cama.

—¿Y me vas a meter tú en ella y a arroparme? —pregunté.

—Preciosa, si subo a tu casa, te aseguro que mañana llegaríamos tarde al trabajo los dos.

—Entonces no, mejor me acuesto yo solita.

—Pero te quedas.

—Me quedo, solo porque quiero probar esos huevos.

—Los que ponen las gallinas —dijo repitiendo mis palabras.

—Y los otros —susurré y negó sonriendo.

No sabía qué tenía Gabriel, pero me hacía ser descarada con él, más de lo normal, y que al mismo tiempo le deseara como no creí que fuera a pasar por lo mucho que le empecé a odiar.

Capítulo 20



El lunes y el martes Gabriel había estado fuera de la oficina toda la mañana con Mateo, reuniéndose con varios de los clientes para la renovación de los contratos.

El subdirector seguía sin secretaria porque ninguna de las candidatas que habían estado llegando a la agencia para la última entrevista con él, le parecía adecuada para el puesto, y tenía a Tamara, la responsable de Recursos Humanos, a punto de tirar la toalla en la búsqueda.

Estábamos a miércoles, acababa de comprobar la agenda Gabriel para el resto de la semana con él y regresaba a mi puesto, cuando escuché que se abría la puerta del ascensor y de ella salió mi antiguo jefe.

—¡Señor Martín! —sonreí acercándome a él que extendió los brazos para acogerme en ellos.

—Hola, Míriam. Estás más guapa de lo que recordaba.

—No, no, estoy igual, solo que como hace mucho que no me ve…

—¿Qué tal con mi sobrino? Me dijo que está todo bien, pero no me fío.

—Pues quédese tranquilo porque sí, está todo bien —sonreí—. Sigue siendo un poquito insoportable, además de exigente, pero hemos firmado una tregua para llevarnos bien.

—Menos mal, porque me imaginaba las grapadoras y las tazas de café volando por el despacho.

—No, hombre, no habría llegado a tanto. Un boli igual sí le habría lanzado —dije y se echó a reír.

—¿Está libre? Quería comentarle algo.

—Sí, hasta dentro de media hora está libre.

—Perfecto.

—Señor Martín —le llamé antes de que fuera hacia el despacho de su sobrino, ese que había ocupado él durante varias décadas.

—Míriam, ya puedes llamarme solo Martín —sonrió.

—No me acostumbro. —Me encogí de hombros—. Quería preguntarle algo, iba a llamarle el lunes, pero al final no pude.

—¿Qué ocurre? —Volvió a acercarse a mí—. Y por Dios, tutéame, hija, que ya no soy tu jefe.

—Vale —sonreí—. ¿Me enviaste flores a casa el otro día?

—¿Flores? No, yo no las mandé. ¿No sería mi sobrino para que aceptaras esta tregua?

—No, tampoco fue él.

—Pues, no sé, quizá es que tienes un admirador. ¿No llevaba nota?

—Sí, sí que la llevaba, pero sin remitente. Solo decía que no eran tan hermosas como yo, pero que pensó en mí al verlas.

—Entonces tienes un admirador —dijo sonriendo.

—¿Quién tiene un admirador? —La voz de Gabriel hizo que ambos nos giráramos, y cuando le miré, tenía el rostro serio y el ceño ligeramente fruncido.

—Míriam —contestó su tío—, Míriam tiene un admirador que le ha enviado flores.

—¿No se las mandaste tú? —preguntó Gabriel sin perder el ceño fruncido.

—No.

—Míriam —me llamó con ese tono de voz que tanto me intimidaba—. Tenemos que hacer un informe, cuando se vaya mi tío entras al despacho.

—Claro —sonreí.

Ambos entraron y tras cerrarse la puerta me senté en mi puesto, nerviosa y preguntándome quién podría haberme enviado esas flores a casa. No había nadie que realmente pudiera ser un admirador secreto, y el hecho de no saber quién las mandó dejar en mi puerta, me tuvo pensando en ello hasta que escuché de nuevo el ascensor y vi salir a Anabel.

—Anabel, ¿qué haces aquí? —pregunté poniéndome de pie.

—Pues no lo sé, Tamara me ha pedido que suba a petición del jefe.

—¿Del señor Gabriel? —Fruncí el ceño.

—Supongo. —Se encogió de hombros.

—Ahora está con su tío, espera un momento —dije yendo hacia la puerta, di unos golpecitos y cuando me dio paso, la abrí—. Señor Gabriel, ha venido Anabel.

—¿Quién?

—Anabel, la chica que hace los eslóganes y los textos de las publicidades.

—Es una chiquilla muy maja —dijo su tío con una sonrisa.

—¿Qué quiere? —preguntó Gabriel.

—Verle, Tamara ha dicho que el jefe la ha mandado a llamar.

—Yo no he pedido… —Se quedó callado unos segundos—. Vale, espera. —Cogió el teléfono de su escritorio y marcó un número—. Mateo, ¿tú has mandado llamar a Anabel, la encargada de los eslóganes? —El silencio se hizo de nuevo en él, antes de volver a hablar—. Vale, le digo entonces a Míriam que la mande a tu despacho. —Y colgó—. Ha sido el subdirector quien ha pedido que suba, quiere hablar con ella.

—¿De qué? —Curioseé, y me gané una mirada de reprobación de mi jefe con la ceja arqueada — Ahora le aviso a él —dije, y él asintió.

Cerré la puerta y regresé a mi puesto, Anabel preguntó para qué me quería el jefe y cuando le dije que no era él, sino el subdirector quien quería verla abrió los ojos y se quedó allí parada.

Llamé al despacho de Mateo, le informé de que Anabel estaba allí y me pidió que la hiciera entrar.

—¿Y a mí para qué me quiere ver el subdirector? —preguntó.

—Quizás es para darte alguna campaña nueva, no lo sé. Tú ve allí, y luego me cuentas — sonreí y ella suspiró.

—Es que no lo entiendo, la verdad.

Fue hacia el despacho del subdirector y ocupé de nuevo mi puesto para centrarme en el trabajo, respondiendo algunos correos, entre ellos la invitación a una fiesta que organizaba una de las empresas para la que hacíamos las campañas publicitarias desde hacía varios años.

Media hora después, vi que Anabel salía del despacho y lo hacía con la cara desencajada.

—¿Qué te pasa?

—Necesito un café —dijo.

—Vamos a la sala. —La llevé hasta allí y preparé uno para cada una, que nos tomamos allí mismo—. ¿Qué te ha dicho?

—Quiere que sea su secretaria —respondió.

—Espera, ¿qué?

—Eso mismo y con esa cara le he dicho yo. —Me señaló.

—A ver, ha entrevistado a varias candidatas para el puesto que Tamara dio por válidas, y no le parecía adecuada ninguna de ellas.

—¿Y yo sí? Que no soy secretaria, lo mío son los textos publicitarios.

—Pues debe haberle gustado tu manera de redactar.

—Míriam, que no soy secretaria, y metería la pata en más de una ocasión. Además, aquí no hay más despachos ni sitio para que me pongan una mesa.

—El despacho del subdirector es amplio, seguro que te la pondrían ahí.

—Peor me lo pones. —Volteó los ojos.

—¿Qué le has respondido?

—Que no soy apta para el puesto y, palabas textuales suyas, ha dicho que discrepa y que no me valoro lo suficiente.

—En esto último le doy la razón —sonreí—. Anabel, este es un ascenso y de los grandes, y ahora que tienes una hipoteca, el dinero te iría genial.

—Lo sé, pero es que…

—¿Qué, cariño? —Me acerqué a ella.

—Que ese hombre me pone nerviosa.

—Tranquila, a mí el jefazo me saca de quicio y aquí estamos, sin habernos matado todavía —sonreí.

—Me ha dicho que tengo hasta el viernes para darle una respuesta, y que espera que sea un sí porque necesita una secretaria con urgencia.

—Dile que sí, Anabel, además, estarás conmigo en esta planta.

—Es lo único que me alivia, que, si necesito un respiro de ese hombre, puedo salir a verte —sonrió.

—Pues ya sabes, le dices que sí y nos hacemos compañía cuando no estén los jefes.

Terminamos de tomarnos el café y cuando salimos de la sala para ir hacia el ascensor, vimos que se abría la puerta del despacho de Gabriel y salían él y su tío.

—Anabel, qué alegría verte —le dijo el señor Martín.

—Lo mismo digo, señor. ¿Cómo está? —sonrió tras abrazarle.

—Aburrido, creo que voy a pedir que mi sobrino me contrate como becario, o algo.

—Te dije que no deberías jubilarte todavía, tío —comentó Gabriel.

—Solo quiero disfrutar de tu madre, que bastantes años hemos pasado lejos. Bueno, me marcho que me espera para ir a hacer unas compras. Por cierto, Míriam —me miró—, a ver si un día te animas a venir a casa a comer con nosotros. A mi hermana le caíste muy bien.

Eché un vistazo rápido a Gabriel pues no sabía si esa idea le gustaría a él o no, y me limité a decir que lo iría viendo y le llamaría.

Se despidió de nosotros y fue al ascensor con Anabel, momento en el que Gabriel me cogió de la mano y tirando de mí, me metió en el despacho.

No tardó en cerrar la puerta y atraparme entre ella y su cuerpo para besarme con intensidad.

Jadeé en su boca y noté una de sus manos subiendo despacio por mi muslo, me estremecí ante el contacto y escuché un leve gruñido cuando cubrió mi sexo desnudo.

—Buena chica —susurró tras comprobar que había obedecido a su petición de esa mañana cuando por mensaje me dijo que no llevara ropa interior a la oficina.

Y es que, como bien se encargó él de dejar claro desde el principio, cuando hiciera una petición o diera una orden, yo debía limitarme simplemente a obedecer.

Capítulo 21



—Ábrete a blusa —me pidió con esos ojos oscuros y lujuriosos que me observaban al mismo tiempo que me retaban por si quería negarme a su orden, porque así era con Gabriel cuando hacía una petición.

Me mordí el labio inferior sin apartarle la mirada y comencé a hacerlo. Me desabroché un botón más de los que ya estaban así mientras él me acariciaba los muslos bajo la falda sin perder de vista mis manos y lo que hacían.

Desabroché otro más, y otro, y Gabriel llevó la mano a mi torso por dentro de la blusa para acariciarme un pecho, sonrió al comprobar que ahí tampoco había ropa como barrera

Se inclinó tras liberar ese pecho y comenzó a lamer el pezón despacio con la punta de su lengua, cerré los ojos dejando caer la cabeza hacia atrás y apoyándola en la puerta mientras me estremecía. Con la otra mano, Gabriel no dudó en jugar en mi sexo desnudo y dispuesto a recibir atenciones, acariciando el clítoris despacio con dos dedos.

Se lanzó a por el otro pecho y le dio las mismas caricias con la lengua, haciendo que todo mi ser se estremeciera. Moví las caderas levemente al notar que me penetraba de manera sutil, y tras un par de mordisquitos en el pezón con tirón incluido que me hizo gemir de placer, comenzó a subir dejando suaves besos en el torso hasta centrarse en el cuello y la clavícula sin dejar de tocarme el clítoris.

Y me penetró haciendo que gritara.

—Levántate la falda —ordenó, y llevé las manos al bajo de esta para subirla poco a poco hasta que todo mi sexo quedó expuesto con su mano sobre él—. Tócate, quiero ver cómo lo hacías antes de que yo llegara a tu vida.

Retiró la mano y se apartó apenas unos centímetros con los ojos fijos en mi zona, esa en la que mi mano comenzó a moverse despacio, deslizando los dedos entre mis pliegues y acariciando el clítoris una y otra vez, de arriba hacia abajo hasta alcanzar la entrada a mi vagina que encontré húmeda y caliente.

—Sigue —dijo con la voz ronca y los ojos brillantes de deseo, y yo obedecí.

Él no apartaba la mirada, disfrutando de las vistas que mi mano jugando con mi propio sexo le ofrecían, y yo no podía dejar de mirar esos ojos marrones completamente oscurecidos por la lujuria del momento que estábamos compartiendo.

Estaba ardiendo, excitada y al límite mientras me penetraba con el dedo y le veía observándome. El simple hecho de verme a mí misma así, con ambos pechos fuera de la blusa y la falda alrededor de la cintura mientras me escuchaba gemir, era algo tan sensual y erótico que me excitaba aún más.

Se lanzó a mis labios para torturarlos con un beso profundo y largo mientras volvía a llevar una mano a mi pecho para pellizcarme el pezón, y la otra entre mis piernas para tocarme al tiempo que yo misma lo hacía.

Gemí moviendo las caderas, desesperada por liberarme, pero una simple orden suya me privó de esa idea.

—No vas a correrte sin mi permiso —susurró en mis labios y le vi arrodillarse hasta quedar con el rostro frente a mi entrepierna.

Retiró mi mano y comenzó a lamer, morder y succionar mi clítoris mientras me mantenía sujeta con una mano por la cadera y con dos dedos de la otra me penetraba.

Yo no podía dejar de moverme en busca de más y más placer, controlándome todo lo que podía para no liberar el orgasmo que mi cuerpo necesitaba dejar salir.

Se apartó dejándome allí jadeante, con el pecho subiendo y bajando sin parar, y le vi liberar su erección con una clara orden silenciosa. Me arrodillé ante él, le miré y la acogí en mi boca.

Gabriel se movía despacio mientras nuestras miradas quedaban conectadas, hasta que volvió a retirarse y me ayudó a ponerme en pie.

De la mano me llevó hacia el escritorio donde me sentó y comenzó a lamer de nuevo mis pechos una y otra vez.

Besó mi cuello y el hombro mientas sus manos se deslizaban despacio, acariciándome los muslos de arriba hacia abajo hasta que noté que se acercaba más y noté la punta de su miembro rozando mi humedad de la manera más tortuosa que jamás había sentido.

—Recuéstate —me pidió cogiendo mis muñecas y al tiempo que lo hacía, llevó mis brazos por encima de mi cabeza hasta sostener ambas con una mano.

Me estremecí al notar la punta de su lengua deslizándose por mi cuello y bajando poco a poco; lamiendo un pezón, el vientre, de nuevo pasando por mi sexo haciendo que arqueara la espalda y comenzó a penetrarme con dos dedos mientras seguía lamiendo sin parar.

—Gabriel, por Dios —gemí—. No puedo más.

—Pues hazlo, preciosa, déjate llevar —dijo, y mientras lamía y me penetraba, me dejé llevar y liberé el clímax.

Gemí quedando extendida en el escritorio y no tardé en notar cómo Gabriel volvía a rozarme con la punta de su miembro por todo mi sexo.

—Dime que lo quieres —dijo y le miré aún con la respiración agitada—. Dime que lo quieres, Míriam.

Se quitó la chaqueta y la corbata y con esta inmovilizó mis muñecas sin dejar de mirarme.

—Gabriel, si nos encuentran así…

—No lo harán. Y ahora, dime que lo quieres, dime que lo deseas. Pídeme que lo haga.

—Lo quiero, lo deseo. —Jadeé al notar de nuevo cómo se movía y de manera deliberadamente tortuosa rozaba mi clítoris con su sexo—. Quiero tenerte dentro, ahora.

—Y me tendrás, preciosa —susurró antes de agarrar mis caderas con ambas manos, acercándome aún más al borde del escritorio para dejar mis piernas sobre sus hombros y penetrarme con una fuerte embestida hasta el fondo.

Se movía rápido y con fuerza, entrando y saliendo sin parar, una y otra vez, observando el vaivén de mis pechos con cada una de sus penetraciones, apretando con fuerza la carne de mis caderas mientras mi cuerpo se estremecía por completo y de mi garganta salían gemidos y gritos de puro placer.

Y mientras me penetraba llevó una mano a mi sexo para tocarme el clítoris haciendo así que la excitación que sentía fuera aún más intensa, y que ambos llegáramos al clímax al unísono.

Grité con todas mis fuerzas mientras él terminaba de correrse con la cabeza hacia atrás, entrando varias veces más en mi vagina. Cuando acabó, le vi apoyar las manos en el escritorio quedando sobre mí, los dos jadeantes y sin apenas aliento.

Llevé mis manos aún inmovilizadas por su corbata hasta sus mejillas, las que sostuve sonriendo satisfecha y complacida.

—Bésame, Gabriel —le pedí en un susurro porque en ese momento necesitaba sentirlo así, no solo habiéndome hecho gemir y correrme como una buena chica obediente, que era lo que nos unía por el contrato que había firmado.

Se quedó mirándome y en sus ojos vi algo parecido a la duda, hasta que se apartó y cogió mis manos para liberarme las muñecas.

—Aséate en el baño y vuelve al trabajo —me dijo mientras se retiraba, señalando hacia la puerta que había tras su escritorio y que era el baño privado del jefe.

Tragué saliva y me limité a asentir, ni siquiera dejé que me ayudara a bajar del escritorio. Entré en el cuarto de baño y, tras asearme y arreglarme el pelo todo lo que pude, salí de allí pasando por su lado sin decir una sola palabra.

Escuché que me llamaba, pero no me giré y tampoco me detuve, simplemente abrí la puerta del despacho, salí de él cerrando tras de mí y al llegar a mi puesto cogí el bolso para bajar a la cafetería pues ya era la hora de mi descanso.

—Míriam, vuelve aquí inmediatamente —me dijo cuando se abrieron las puertas del ascensor, le miré por encima del hombro y entré en él sin obedecer esa orden—. Míriam, ¡maldita sea! —gritó y escuché sus pasos, pero las puertas se cerraron cuando él llegaba.

Sentí un nudo en la garganta y los ojos me picaban, pero no iba a llorar, no iba hacerlo. Ese había sido solo un momento de esos en los que una mujer necesita un poco de ternura, pero estaba claro que con el exigente de mi jefe no iba a tenerla.

Fui hacia la cafetería y las chicas ya estaban allí esperándome, pedí mi desayuno y me senté con ellas luciendo la mejor de mis sonrisas.

—¿Te ha contado las novedades? —le pregunté a Camila y ella asintió.

—Sí, y ya le he dicho que como se le ocurra rechazar ese ascenso en la agencia, la mato.

—Joder, que no soy secretaria.

—¿Y qué tiene eso que ver? Ninguna secretaria nace sabiendo esa profesión, ¿lo sabías? —protestó Camila— Además no es tan difícil, él te pedirá que redactes unos informes que te irá dictando, o que pases otros a limpio, que le lleves la agenda como hace Míriam, que le recuerdes las citas y que le acompañes a alguna reunión para tomar notas. ¿Tan complicado lo ves?

—Lo complicado es tenerle tanto tiempo cerca —suspiró—. Me pone nerviosa, en serio. Me mira como si…

—Quisiera comerte —dijimos Camila y yo al unísono porque ambas nos habíamos dado cuenta de eso desde el principio.

—Exacto. Y no quiero que piense que por ser su secretaria puede quererme de otro modo.

—Cariño, deja que te diga una cosa. —Camila le pasó el brazo por los hombros—. No serías ni la primera ni la última secretaria que cae ante los encantos de su jefe. Y también te digo que a veces no es solo el morbo de tener sexo en el trabajo lo que lleva a dos personas a dejarse llevar, sino que incluso puede que Cupido lance sus flechas y os dé de lleno, haciendo que el amor surja entre ambos y se sienta en el aire.

—Dios, desde que te has prometido con Lucas, ves amor en todas partes. —Anabel volteó los ojos.

—No, eso ya lo veía de antes, te lo aseguro. —Reí.

—Pero sabéis que tengo razón. Y si no, tiempo al tiempo. De todas maneras, tú solo acepta el puesto, cariño, ese aumento de sueldo te va a venir genial.

—Eso le he dicho yo, que ahora tiene una hipoteca que pagar —sonreí.

—Si lo acepto es solo porque no voy a estar completamente sola en esa planta. Pero es que al pensar que tendré que estar en el despacho con él… me pueden los nervios.

—A ver, una curiosidad. —Me apoyé con el codo en la mesa—. ¿Te atrae el subdirector de la agencia?

—La pregunta del millón. —Rio Camila.

—No voy a negar que es muy atractivo…

—No hay más preguntas, señoría —sonreí—. Acepta el puesto por el aumento de sueldo y aprende a convivir con la tentación al lado.

—Sois unas cabronas, vaya consejos que me dais —resopló.

Terminamos de desayunar y cada cual regresó a su puesto. Cuando salí del ascensor y vi la puerta de Gabriel abierta me asomé un poco solo para comprobar que no estaba.

Y lo agradecí, porque no tenía ganas de una nueva discusión con mi jefe.

Capítulo 22



El jueves cuando llegamos al trabajo, Anabel subió conmigo para decirle a Mateo que aceptaba el puesto como su secretaria, el subdirector no tardó en llamar a Tamara, de Recursos Humanos, para que preparara el nuevo contrato para ella con incorporación inmediata, por no hablar de que mandó que pusieran un escritorio en su despacho para ella.

Estuve enseñándole algunas cosas básicas del programa que yo usaba con Gabriel para que ella pudiera llevar la agenda de Mateo. Se habilitó el nuevo correo para comunicarse con él, y evité que durante esa mañana tuviera que hablar con mi jefe directo más de lo estrictamente necesario, aunque él me pidió en un par de ocasiones que fuera al despacho y me marchaba en cuanto quería algo que no era una de mis tareas como asistente.

No le sentó bien, pero a mí no me importó.

Salí a comer con Anabel y Camila, y me llegaron algunos mensajes de Gabriel para pedirme que fuera a su casa esa tarde. ¿Que si fui? Obvio que no.

Al llegar a mi casa me encontré con un nuevo ramo de flores y la misma nota que la otra vez, lo que ya me tenía bastante mosqueada. Acabé por llamar a la floristería cuyo nombre venía en la cinta con la que estaba hecho el lazo que sujetaba los tallos de las flores y pregunté, pero me dijeron que no podían darme ningún dato por la política de privacidad.

Lo único que pudo decirme la chica era que quien las compraba se las llevaba, no encargaba que me las entregaran ellos.

Les mandé un mensaje a las chicas para contarles que era la segunda vez que recibía flores y que no tenía ni idea de quién era, y que según el señor Martín podría tratarse de un admirador secreto, y fue Lucas quien me envió un audio desde el móvil de Camila al chat que teníamos las tres para darme una solución a mis dudas.

Y aquí estaba yo, en esta soleada mañana de viernes tomándome un café en la terraza con mis vistas favoritas antes de ir a trabajar, mientras comprobada que la aplicación de la pequeña cámara de vigilancia que había comprado para poner en la puerta de mi casa y que se camuflaba perfectamente en el marco de esta, mostraba las imágenes con una claridad y calidad impresionantes.

Sí, Lucas me dijo que si quería saber quién era quien me llevaba flores, que pusiera esa cámara y con la aplicación me llegaría un aviso de movimiento cuando alguien se acercara.

Me sentía una especie de espía, pero tenía curiosidad por saber quién era mi admirador secreto.

Cené con mis padres para despedirme de ellos pues se iban mañana finalmente a su viaje, dado que muchos de los pisos que tenían por vender como el de Anabel ya los habían vendido y el resto se los quedaba el inversor cliente suyo.

No les comenté nada de las flores por no preocuparles, y a la que iba a la cena con ellos pasé por la tienda de informática para comprar la cámara.

Recibí un mensaje de Gabriel que no dejaba espacio para la interpretación, era una orden directa y no tenía intención de ignorarla. Me decía que su coche estaba fallando y que necesitaba que le buscara urgentemente una empresa de alquiler de coches, pues hoy le esperaba una mañana llena de reuniones fuera de la oficina y Mateo se tenía que quedar trabajando en la oficina para preparar una nueva campaña publicitaria junto a Anabel.

Me acabé el café, me hice una tostada y otro café mientras buscaba entre las empresas de alquiler más cercanas a la agencia y con servicio de entrega. Finalmente, conseguí un coche muy parecido al suyo que me dijeron que entregarían en media hora.

Salí de casa con prisa mientras le mandaba un audio a Gabriel para que lo supiera y me respondió que llegaría en taxi en unos cuarenta y cinco minutos, así que yo recogería el coche.

Llegué a la agencia bien de tiempo, gracias a Dios, les dije a las chicas de recepción lo del coche y les pedí que hicieran subir a quien lo traía porque yo iba a firmar la recepción.

Subí en el ascensor apoyada en la pared con los ojos cerrados y mi mente voló a la primera vez que Gabriel y yo estuvimos juntos, el modo en el que me miraba cuando me encontró solo con la ropa interior, y cómo me tocaba y besaba para llevarme al clímax.

Suspiré apartando aquellos pensamientos y cuando las puertas se abrieron fui directa a mi puesto para esperar que llegaran a entregarme el coche.

Apenas pasaron cinco minutos cuando el ascensor se abrió y vi a un chico moreno con una carpeta en la mano.

—Buenos días, traigo las llaves del coche y el contrato —me dijo.

—Sí, gracias —sonreí, cogí todo, firmé y nos despedimos.

Eché un vistazo al reloj y fui a preparar un café para mí y otro que dejé en el despacho de Gabriel junto con las llaves del coche, volví a mi puesto y comencé mi última mañana de trabajo de la semana.

Gabriel llegó justo a la hora que había dicho, y yo disimulé fingiendo que hablaba por teléfono para limitarme a decirle buenos días y nada más. Me gané una de sus miradas antes de que entrara en el despacho, y cuando le perdí de vista volví a dejar el teléfono en su sitio para responder un par de correos que habían llegado.

—Míriam —me llamó desde la puerta de su despacho y le miré—. Ven. —Hizo un gesto con la cabeza para que entrara y volvió a desaparecer.

Suspiré, cogí la agenda y el bolígrafo, y entré.

—Cierra la puerta —indicó, y lo hice antes de ir hacia su escritorio para sentarme en una de las sillas frente a él—. ¿Has olvidado lo que tenemos firmado? —preguntó cruzando las mano sobre su regazo.

—No, no lo he olvidado.

—¿Y por qué no obedeciste a mi orden de que fueras a mi casa?

—Porque tenía otros planes.

—¿Olvidas que no quiero que haya otros hombres, aparte de mí?

—No los hay, y aunque no tendría por qué justificar mis negativas, anoche cené con mis padres. Se van mañana de viaje y querían despedirse.

—Podrías habérmelo dicho.

—Va a ser que no. —Me encogí de hombros—. Y si no quieres nada más, tengo trabajo que hacer.

—Sí que quiero algo más, y sabes qué es.

—No, si no me lo dices.

—Siéntate ante mí.

—Ya estoy sentada delante de ti.

—He dicho ante mí, aquí. —Señaló el escritorio.

—Tengo trabajo —dije mientras me levantaba y giré para marcharme, pero él me alcanzó rápido y puso la mano en la puerta para evitar que la abriera.

—Eres mía, Míriam, mía para cuando quiera y donde quiera tomar lo que me plazca de ti —susurró con autoridad en mi oído—. No lo olvides.

—No lo olvido, pero su primera reunión es en media hora y tiene que cruzar la ciudad —

respondí mirándole por encima del hombro.

—Me importa una mierda si llego tarde, te quiero ahora ya que anoche me privaste de tu cuerpo —exigió con la mano que no tenía en la puerta subiendo por mi muslo.

—Fóllame rápido, entonces.

—¿Se te olvida quién da las órdenes?

—No, pero insisto, tienes una reunión. Tu tío jamás llegó tarde a una.

—Súbete la falda —ordenó con los ojos muy oscuros mientras se desabrochaba el pantalón y liberaba su erección, esa que no dudó en deslizar entre mis piernas una vez me había subido la falda y elevé las caderas para él—. ¿Por qué no entiendes que te necesito cada maldito segundo del puto día? ¿Por qué no entiendes que te deseo como nunca deseé a nadie?

—Tal vez por… —suspiré negando y dejé de mirarle— Solo haz lo que quieres hacer, apoyé mis manos en la puerta y noté que cubría una de ellas con la suya.

—Quiero que me mires, preciosa, quiero ver tus ojos mientras te doy lo que también deseas —murmuró mientras me pasaba su lengua por mi cuello haciendo que me estremeciera.

Lo miré, sintiendo cómo su mirada intensa me envolvía, y Gabriel, con un movimiento ágil, apartó la tela de mi tanga mientras sus dedos comenzaron a explorarme con una suavidad que encendió mi deseo; gemí, me mordisqueó el labio y me besó antes de penetrarme con el dedo, tirando hacia él levemente para volver a escuchar uno de mis gemidos.

Y entonces, me penetró, se abrió paso en mi estrecho y húmedo canal hasta el fondo, comenzando un vaivén que me llevaba a un estado de éxtasis. Su ritmo era perfecto, y mientras se movía, seguía tocando mi clítoris con sus dedos, llevándome cada vez más cerca del clímax, sumergiéndome en una ola de placer indescriptible.

—Mírame, quiero ver tus ojos en este instante —exigió en el momento justo en el que ambos nos dejábamos llevar y liberábamos el clímax al unísono.

Apoyó la cabeza en la puerta con los ojos cerrados mientras recobraba el aliento y yo me quedé mirándole, deseando que me besara, pero no lo hizo. Cuando se retiró, abrí la puerta y le dejé en su despacho mientras me recomponía la ropa.

Dejé mis cosas en el escritorio y fui al baño para adecentarme después de ese encuentro.

Me miré en el espejo y maldije ante el sonrojo de mis mejillas porque había disfrutado de ese rápido y excitante momento que habíamos compartido en el despacho de mi jefe.

Cuando regresé, ya se había ido y tenía una nota en mi escritorio en la que me pedía que fuera a su casa esta noche.

Si pensaba que iba a ir, estaba muy equivocado. Sí, él tenía sus reglas, él daba las órdenes y yo me limitaba a obedecerlas, pero también tenía derecho a negarme alguna vez solo porque sí.

Pasé el resto de la mañana trabajando, desayuné con las chicas y quedamos en salir esa noche, era la excusa perfecta para mí al no presentarme en casa de Gabriel tras su petición.

Después del trabajo fui al centro comercial a comer y comprar algunas cremas que necesitaba de la perfumería, en la que acabé comprándome el perfume que usaba y que estaba a punto de quedarme sin él.

Al pasar por una tienda de lencería no me pude resistir a entrar y echar un vistazo a un conjunto que había visto en el escaparate, sonreí al verlo mejor y me lo compré, era perfecto para usarlo para ir al trabajo y provocar un poco a ese hombre que decía que me necesitaba y deseaba.

Fui a la cafetería a tomarme un café y me llegó una notificación de la cámara de la puerta de casa. La abrí para ver las imágenes y vi que había alguien a quien no podía ver la cara.

De nuevo me dejaba un ramo de flores y me quedaba igual que estaba. Al menos la cámara grababa a quien se acercaba cuando detectaba el movimiento.

Suspiré y dejé el móvil de nuevo en el bolso, eché un vistazo a la hora y me fui para casa, quería darme una ducha y vestirme acorde a la cita que tenía con mis amigas esa noche.

Porque sí, iba a volver a darle plantón al jefe.

Capítulo 23



Llegué al restaurante donde había quedado con las chicas cinco minutos tarde porque me había quedado atascada en una de las calles, ya que un autobús había pinchado la rueda.

—Madre mía, pero si pareces la prota de *Grease* —dijo Camila al verme.

—Y lo bien que te sienta el cuero. —Rio Anabel.

—Es lo primero que he cogido del armario, porque no tenía ganas de andar buscando más.

—Eso es como decir que no tenías ganas de salir con nosotras, hija de la gran fruta —protestó Camila.

—Sabes de sobra que con vosotras salgo siempre. Bueno, ¿qué vamos a cenar?

—Hemos pedido vino y varias raciones —respondió Anabel.

—Perfecto, vino para celebrar tu ascenso en la agencia —sonreí.

—Eso, ¿qué tal te va con el lobo, Caperucita?

—Por Dios, Camila, ¿qué dices?

—Pues la verdad, que ese hombre es como un lobo que te quiere ver y comer mejor, te lo digo yo. —Se encogió de hombros.

—No me digas eso, que bastante nerviosa me pone ya el tenerle todos los días tan cerca.

—Eso es porque te gusta, seguro.

—Míriam ya os dije que me parece atractivo, pero…

—Y te gusta, no lo niegues. A ver, que yo tengo novio y le quiero con locura, pero no estoy ciega. ¿Me vais a decir que el nuevo jefe y el subdirector no están de muy buen ver? —Camila arqueó la ceja.

—No lo voy a negar, pero el jefe sigue siendo un idiota de manual —resoplé.

—Pero si ya os lleváis mejor, ¿no? —Curioseó Anabel, y en ese momento nos trajeron las raciones; el vino ya estaba en la mesa y yo no había dado aún ni un sorbo.

—Sí, bueno, pero para no acabar matándonos. —Me encogí de hombros y cogí mi copa, esa que me bebí casi de un trago.

—Eh, tranquila, a ver si no vas a dejar sitio para unos chupitos y un mojito en el local —protestó Camila.

—Tranquila, que no voy a pasarme con las copas.

Cenamos y brindamos por el nuevo puesto de Anabel al menos veinte veces antes de irnos paseando hacia el local donde siempre acabábamos.

—¿Pusiste la cámara como te propuso Lucas? —preguntó Camila,

—Sí, y hoy me han vuelto a dejar flores con la misma nota, pero no vi la cara de quién era.

—O sea que sí que es un admirador secreto.

—O un acosador, Anabel, que todo puede ser.

—Camila tiene razón —suspiré—. Todo el mundo dice que es un admirador, pero ¿y si es un acosador?

—Claro que, tanto si es una opción como si es la otra, ¿cuándo me ha visto hasta el punto de seguirme a mi casa? Porque ni siquiera en las fotos de las redes se me ve la cara.

—Quién sabe, tal vez sea uno de los mensajeros que han pasado por la agencia a lo largo de los años para llevar un paquete al jefe, y ahora ha decidido que es el momento de conquistarte.

—Camila, te aseguro que, más que conquistarme, empiezo a sentir un poco de miedo —dije mientras entrábamos.

Fuimos a la barra y le pedimos a Toñín una ronda de chupitos, esa a la que se unió tomándose uno con nosotras para celebrar el nuevo puesto de Anabel en la agencia.

Y tras los chupitos nos sirvió un mojito a cada una y comenzamos a bailar al ritmo de cada una de las canciones que iban sonando.

Pedimos un segundo mojito y nos lanzamos a bailar y cantar *La Bachata* de Manuel Turizo con todo el dolor y el sentimiento que tanto Anabel como yo en ese momento sentíamos al recordar a nuestros ex, esos que decían querernos más que a nada en el mundo.

—*Tú me enseñaste a no amar a cualquiera, y también como no quiero que me quieran* —

gritábamos Anabel y yo con la mano cerrada como si tuviéramos un micrófono en la mano.

Y así seguimos mientras Camila nos hacía los coros y bailaba con nosotras de un lado a otro.

Cuando acabamos, le pedí a Toñín unos chupitos mientras las chicas iban al baño, y una voz a mi lado hizo que me estremeciera.

—Vaya, qué grata sorpresa. —Miré y vi a Sergio, ese hombre que intentó tocarme sin mi consentimiento en la fiesta de Paula—. ¿Cómo estás, Míriam?

—Hasta ahora, genial. Ahora no tanto. —Dejé de mirarle tratando de ignorarle.

—¿Gabriel te ha dejado sola? —Noté su mano en mi espalda y me aparté de él como si quemara.

—Te lo advierto; aquí, si me tocas, te clavo un tacón en el ojo —dije mientras le señalaba.

—Así que eres una fierecilla, eso me gusta —sonrió y le vi pasarse la lengua por los labios con lascivia mientras me miraba el escote de la camiseta que llevaba.

—No te acerques a mí, Sergio, no quiero nada contigo.

—Soy mejor amante que Gabriel, solo es cuestión de que vengas conmigo al baño y te lo demuestre. —Se acercó para susurrarme al oído—. Puedo hacerte disfrutar mucho más y mejor de lo que lo haga él.

—Si vuelves a poner tus putas manos en lo que es mío, eres hombre muerto —rugió la voz de Gabriel a mi espalda, y al girarme le vi realmente enfadado y con los ojos llenos de rabia al ver la mano de Sergio en mi espalda y que estaba muy cerca de mí.

—Oh, vamos, ¿otra vez con esto, Gabriel? Sabes que tarde o temprano la compartirás con todos, yo solo quiero ser el primero en disfrutar de las mieles de esta hermosa mujer que tan fascinado te tienen.

—Apártate de ella, Sergio, o te juro que no respondo.

—Gabriel, tranquilo —le dijo Mateo, a quien no había visto hasta ahora—. Y tú, ya le has oído.

—Qué pasa, Gabriel, ¿solo vas a compartirla con tu socio? Eso no va a gustarle al resto.

—Paula te echó de la sociedad, lo que digas no me vale nada. Míriam, ven conmigo —me pidió con la mano extendida, y durante unos segundos me quedé allí quieta.

—Vaya, así que la fierecilla no te obedece como debería, ¿eh? —se mofó Sergio, y le miré con la misma rabia que tenía Gabriel.

—A quien jamás obedecería, ni le dejaría ponerme un solo dedo encima, sería a ti —dije apartándome y fui hasta Gabriel, quedándome a su lado.

—No eres más que una puta a la que le dará puerta cuando se canse de ti. ¿O crees que en algún momento Gabriel te prometerá una boda y una familia? No, encanto, él no es así. Él solo usa a las mujeres.

—Igual que tú, entonces —contesté.

—Vete de aquí, Sergio —le dijo Gabriel—. Y más vale que no vuelvas a acercarte a ella.

Se quedó mirándome con esos ojos lascivos que me hacían sentir incómoda y se fue, no sin antes mirar a Gabriel de manera amenazante.

—¿Te ha hecho algo, preciosa? —me preguntó mirándome fijamente mientras me sostenía las mejillas entre sus manos.

—No. ¿Qué haces aquí?

—La pregunta es ¿por qué no estás tú en mi casa? —Arqueó la ceja.

—¿Por qué tendría que estar allí?

—Te lo pedí expresamente con una nota antes de irme.

—Ah, pues, no sé, no vi nada.

—Míriam —dijo mi nombre con ese tono de voz autoritario, dejando claro que no me creía.

—Vale, no pensaba ir —dije mientras volvía a la barra para coger mi mojito.

—Eso ya lo veo. ¿Tengo que recordarte que tenemos un acuerdo?

—No, pero vamos a dejar una cosa clara. Si no quiero hacer lo que me dices, no lo haré, y punto, si necesito salir con mis amigas o con mis padres.

—Tus padres se van de viaje mañana. —Arqueó la ceja.

—Cierto, pero no van a estar fuera eternamente. —Volteé los ojos—. Y vuelvo a hacer la pregunta, ¿qué haces aquí?

—Venir a buscarte. Mateo me dijo dónde estarías esta noche.

—Ah, y él lo sabe porque… —Miré a Mateo.

—Me lo ha dicho mi secretaria esta mañana, cuando le pregunté qué planes tenía para el fin de semana —me dijo encogiéndose de hombros—. Perdona —llamó a Toñín—. Dos *whiskies*.

—Ahora mismo.

Vi a las chicas acercándose y Anabel abrió los ojos en el momento en el que vio quiénes estaban conmigo, y cuando se acercaron la señalé directamente.

—Es tu culpa que estén aquí, como le dijiste a tu nuevo jefe los planes que tenías para hoy…

—Yo solo dije a modo de comentario que salía con vosotras, no dónde estaríamos.

—Bueno, no ha sido difícil de adivinar —dijo Mateo con una sonrisa de medio lado—. Las veces que os he visto estabais aquí.

—Genial, pues ahora buscaremos otro sitio al que ir para no encontrarnos con los jefes —resoplé cogiendo mi mojito y dándole un buen sorbo.

Hasta que empezó a sonar *Flowers* de Miley Cyrus, y me fui hacia la pista a bailar, llevándome a Camila y Anabel.

Cantamos y bailamos mientras de vez en cuando veía cómo Gabriel me observaba, el modo en el que la rabia parecía consumirle cuando algún chico se me acercaba.

Volvía con las chicas a la barra cuando comenzó a sonar una canción de Romeo Santos y entonces, Gabriel se acercó a mí, me cogió de la mano y tiró de ella para que le acompañara a la zona de baile.

No tardó en pegarse a mí, rodeándome con ambos brazos por la cintura y comenzó a moverse haciendo que me meciera al ritmo que iba marcando él.

Le miré por encima del hombro y pareció que se le suavizaba la mirada.

Me miraba con tanta intensidad que pensé que iba a besarme, pero en lugar de eso, me hizo girar alejándome de él para volver a atraerme de nuevo y seguir bailando esta vez quedando el uno frente al otro y con una rodilla entre las piernas del otro.

Y mientras nos mirábamos fijamente escuchaba la voz de Romeo Santos y era como si esas palabras me las estuviera diciendo el mismísimo Gabriel.

«Eres mía, mía, mía. No te hagas la loca, eso tú muy bien ya lo sabías…»

Me hizo girar sobre mí misma una vez más, para quedar de nuevo pegado a mi espalda, meciéndonos de un lado a otro en ese baile sensual y, sin lugar a duda, cargado de intenciones.

¿Cómo iba a negar lo que los dos sabíamos? Porque era suya, no solo porque lo dijera un contrato, sino porque así lo sentía yo. Mis besos le pertenecían a él, aunque no me besara cuando más lo necesitara yo, mis caricias eran solo suyas y mi cuerpo no reaccionaría jamás a otro hombre como reaccionaba a él.

—Dilo, Míriam —exigió con un susurro autoritario en mi oído mientras seguía pegado a mi espalda—. Di que eres mía.

Cerré los ojos dejándome llevar por él, por ese baile, por la música, queriendo que ese instante no acabara, porque me sentía suya de verdad, pero no solo en el modo en el que él me había pedido que lo fuera.

Era suya por completo, sin saber cómo ni cuándo había pasado, mi corazón había empezado a latir por él.

Sin darme cuenta, entre risas y pasión, había surgido el amor, al menos el que yo empezaba a sentir por él, y por eso quise que me besara el otro día en su despacho y se lo pedí, porque le quería y en ese instante necesitaba sentirle así también.

—Dilo —repitió haciendo que abriera los ojos, y con dos dedos en mi barbilla hizo que le mirara—. Dilo Míriam, di que eres solo mía.

Tragué con fuerza, perdida en esa mirada que me hacía sentir tantas cosas que no podía siquiera llegar a expresar con palabras, y entonces lo dije, convencida, aun sabiendo que lo que yo sentía por Gabriel no era lo que él sentiría jamás por mí.

Porque lo había dejado claro, él era un hombre para el que no existía el amor, solo el sexo.

—Soy tuya, Gabriel, solo tuya.

Se inclinó y me besó, un beso que comenzó con la intensidad habitual en sus besos y pasó a ser poco a poco cada vez más lento, más tierno e incluso dulce.
Mordisqueó mi labio inferior entre besos y a mí se me olvidó incluso dónde estábamos y quién podía vernos cuando volvimos a mirarnos.

—Ven a mi casa esta noche —me pidió sin dejar de bailar.

—Solo si me enseñas tu cuarto de juegos.

—¿Estás segura de que quieres entrar en ese mundo, preciosa?

—Sí, lo estoy —respondí y él sonrió de medio lado antes de volver a besarme.

Cuando acabó la canción, volvimos a la barra y tanto Camila como Anabel me miraban con cara de «¿qué ha sido eso?», y suspiré.

—Me van a interrogar —dije antes de que llegáramos hasta ellas.

—Diles que te he seducido y has acabado cayendo rendida a mis encantos. —Me hizo un guiño—. Pero no les cuentes nada más.

Asentí, y en cuanto llegamos a la barra las dos me cogieron de la mano para llevarme al cuarto

de baño, donde sí, me hicieron un interrogatorio que ni los policías, vamos.

Les dije lo que me había dicho Gabriel y las dos se quedaron con la boca abierta, hasta que Camila soltó una de las suyas.

—Si es que sabía que ese hombre al final te haría temblar las piernas. Te dije que quería arrancarte la ropa.

—Pues me da que se la va a arrancar esta noche —dijo Anabel con una sonrisita.

—Y a ti el moreno, que tú dirás lo que quieras, nena, pero ese hombre te mira como un lobo hambriento.

Nos echamos a reír y volvimos con ellos. Gabriel ya no se cortó en toda la noche y no dejó de tocarme, bailar pegado a mí y, sobre todo, besarme.

Me besaba cada vez que tenía ocasión.

Hasta que decidimos dar la noche por finalizada, Mateo se ofreció a llevar a Anabel y a Camila, dejando a esta última en su casa antes de continuar.

Gabriel me dio la mano para caminar hasta el coche que había alquilado esa mañana, y antes de que subiera me dio un beso y sonrió.

No sabía por qué, pero tenía la sensación de que algo estaba cambiando entre nosotros dos.

Capítulo 24



A pesar de que él me había pedido ir a su casa, no pasó nada.

No, Gabriel no me tocó, no me llevó al orgasmo ni una sola vez, simplemente subimos a su habitación, me ayudó a desnudarme y me prestó una camiseta suya para dormir.

Cuando le pregunté si no iba a mostrarme ese cuarto cerrado de su habitación, pues era para lo que me había traído, dijo que no, que por supuesto quería que entrara allí pero que lo hiciera con todos mis sentidos y no con varias copas de más.

Protesté diciendo que estaba perfectamente, y él sonrió respondiendo que nunca una mujer había deseado tanto entrar en ese cuarto y en su mundo, como yo.

No puedo negar que me sorprendieron sus palabras, pero más lo hizo el modo en el que me miró, cómo me acarició la mejilla y el beso tierno y dulce que recibí de sus labios antes de meternos en la cama.

Y acabé quedándome dormida casi de inmediato, hasta ahora.

Hacía poco más de cinco minutos que estaba despierta, recostada en la cama de Gabriel contemplando el cielo de esa mañana de sábado con los rayos del sol iluminando la habitación, mientras el perfume de ese hombre me rodeaba por completo.

Su lado de la cama estaba vacío y, por lo que pude comprobar al tocar antes de girarme, hacía tiempo que se había levantado por lo frías que noté las sábanas.

No podía dejar de pensar en todo lo que había comprendido la noche anterior, y me daba cuenta de que, por más que deseara que él sintiera lo mismo, eso no iba a suceder. Me sentía un poco ridícula por haberme enamorado de alguien como él, que, sin duda alguna, estaba prohibido para mí. Gabriel nunca podría corresponder a mis sentimientos, y eso me dolía, porque acababa de darme cuenta de lo mucho que ya me había atrapado su forma de ser. Era difícil imaginar que pudiera encontrar a un hombre que me hiciera sentir todo lo que él me ofrecía.

Suspiré, salí de la cama y fui a lavarme la cara y quitarme los restos del maquillaje que tenía, antes de bajar a la cocina donde imaginaba que estaría Gabriel preparando el desayuno.

No me equivoqué, porque en cuanto entré, ahí estaba él, vistiendo solo unos pantalones de chándal. Su ancha espalda estaba expuesta frente a mí, y su cabello, aún ligeramente húmedo y alborotado tras la ducha.

Olía a café recién hecho y estaba preparando zumo de naranja además de tostar pan.

—Buenos días —dije en un tono no demasiado alto para no asustarlo, y se giró.

—Buenos días, preciosa —sonrió al verme y vino hacia mí para besarme en los labios, algo que no me esperaba, la verdad—. Siéntate, el desayuno está listo.

Me acomodé en uno de los taburetes y Gabriel me puso la taza de café en la isla, di un sorbo y sonreí a notar ese delicioso café.

Cuando tuvo todo terminado, se sentó a mi lado y desayunamos en silencio hasta que volvió a hablar.

—Paula vendrá enseguida a traerte algo de ropa.

—Tengo la mía de anoche, para volver a casa es más que suficiente.

—Es que no vas a volver a casa.

—¿Por qué no? —Fruncí el ceño.

—Quiero que pases el fin de semana conmigo. —Dio un sorbo a su café como si nada—. Y aunque veo que mis camisetas te sientan mejor que a mí, imaginé que querrías algo más de ropa que poder usar.

—¿Y qué pasa si no quiero quedarme el fin de semana?

—Nada, pero sé que quieres —sonrió de medio lado.

—Te veo muy seguro de eso. —Le di un bocado a la tostada.

—Aunque no lo creas, y nunca lo hayas expresado, eres como yo. Deseas muchas cosas que antes no habías hecho y quieres probarlas.

—Si te refieres a ese cuarto tuyo, es solo curiosidad.

—¿Alguna vez has usado algo para darte placer que no fueran tus dedos? —Curioseó mirándome con los ojos brillantes.

—No, la verdad es que no.

—Conmigo vas a experimentar el placer de un modo diferente, Míriam, y sé que lo deseas.

—Vale, sí, pero de ahí a que me quede el fin de semana entero contigo, va un mundo. ¿O es que vas a encerrarme en casa como si fuera *Rapunzel* en la torre del castillo?

—No, tranquila, que tengo planes para hoy.

No pude preguntar qué planes eran esos porque justo en ese momento sonó el telefonillo de la puerta de fuera. Gabriel se acercó para abrir y cuando pasó de nuevo por mi lado me dio un beso en los labios antes de ir a la puerta de la casa.

Poco después, escuché la voz de Paula dándole los buenos días, y cuando sus tacones empezaron a resonar por la casa mientas se acercaba, me giré para mirar a la puerta de la cocina.

—Ah, ahí está mi chica favorita —sonrió al verme y me sorprendió que llegara cargada con varias bolsas—. Buenos días, cielo. —Me dio un par de besos—. ¿Cómo estás? Gabriel me ha contado lo de Sergio —suspiró mientras dejaba las bolsas en el suelo y se sentaba en un taburete a mi lado—. Ese hombre no podría haberme sorprendido más.

—¿Por qué? —Curioseé.

—Paula. —La voz de Gabriel era autoritaria, ella le miró y negó antes de volver a centrarse en mí.

—No creí que fuera a ser así, eso es todo, cielo —sonrió—. Pero dime, ¿cómo estás? ¿Nuestro Gabriel te trata bien?

—Estoy bien, tranquila, Sergio no me hizo nada, había mucha gente delante —sonreí—. Y sí, me trata bien, no hay más que ver el desayuno que me ha preparado.

Gabriel sirvió un café a Paula, quien, tras dar un sorbo, se levantó. Con una elegancia indiscutible, vestía un bonito conjunto que consistía en una falda lápiz de color azul marino y una blusa de seda blanca, complementada con unos tacones que estilizaban sus piernas. Con determinación, se dirigió a abrir las bolsas de ropa de su tienda.

Había jeans ajustados, camisas, jerséis finos, faldas entalladas, blusas de tirantes finos, un par de vestidos, varios zapatos de tacón y algunos conjuntos de lencería por los que me hizo un guiño al enseñármelos.

—Estos son de los que a Gabriel le hacen volverse loco —me dijo en un susurro cuando él estaba dejando todo lo del desayuno en el lavavajillas, y sonreí.

Estaba claro que esa mujer no quería que su amigo me dejara escapar de ningún modo, solo que yo sabía que esto no era más que una relación de sexo consentido sin más expectativas. Nunca habría algo romántico entre nosotros y, aunque a mí me doliera, era así y debía asumirlo.

El móvil de Gabriel empezó a sonar, lo cogió de la encimera y se disculpó para ir a atender la llamada al porche, momento que aprovechó Paula para hablar conmigo.

—Te voy a pedir que tengas cuidado con Sergio —dijo hablándome en susurros, y fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—No es la primera vez que se obsesiona con alguna de las chicas que ha llevado Gabriel a las fiestas. De hecho, hubo una con la que Serio se obsesionó tanto, que no paró hasta conseguirla para él. Mira, Gabriel no es una persona que se enamore con facilidad, eso ya lo sabes.

—Sí —respondí con pena y apartando la mirada.

—Pero cuando está con una mujer en las condiciones que establece con ella, solo está con ella y se comporta como un caballero, como lo haría un novio incluso, pero no alberga sentimientos románticos más allá de que sienta cariño y cuide a esa mujer.

»El caso es que todos creímos que, por esa mujer en cuestión, sentía algo más, que podría haber algo, también por parte de ella, puesto que la veíamos enamorada, o eso nos pareció, porque cuando decidió marcharse con Sergio supimos que a ella solo la movía el dinero y el poder que tuviera un hombre.

—Pero Gabriel es un hombre así, o sea, tiene dinero y…

—Sí, pero se ve que ella quería mucho más.

—Yo no estoy con él por su dinero, eso que vaya por delante. Y ni siquiera necesito que me compre más ropa.

—Lo sé, cielo, y él también —sonrió.

—Pues pensó que me acostaba con su tío.

—Uf, con Martín me acostaría hasta yo —le salió una risita—, pero no se lo digas a Gabriel —me pidió en susurros llevándose el dedo a los labios—. Esta ropa es para que la tengas aquí, para cuando te quedes con él.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Y volviendo a Sergio —dijo mirando hacia el salón y yo hice lo mismo, comprobando que Gabriel estaba a punto de volver a entrar—, hazme caso y ten cuidado. Ya te dije que Gabriel te miraba a ti de un modo que nunca antes había mirado a nadie, y eso no le pasó desapercibido a ninguno en la fiesta. Si Sergio te quiere, no dudará en hacer cualquier cosa para conseguirte.

Escuchamos la puerta del salón que daba al porche cerrarse y seguimos hablando de la ropa.

Poco después, Paula se marchó dándome un abrazo y con esa mirada casi maternal que me hizo sonreír. Me caía bien, y esperaba que cuando esto que tenía con Gabriel se acabara, porque estaba claro que en algún momento así sería, pudiera seguir manteniendo el contacto con ella.

—Ve a darte una ducha, mi tío y mi madre nos esperan para comer con ellos en casa —dijo cuando regresó a la cocina y me quedé sin palabras y con la boca abierta, hasta que reaccioné.

—¿Cómo que nos esperan para comer con ellos?

—Mi tío quería que fueras a comer algún día, ¿recuerdas?

—Sí, pero, o sea, yo sola.

—Pues vas a ir conmigo, y así podrá ver de nuevo que nos llevamos muy bien dentro y fuera de la agencia, que nuestra tregua funciona. —Me hizo un guiño.

—Más vale que no se te ocurra intentar hacer nada con ellos delante —le advertí señalándole.

—Nada, como por ejemplo… —Arqueó la ceja.

—Lo que hiciste en la cena de Paula, por ejemplo.

—Va a ser difícil resistirme —dijo acercándose para rodearme con ambos brazos por la cintura, de manera que tuve que dejar las manos sobre su pecho—. Sabes que te deseo, Míriam.

—Pues te controlas, que tu tío ha sido mi jefe durante años.

—En ese caso, creo que voy a tener que poner remedio a una cosa antes de salir de casa —susurró al tiempo que se inclinaba y con una mano retiraba un poco la tela de la camiseta dejando mi hombro expuesto para besarlo.

—¿El qué? —pregunté en apenas un hilo de voz.

—Saciarme de ti, preciosa —respondió.

Asaltó mis labios con un beso intenso y urgente, y no tardó en cogerme por las caderas para sentarme en la isla de la cocina.

Y allí, sin una pizca de duda, me hizo llegar al clímax con sus manos y su boca en dos ocasiones antes de hacerme alcanzar un tercer e intenso orgasmo mientras me penetraba desde atrás hasta quedar saciados.

Capítulo 25



Opté por ponerme unos jeans negros con una camisa azul cielo y los zapatos de tacón, me recogí el pelo en una coleta alta y, como solo tenía el pintalabios rojo en el bolso, ese fue el único toque de maquillaje que puse en mi rostro.

Al verme aparecer en el salón con los jeans, Gabriel sonrió diciendo que debería haberme puesto una falda, a lo que respondí que este era el único modo de que no intentara meterme mano, y soltó una carcajada.

Estábamos llegando a casa de su tío y la verdad es que iba un poquito nerviosa, conocía al señor Martín desde hacía años, pero siempre le vi en la agencia, siendo mi jefe y yo su asistente.

Por no hablar de que la madre de Gabriel también estaba allí y, por muy simpática y agradable que me pareció la noche que la conocí, no dejaba de sentir vergüenza por estar con ellos y mentirles, puesto que no íbamos a contar que nos estábamos acostando.

Sabía que mi antiguo jefe vivía en una de las mejores y más lujosas urbanizaciones de la ciudad, pero no había estado nunca en su casa y, cuando Gabriel paró ante una puerta corredera de color negro y esta se abrió para darnos paso, me quedé impresionada.

Solo con ver el exterior de la casa, se podía apreciar que aquella unifamiliar de dos plantas combinaba elegancia y confort. La fachada era moderna con detalles de arquitectura muy sofisticados, tenía grandes ventanales y eso permitía que la luz natural entrara en toda la casa.

Gabriel aparcó en la zona habilitada como garaje y, aunque estaba en el exterior, se podía llegar a la puerta de entrada por un camino techado.

Cuando llamó al timbre nos abrió una joven rubia y sonriente.

—Señor Gabriel, bienvenidos —dijo haciéndose a un lado para dejarnos pasar.

—Gracias, Melisa.

No debía tener más de veinticinco años, y por cómo miraba, estaba claro que le parecía atractivo. No la culpaba, ese hombre de cuarenta años exudaba atractivo por cada poro de su piel.

Cuando la chica se dio cuenta de que la miraba, apartó su mirada avergonzada e inclinó la cabeza. Sonreí, y cuando Gabriel sacó el móvil del bolsillo para atender un mensaje, me acerqué a ella para susurrarle.

—Tranquila, a mí también me parece muy atractivo, pero no se lo digas a nadie. —Le hice un guiño y ella sonrió al tiempo que asentía.

—¿Dónde están mi tío y mi madre, Melisa? —le preguntó.

—En el salón, le están esperando.

Gabriel me indicó que le siguiera y, dado que estábamos en casa de su familia, no hizo ni el intento de cogerme de la mano para llevarme hasta donde nos esperaban.

Mientras caminaba, no podía dejar de admirar todo en esa casa. Al cruzar la puerta, nos recibió un amplio vestíbulo que daba paso un pasillo por el que llegamos hasta un luminoso salón, decorado con acabados de una alta calidad y diseño contemporáneo. Contaba con una chimenea y grandes ventanales que se abrían a una terraza cubierta, que debía hacer las delicias de mi antiguo jefe en las reuniones familiares para comer o cenar al aire libre en cualquier época del año.

Y allí sentados estaban él y su hermana Isabela, ambos de lo más elegantes, tomando una copa de vino.

Cuando Gabriel saludó, se pusieron de pie y se acercaron a abrazarle y besarle para después hacer lo mismo conmigo.

—Quién me iba a decir que al final sería mi sobrino el que te convenciera para venir a comer a mi casa —me dijo el señor Martín con una bonita sonrisa.

—Y a mí, y a mí. —Reí.

—Mi hijo puede ser un poquito difícil de tratar en el trabajo, pero es un buen hombre —comentó Isabela.

—Qué vas a decir tú, si eres su madre. —El señor Martín volteó los ojos—. ¿Una copa de vino, chicos?

Ambos asentimos y él llamó a Melisa, que no tardó en aparecer, y le pidió un par de copas para nosotros.

Mientras esperaba, miraba las fotos que había allí con el mayor disimulo que podía, hasta que me encontré con una de mi antiguo jefe y su esposa, y no pude evitar acercarme para verla mejor. Era una mujer muy guapa y elegante, y él la miraba con un amor que se percibía incluso en esa imagen.

—La amé cada día, y aún lo hago. —Miré por encima de mi hombro al escuchar al señor

Martín hablar, y me entregó la copa.

—Era muy guapa.

—Sí que lo era —sonrió—, me robó el corazón sin que me diera cuenta, y se lo entregué para siempre. No habrá otra mujer en mi vida, porque no sabría ni podría amarla como la amé a ella.

—Eso es muy bonito, Martín —le dije poniendo el brazo en su hombro.

—Me has llamado Martín, estoy en mi día de suerte —sonrió—. Ven, te enseñaré el resto de la casa.

Dejamos a Gabriel y su madre allí y me llevó hacia al pasillo opuesto al que habíamos usado nosotros para llegar, donde me mostró una pequeña habitación que usaba como oficina y un cuarto de baño para las visitas. Un poco más adelante estaba la cocina.

Era amplia y muy espaciosa, equipada con todo lo mejor del mercado, con muebles en madera blanca brillante y una isla en el centro donde sin duda Martín disfrutaría de los desayunos.

Allí estaba Melisa con una mujer a la que se parecía mucho y que resultó ser Raquel, su madre, quien llevaba toda la vida trabajando en casa de Martín.

Junto a la cocina se encontraba el comedor que, aunque espacioso, tenía un ambiente muy cálido y acogedor. Contaba con un gran ventanal que daba acceso al jardín y un pequeño porche, perfecto para relajarse y disfrutar de una buena taza de café.

Me llevó hacia las escaleras para ir a la planta alta y allí me mostró las habitaciones. La principal era una maravilla, con vestidor y cuarto de baño, así como un rincón junto a la ventana con dos sillones y una mesita en el centro donde me dijo Martín que a su mujer le encantaba pasar las tardes leyendo y tomando café.

Las otras dos habitaciones también eran amplias, con un armario empotrado que ocupaba una pared completa y cuarto de baño en cada una de ellas. Isabela estaba instalada en una, y la otra era la que solía ocupar Gabriel cuando venían de visita.

Regresamos a la planta baja y me llevó al exterior para mostrarme el extenso jardín.

Aquello era un paraíso, sin duda alguna, todo perfectamente cuidado y con una gran variedad de plantas y flores que le aportaban un toque de color y frescura que contrastaba a la perfección con el estilo moderno de la casa.

Había un camino de piedra que serpenteaba a través del jardín y por el que llegamos a una zona de descanso con muebles de exterior y una pérgola a modo de caseta que me dejó enamorada. Por no hablar de la piscina que tenía al otro lado, rodeada de tumbonas.

—Martín, me he enamorado de esta casa —dije sentándome en uno de los sofás en la zona de la pérgola—. Cuando encuentre al hombre de mi vida me vas a tener que prestar estos jardines

para celebrar la boda.

—Eso está hecho, ya sabes que te quiero como si fueras de mi familia.

—Que no te escuche tu sobrino, a ver si va a pensar que me vas a incluir en tu testamento.

—¿Y quién dice que no lo estés ya? —contestó dando un sorbo a su copa de vino así, como si nada, y yo a punto estuve de ahogarme con el que acababa de dar— Es broma, mujer, no me mires así —sonrió.

—Pues no me digas esas cosas.

—Es que a lo mejor es verdad.

—Martín, por Dios, que me muero aquí mismo.

—No, hombre, no te mueras, que mi sobrino no va a encontrar a otra como tú.

Y por la sonrisa que me dedicó en ese momento, no sabía si lo decía porque era una asistente difícil de sustituir, o porque sospechaba que entre Gabriel y yo había algo.

Pero me quedé con la duda en cuando escuchamos a Isabela llamándonos para entrar a comer.

Fuimos hacia la casa y salimos a la terraza donde ya habían preparado la mesa para comer allí y nos esperaba la comida servida.

Había tostas variadas como entrante, un plato con embutidos y algo de marisco, Isabela me dijo que el asado estaba ya reposando en el horno para servirlo después.

Nos sentamos a comer y como era de esperar, la conversación transcurrió en torno a Gabriel y a mí en la agencia.

—Me alegro de que os llevéis mejor, en serio. Míriam es una mujer maravillosa, Gabriel, y como asistente no tiene precio.

—Sí que tengo, que me gano el suelo —dije y todos rieron.

—Y por eso la aprecio tanto —sonrió Martín—, porque con ese humor tan suyo y la manera de hacerme reír a mí, me hizo ver los días un poco más coloridos cuando no me encontraba bien.

—No te voy a negar que es una asistente muy aplicada y eficiente, tío, pero sigue sin obedecer en algunas cosas —contestó Gabriel que, sentado a mi lado, no dudó en llevar la mano a mi muslo hasta rozarme la entrepierna con los nudillos haciéndome tragar saliva.

—¿Y qué asistente o secretaria no tiene un poco de rebeldía a veces, hijo? —dijo Isabela— Sobre todo si tiene un mal día.

—O su jefe es un poquito insoportable además de exigente —añadí yo.

—¿Soy exigente? —Arqueó la ceja y seguía con la mano en mi entrepierna, esta vez tocando directamente con los dedos en el centro de mi zona íntima, aun por encima de la ropa.

—Demasiado exigente, señor Gabriel.

—Ah, no vas a conseguir que se le quite la manía de llamarte así —le dijo Martín—. Asúmelo, sobrino, eres un señor de cuarenta años.

Isabela rio y Gabriel me dedicó esa perversa sonrisa de medio lado sin dejar de tocarme. Intenté quitar su mano de mi entrepierna, pero arqueó la ceja, lo que me dejó claro que, si trataba de hacer algo más, podrían pillarnos su madre y su tío.

Seguimos comiendo y el asado estaba realmente buenísimo, tierno y jugoso como los que preparaba Luisa en su asador.

Nos pusieron de postre un delicioso pastel de queso con cobertura de frutos rojos que estaba delicioso, y para terminar tomamos café.

Gabriel y su tío se disculparon con nosotras y entraron para ir a la oficina.

—Mi hermano no va a dejar nunca de estar pendiente de la agencia —comentó Isabela con un leve suspiro y una sonrisa.

—Eso me temía yo cuando me dijo que se jubilaba y que sería su sobrino quien ser haría cargo de todo.

—Sí, no es lo mismo que esté en manos de la familia que en manos de alguien externo. Si la hubiera vendido no estaría tan pendiente.

—¿Y por qué no la vendió? No pretendo ser cotilla, pero, me comentó que el señor Gabriel había vendido su empresa para mudarse aquí y ponerse al frente de la agencia.

—No quería que sus empleados perdieran el puesto de trabajo —contestó—. Con mi hijo sabía que podría mantener a todo el mundo en su puesto, pero si la vendía, estaba claro que quien se quedara con ella prescindiría de muchos de vosotros.

»Mi hermano siempre quiso tener hijos que se hicieran cargo de la empresa que fundó nuestro padre, y al no poder, estuvo durante mucho tiempo hablando conmigo para ver si me parecía bien que Gabriel fuera el nuevo jefe al jubilarse él.

»Le dije que por mí sí, pero que esa decisión sería de mi hijo llegado el momento. Gabriel adora a mi hermano tanto como adoraba a su padre, siempre ha sabido que esa agencia era importante no solo para mi hermano sino también para mi difunto marido, al igual que para mí y su abuelo, y por eso no dudó en vender su empresa y ponerse al frente de la agencia de publicidad.

—¿Alguna vez ha tenido novia? —Era pregunta inocente pero llena de curiosidad, y ella lejos

de tomárselo a mal, se echó a reír.

—No soy tonta y sé que ha tenido alguna que otra aventura, incluso supe que la asistente que tenía en su empresa fue una de ellas, pero nunca ha tenido novia, siempre estuvo muy centrado en los estudios y después en el trabajo. Y es una pena, porque yo ya tengo una edad y, como toda mujer, quiero nietos —sonrió.

—Pero estás estupenda, en serio, no aparentas los setenta años que tienes.

—Gracias, querida —seguía sonriendo y me dio un apretón en la mano—. Quiero a mi hijo, pero en el fondo es como mi hermano y sé que, cuando se enamore, lo hará de tal manera que, si perdiera a esa mujer, jamás podría amar a nadie más. Y si tarda en llegar esa mujer, estos ojos no llegarán a ver a mi hijo enamorado, nunca.

—Si hay algo que mi padre dice siempre y estoy convencida de que tiene razón, es que todo lo que es para nosotros acaba llegando a nuestras vidas, aunque tarde en hacerlo.

—Y tú qué, ¿tienes pareja?

—Tuve, pero se acabó. —Aparté la mirada.

—Te hizo daño, ¿verdad? —asumió al ver mi reacción.

—Más del que pensé que me podría hacer.

—¿Hubo otra persona de por medio? —Curioseó.

—No, eso me habría dolido mucho menos, la verdad.

—¿Entonces? Puedes contármelo sin miedo, Míriam, a veces viene bien hablar del dolor del pasado.

—Sí, pero hay dolores que no es bueno recordar, al igual que hay líneas que es mejor no cruzar.

—Debió hacerte mucho daño, y lo siento. Los hombres deberían cuidar a la mujer que los ama como si fueran si buen más preciado.

—Eso es lo que me dijo Martín —sonreí.

—Entonces, mi hermano lo sabe.

—Sí. —La miré de nuevo—. Es la única persona de mi vida que lo sabe.

—Así que ahora entiendo por qué no solo te aprecia como asistente, sino que te quiere como si fueras de la familia. —Me dio un leve apretón en la mano.

—Ya estamos de vuelta —anunció Martín.

—¿Es que no vas a dejar nunca de estar pendiente de la agencia, hermano?

—Mamá, eso es como preguntarle a un niño si alguna vez dejará de comer dulces —dijo Gabriel volteando los ojos.

—¿Quién quiere una copa de licor? —propuso Martín ignorando a ambos.

—Yo es que, debería irme a casa —respondí.

—¿Te espera un novio, o algo así? —Martín arqueó la ceja.

—Sabes bien que no —sonreí—, pero quiero descansar el fin de semana.

—Mañana descansas, hoy estamos en familia —dijo como si nada, entrando de nuevo a la casa para volver poco después con cuatro vasos y una botella de licor.

Al final, nos quedamos Gabriel y yo allí el resto de la tarde, incluso cenamos con ellos, que me dijeron que querían volver a verme por allí más a menudo.

No conseguí saber si tanto el tío como la madre de Gabriel intuían lo que realmente pasaba entre nosotros, pero de ser así, ninguno de los dos dijo nada.

La verdad que había sido un buen día, de esos que, al igual que Martín, yo también estaba echando de menos.

Capítulo 26



Cuando llegamos a la casa de Gabriel, noté que me ponía nerviosa, y es que, sin haberlo hablado, sabía que esta noche, sería la noche.

Me llevó de la mano hacia su habitación, entramos y caminó hasta la cama, donde se sentó en el borde dejándome de pie frente a él.

No hubo palabras, tan solo miradas mientras desabrochaba uno a uno los botones de mi blusa, esa que retiró despacio por mis hombros hasta que acabó cayendo sola al suelo.

Me estremecí al ver sus ojos recorriendo mi cuerpo mientras con las manos acariciaba mis costados, las llevó a la espalda y con un suave gesto me atrajo hacia él para besarme el vientre, subiendo después poco a poco con sus labios cálidos hacia mis pechos, esos que, mientras me miraba fijamente, no dudó en lamer sobre la tela del sujetador hasta que mis pezones se pusieron más erectos.

Sonrió de medio lado, y con una mano en mi espalda y la otra en mi nuca, me atrajo aún más hasta besarme en los labios.

Cerré los ojos abandonándome al placer que sentía en ese instante, momento en el que Gabriel desabrochó el sujetador y comenzó a bajar los tirantes hasta que acabó cayendo al suelo.

Lamió y mordió mis pezones mientas yo llevaba mis manos a su cabello, Gabriel me miró y no dudé en inclinarme para besarle, deseaba hacerlo y no me lo prohibió, sino que se entregó a ese beso conmigo mientras desabrochaba mis jeans.

Comenzó a quitármelos, así como los zapatos y después se deshizo de mis braguitas, manteniéndome desnuda entre sus piernas mientras él aún seguía llevando la ropa.

—Separa las piernas, preciosa —me pidió con una mano subiendo despacio por mi muslo, y, cuando lo hice, me atrajo hasta él para lamer mi zona íntima.

Gemí al notarlo, dejando caer la cabeza hacia atrás, apoyada con mis manos en sus hombros mientras él lamía una y otra vez mi clítoris, explorando mi vagina con suaves y delicadas penetraciones.

Me excitaba por completo a cada segundo que pasaba, y cuando además de su boca comenzó a tocarme con los dedos de una mano, acariciando y penetrándome hasta hacerme gritar, noté que estaba cerca de liberar el clímax.

—¿De verdad quieres entrar en ese cuarto? —preguntó mirándome fijamente mientras seguía jugando con los dedos en mi zona— ¿De verdad estás preparada para esa parte de mi vida?

—Sí —contesté con seguridad, decidida a entrar en ese mundo desconocido, pero en el que sabía que estaría segura con él—. Sí, Gabriel.

Sonrió y me dio un beso en el vientre antes de retirar los dedos de mi sexo y ponerse en pie.

—No pasará nada que no desees, ¿de acuerdo? —dijo con la mirada fija en mí, colocándome un mechón de cabello que se había soltado de la coleta tras la oreja— Si algo no te gusta y quieres que pare, solo dilo.

—Vale.

—No vas a dormir mucho esta noche, lo sabes ¿verdad?

—Lo intuía —respondí y sonrió.

Me dio un beso rápido, entrelazó nuestras manos y me llevó hacia la puerta de esa habitación que estaba cerrada con llave. Le vi levantar la mano hasta la parte más alta del marco de la puerta y ahí debió pulsar un botón porque escuché cómo se abría la cerradura de manera automática.

Me dedicó una última mirada, abrió la puerta y una luz tenue iluminó aquel cuarto de inmediato.

Noté que Gabriel se quedaba a mi espalda y podía escuchar cómo se movía, cuando le miré por encima del hombro, vi que se había quitado la camisa y estaba solo con los vaqueros.

Cerró la puerta y me rodeó con los brazos por la cintura para llevarme al centro.
El cuarto tenía el tamaño del vestidor, había una mesa tal como me había dicho en la que podía ver unos grilletes, además tenía un sofá de esos tántricos que había visto alguna vez en Internet, y varias vitrinas con vibradores, aceites y otros juguetes que sin duda estaban hechos para esos juegos.

Me dejó frente a la mesa y llevó sus manos a mis pechos, primero los masajeó suavemente y después comenzó a pellizcarme los pezones haciendo que gimiera.

Sostuvo mi barbilla con dos dedos hasta que le miré y sentí el calor de sus labios sobre los míos en un beso que no dejaba lugar a dudas de que el hombre que tenía pegado a mi cuerpo desnudo en ese momento me deseaba.

Giré sin poder evitarlo y con cierto temor a que me dijera algo por hace lo que no debía, pero no fue el caso. Nos besamos así, abrazados, y agradecí que en ese momento y a pesar de que yo

había sido quien le incitara para llevarme a ese cuarto, aun sabiendo que él quería tenerme allí, me diera un poco de ternura antes de todo lo que pudiera querer hacer conmigo.

Noté sus manos en mis caderas y me levantó a pulso hasta que acabé sentada en la mesa.

—Recuéstate y por favor, relájate.

—No me asustes —sonreí.

Hice lo que me había pedido, lo de recostarme, quería decir, y noté que me inmovilizaba las piernas que me había separado con unos grilletes que no hacían daño, por suerte.

Le vi acercarse hacia la parte de mi cabeza e hizo lo mismo con mis brazos, inmovilizándolos por las muñecas.

Sentí que caminaba por allí y cuando regresó, lo hizo con un bote de aceite y un vibrador.

Vertió un poco de ese líquido por mis piernas y comenzó a masajearlas, subiendo por el vientre hasta mis pechos y hombros, donde se quedó un poco más de tiempo, sin duda para hacer que me relajara.

Cuando volvió a situarse en la mesa, entre mis piernas, sentí sus manos en mi zona íntima, tocándome el clítoris con esos dedos cubiertos de aceite y penetrándome con una facilidad increíble.

Cerré los ojos y sentí que me iba a correr, pero como Gabriel también lo sabía, se detuvo antes de que alcanzara esa liberación.

Cogió el vibrador y sentí cómo lo llevaba dentro y fuera de mi vagina haciendo que mis gemidos pasaran a ser auténticos gritos.

Le miraba y veía el deseo en sus ojos, esos que me contemplaban como si fuera lo mejor que habían visto en años.

Sin dejar de penetrarme con el vibrador, se inclinó para lamer mi clítoris y hacer así que mi excitación fuera en aumento, cada vez a más.

Se detuvo, y mientras yo me quedaba allí jadeando y con el pecho subiendo y bajando más rápido que si hubiera corrido una maratón, le vi ir a por algo pequeño que cuando se colocó a mi espalda, los puso en mis pechos.

Resultaron ser dos pequeños succionadores de pezones que me hicieron temblar y gritar, pidiéndole que añadiera a aquella tortura el vibrador y me dejara correrme.

—Aún no, preciosa, tenemos mucha noche por delante —susurró en mi oído y me besó.

Se quedó allí mirándome hasta que retiró los succionadores unos minutos después y volvió a

colocarse entre mis piernas, esta vez para llevarme al orgasmo con el vibrador sobre el clítoris y penetrándome con dos dedos.

Mis caderas se movían en busca de más y más placer, y lo obtuve liberando aquel clímax al que me había llevado.

Grité mientras apretaba con fuerza mis manos sin dejar de moverme y sin que Gabriel retirara el vibrador ni detuviera sus penetraciones con los dedos, hasta que lo hizo y me quedé laxa sobre aquella mesa.

Liberó mis piernas y brazos de los grilletes y me besó, momento que aproveché para sostener sus mejillas con mis manos evitando que se apartara de ese beso.

Me cogió en brazos y me llevó hasta el sofá, donde hizo que me sentara y, tras quitarse los pantalones y el bóxer, me pidió que le tocara, y lo hice.

Envolví con la mano su miembro erecto, caliente y palpitante, y comencé a moverla despacio mientras le miraba, hasta que me fue guiando para que lo acogiera en mi boca.

Tras varios minutos dándole placer así, se retiró e hizo que me arrodillara en el sofá con las caderas elevadas, se colocó a mi espalda y comenzó a penetrarme en esa postura, rápido y con fuerza.

Se movía sin parar, de manera frenética mientras yo me mantenía agarrada al sofá gimiendo y gritando al tiempo que recibía sus profundas embestidas.

Cuando los dos fuimos conscientes de que yo estaba llegando al clímax, se retiró.

Volvió a besarme, se sentó en el sofá y me llevó sobre su regazo a horcajadas para lamer y mordisquear mis pezones mientras sus manos se deslizaban despacio por mi espalda.

No pude quedarme quieta, por lo que comencé a mover las caderas a un ritmo lento pero seguro, contoneándome de un lado a otro de manera que nuestros sexos húmedos y excitados se rozaban continuamente.

Tras varios minutos así, Gabriel me elevó las caderas ligeramente hasta que me penetró, y ambos gemimos al sentirnos así de nuevo.

Me guiaba con las manos bien aferradas a mis nalgas, moviéndome mientras yo me sostenía a sus hombros al tiempo que mi cuerpo subía y bajaba llenándose de él.

Gabriel se levantó llevándome en brazos y me dejó de pie frente a la mesa, hizo que me girara y, tras inclinarme hacia adelante hasta que quedé allí recostada de cintura para arriba, separó mis piernas y comenzó a penetrarme de nuevo, más fuerte, rápido y profundo esta vez.

Llevó una mano poco después a mi entrepierna y mientras me penetraba comenzó a tocarme el clítoris hasta que los dos sentimos que nos acercábamos al clímax.

—Gabriel, necesito…

—Hazlo, preciosa, hazlo —dijo, y los dos nos dejamos ir en ese momento.

Grité mientras sentía el modo en el que su miembro en mi interior palpitaba al tiempo que los músculos de mi vagina se contarían a su alrededor.

Cuando acabamos, Gabriel se dejó caer sobre mi espalda sin salir de mi interior, dejando algunos besos suaves en ella.

En el momento en el que se incorporó y me ofreció su ayuda, me envolvió con sus brazos y me dio un beso que sentí de una manera especial, distinto a los que acostumbraba a darme. Me cogió en brazos y juntos salimos de aquella habitación para ir al baño, donde se dedicó a enjabonarme con una ternura que me sorprendió y encantó a partes iguales.

Una vez nos secamos, me llevó de la mano hasta la cama, donde nos recostamos y volvió a besarme mientras su mano acariciaba mi cuerpo de manera lenta y dulce.

—¿Cómo se sientes? —preguntó con la mano entre mis piernas, tocándome por con cuidado, no de un modo sexual.

—Un poquito dolorida, pero genial —sonreí—. Aunque pensé que ahí dentro tendrías látigos y cosas así.

—No —sonrió—, me van los juegos en el sexo, pero no infligir dolor para sentir placer, ni yo, ni mis amantes. —Me dio otro beso.

—Además de los vibradores he visto otras cosas.

—Ajá, para el sexo anal.

—Gracias por no coger nada de eso —dije con los ojos muy abiertos, y él soltó una carcajada.

—Te aseguro que lo usaremos, pero con el tiempo.

—¿Cuánto tiempo? Lo pregunto porque como tengo un contrato, no sé de cuánto tiempo hablamos.

—Por el momento, y hasta que tú no me digas lo contrario, ese contrato es indefinido —contestó y se inclinó para besarme de nuevo.

—Verás que, al final, en señor CEO que no se enamora nunca, se acaba enamorando de su asistente.

No dijo nada, tan solo sonrió antes de darme un último beso rápido en los labios y hacerme girar hasta que quedamos los dos abrazados haciendo la cucharita.

Para no ser un hombre que se enamorara, así como así o que fuera tierno y romántico con las mujeres, me había dado cuenta de que conmigo le gustaba mucho dormir en esa postura.

Cerré los ojos, y notando su cálida respiración en mi espalda me quedé dormida.

Capítulo 27



Con el paso de los días, la conexión entre Gabriel y yo era cada vez mayor. No solo nos llevábamos mucho mejor en la oficina, sino que en el sexo había una química increíble que nos unía de una manera especial.

A veces parecía que tenía la capacidad de leer mi mente, como si supiera exactamente qué quería o necesitaba en esos momentos. Eso me llevaba a alcanzar el clímax y a disfrutar de cada segundo con una intensidad increíble.

Aunque no quería ir a su casa entre semana, era algo inevitable, pues yo le necesitaba tanto como él a mí. Acababa quedándome a dormir después de una cena rápida y de sexo en aquel cuarto al que le había pedido que volviera a llevarme, o en su cama.

Habían pasado diez días desde esa primera ocasión, y cada vez que nos entregábamos al deseo y la pasión en ese sitio, la experiencia se volvía más intensa y placentera que la anterior.

Era martes y estaba en mi terraza disfrutando del primer café de la mañana antes de empezar un nuevo día de trabajo, subiendo una foto de este momento a mis redes, y sonreí al ver que Gabriel daba «me gusta» a esa publicación.

Había empezado a seguirme hacía apenas una semana, igual que yo a él, y cuando me decidía a subir algo, era el primero en reaccionar.

En ninguna de sus fotos se le veía la cara, tenía algunas estratégicamente hechas y cuidadas de manera que, aun viéndosele el perfil, no se mostraba nada de su rostro por la luz que había tras él.

Aun así, yo me conocía todos y cada uno de sus rasgos, aunque estuviese la luz apagada.

Salí de casa con tiempo de pasar por Starbucks y comprar un café para él, sonreí mientras conducía pensando en las veces que le dije que no iría cuando me lo pedía antes de nuestra tregua como jefe y asistente, aunque realmente pasamos a ser algo más que eso aquel mismo día.

Llegué a la agencia y cuando subí a mi planta entré en el despacho de Gabriel para dejarle el café en el escritorio antes de ir a prepararme el mío, en ello estaba cuando entró Anabel para

preparar los suyos.

—Buenos días, tienes mala cara —dije al verla.

—Es que no he pasado buena noche.

—¿Y eso?

—No lo sé, creo que son los nervios porque hoy salgo con Mateo a una reunión, es la primera vez que lo acompaño y me da pavor meter la pata.

—Verás como no pasa nada, lo harás genial —sonreí.

Vimos al subdirector pasar en ese momento hacia su despacho, nos dio los buenos días acompañados de su habitual sonrisa, y ella se fue poco después con los dos cafés.

Cuando fui a mi puesto, vi que Gabriel aún no había llegado, así que me senté y encendí el ordenador mientras daba un sorbo a mi café. Mientras respondía un correo escuché el ascensor y de él salió mi atractivo jefe.

—Buenos días, preciosa —dijo acercándose a mí y, sin cortarse, se inclinó para darme un beso en los labios.

—Buenos días —sonreí aún sorprendida porque desde luego no esperaba que tuviera ese gesto, era la primera vez que lo hacía en el trabajo.

Entró en el despacho mientas miraba el móvil y cerró la puerta, así que no se dio cuenta de que tenía el café en el escritorio hasta que se sentó, y lo supe porque me llamó por teléfono.

—Dígame, señor Gabriel.

—¿Me has traído un café de Starbucks? —preguntó.

—Ajá. Supuse que debía gustarte mucho si me lo habías pedido tantas veces —sonreí.

—Te has ganado una invitación a cenar.

—Eso suena genial. Disfruta del café.

Colgué y seguí trabajando hasta que vi a Mateo y Anabel ir hacia el ascensor para salir a esa reunión que tenía el subdirector.

La verdad es que, con la llegada de Gabriel y Mateo a la agencia, el trabajo que antes hacía el señor Martín solo, se lo habían repartido para hacerlo los dos y así ambos tenían un poco más despejadas sus agendas.

Cuando llegó mi hora de descanso le dije a Gabriel que me iba y pregunté si quería que le

subiera algo de la cafetería, me pidió un café y que dejara la puerta de su despacho abierta.

Bajé y ya estaba Camila pidiendo, así que me uní a ella para coger mi desayuno y fuimos a sentarnos a una de las mesas que estaban libres.

—¿Y Anabel no baja hoy? —preguntó tras acomodarnos.

—Ha salido a una reunión con Mateo, la primera a la que le acompaña.

—Pues estaría de los nervios.

—Me ha dicho que había pasado mala noche, así que, puedes hacerte una idea. —Me encogí de hombros.

—Me la hago, me la hago —sonrió—. Bueno, y tú qué, ¿cómo te va con el antiguo idiota de manual?

—Nos llevamos bien, la verdad.

—¿Y en la cama?

—Camila, por Dios. —Reí.

—¿Qué? Te recuerdo que estuviste un tiempo sola y ese hombre seguro que es un amante excepcional.

—No voy a habla de cómo es el sexo con mi jefe —susurré.

—Con tu silencio, me lo acabas de confirmar —sonrió con malicia.

Mientras desayunábamos me saltó una de las notificaciones de la cámara y las dos vimos que alguien me dejaba de nuevo un ramo de flores en la puerta.

Que era un hombre no lo dudábamos ninguna de las dos, pero tampoco sabíamos quién podía ser y esto empezaba a mosquearme.

Camila me dijo que debería plantearme ir a la policía y denunciar porque esto ya no debía ser cosa de ningún admirador, sino de un acosador en toda regla.

Le dije que no tenía ni siquiera un rostro para poder ir con esas imágenes a la policía, y me contestó que solo esperaba que ese hombre no resultara ser un loco. Y eso mismo esperaba yo también.

Antes de subir a mi puesto, cogí el café que me había pedido Gabriel y otro para mí, a pesar de que acababa de tomarme uno, y es que el haber vuelto a ver a ese hombre dejando flores en la puerta de mi casa me había puesto un poco nerviosa.

—Míriam. —Me giré al escuchar que me llamaba una de las chicas de recepción—. Han dejado este sobre para ti —dijo entregándomelo.

—¿Quién? —pregunté cogiéndolo, pero no había remitente.

—Ha sido un mensajero.

—Vale, gracias.

Fui hacia el ascensor con un café en cada mano y el sobre bajo el brazo, intrigada durante el camino hacia la última planta del edificio, preguntándome qué me habían enviado.

¿Sería el mismo de las flores que además de mi casa, sabía dónde estaba mi trabajo? Suspiré porque solo me faltaba entrar en pánico en ese momento, la verdad.

Cuando salí del ascensor caminé hasta mi puesto y vi que la puerta de Gabriel estaba cerrada, tal vez había venido algún cliente y estaba reunido con él.

Dejé el café y el sobre en el escritorio y fui hacia el despacho, llamé con un par de golpecitos suaves y abrí.

Al hacerlo, el café que tenía en la mano se me cayó al suelo ante lo que veían mis ojos.

Una mujer de cabello largo y sedoso, de un brillante color cobrizo, se encontraba sentada en el escritorio, sin blusa ni sujetador, mientras Gabriel se mantenía de pie entre sus piernas, sujetándolo firmemente por la corbata.
—Míriam —él dijo mi nombre y ella se giró, era una mujer guapa, y debía tener unos treinta y cinco años, no más.

Pero no me quedé allí, giré sobre mis talones y fui hasta mi escritorio, recogí mis cosas y caminé hacia el ascensor completamente decidida.

Me había mentido, teníamos un contrato en el que yo era exclusivamente suya, y él, que había prometido que no habría más mujeres mientras ese contrato estuviera vigente, ahí lo tenía, con otra justo frente a mí.

—Míriam, espera —me llamó, pero entré en el ascensor y pulsé el botón de la planta baja—. Maldita sea, Míriam, ¡ven aquí! —gritó.

—¡No! —respondí y cuando le vi, dije eso que pensé que no diría hasta dentro de mucho tiempo— Se acabó el contrato.

Las puertas se cerraron y me eché a llorar porque, a diferencia de él, yo sí me había acabado enamorando.

Cuando llegué a la planta de recepción me sequé las mejillas retirando las lágrimas y caminé hacia la puerta para salir a la calle y respirar un poco de aire, lo necesitaba en ese momento.

Nada más subirme al coche, mi móvil comenzó a sonar. Pensé que podría ser Gabriel o tal vez mi madre, que todavía seguía de viaje con mi padre recorriendo Grecia. Ella me había dicho el domingo, cuando hablamos, que no regresarían hasta dentro de un par de semanas. Sin embargo, al sacarlo del bolso vi que era una llamada de la recepción de la agencia.

—¿Sí?

—Míriam, te he llamado a tu puesto y al no cogerlo, te he llamado al móvil. Tienes una llamada.

—¿Quién es?

—Uno de los clientes del jefe, pero es que él tampoco me coge el teléfono. —Normal que no lo cogiera, no podía, estaba follando en el despacho.

—Pásamelo —le pedí.

—Vale, *ciao*.

—Adiós. —Escuché el momento en el que se transfería la llamada—. Hola, me han dicho que quería hablar con el señor Gabriel.

—En realidad quería hablar contigo, Míriam. —Esa voz, no podía ser cierto—. Te he visto salir de la agencia muy apresurada y, ¿has llorado? Te dije que Gabriel no era bueno para ti.

—¿Qué quieres, Sergio? Gabriel te dijo que me dejaras tranquila.

—Pero Gabriel ya no está en el juego, ¿cierto? Sé que ella le ha visitado, aunque ha estado conmigo durante mucho tiempo, siempre pensó en él y ahora que Gabriel está de vuelta, quién sabe, tal vez retomen viejas costumbres, como el sexo, por ejemplo.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes, estoy seguro de que sí. Gabriel no te merece, Míriam, eres demasiada mujer para él solo.

—Vete a la mierda —dije, y colgué.

Tiré el móvil sobre el asiento del coche y vi el sobre, ese que un mensajero había dejado para mí en la recepción de la agencia. ¿Y si era algo que me enviaba Sergio? ¿Y si tenía que ver con esa mujer que había visto en el despacho?

¿Era de ella de quien me había hablado Paula aquella mañana en casa de Gabriel? ¿Sería que quería volver con él? ¿Y él estaría dispuesto?

Dios, me iba a volver loca con tantas preguntas. Dejé caer la cabeza en el reposacabezas y, unos segundos después, cogí el sobre.

Pero lejos de ver fotos de Gabriel con esa otra mujer, lo que vi fueron fotos mías con él en muchos de los sitios en los que habíamos estado juntos, incluso esa primera noche en el local de copas donde me hizo tener un orgasmo en el cuarto de baño.

¿Cómo demonios habían conseguido esa foto? Porque se nos veía a los dos claramente, yo tenía los ojos cerrados y una cara de placer que me avergonzaba.

Había una nota que, al leerla, me dejó helada por completo.

«¿En qué momento te convertiste en la puta del millonario, Míriam? No creo que esto le vaya a gustar a tus padres. ¿Es por eso por lo que no quieres hablar conmigo? Te pedí perdón mil veces y que me dieras otra oportunidad porque te amaba, y como un tonto he estado llevándote flores para ver si te reconquistaba, pero ahora veo que no eres más que la puta de otro»

No podía ser, ¿esas fotos las había hecho Raúl? ¿Incluso la del reservado donde habíamos estado cenando Gabriel y yo el sábado?

¿Era él quien me había estado llevando las flores hasta esa misma mañana?

Arranqué el coche y me fui hacia mi casa donde sabía que encontraría esas flores, quería leer la nota y ahora que tenía algo con lo que poder ir a la policía, lo mejor sería hacerlo.

Cuando salí del ascensor y vi las flores en el suelo las cogí, eran distintas a las otras y la nota también lo era.

«No eres más que una puta que se abre de piernas por un puñado de dinero»

Entré en casa y dejé todo en la cocina, cogí una botella de agua de la nevera y me la bebí de un sorbo.

Mi móvil empezó a sonar y ahí sí que vi que era el número de Gabriel, pero no respondí, no quería hablar con él.

Había roto de manera verbal nuestro contrato y eso era tan válido como firmar un papel.

A quien llamé fue a Paula para preguntar cómo era la mujer de la que me había hablado y, cuando describió a la que había visto en el despacho de Gabriel, cerré los ojos notando cómo me caían las lágrimas por las mejillas.

—Cielo, ¿qué te pasa? ¿Por qué querías saber…?

—La he visto en el despacho de Gabriel, sin camisa ni sujetador, y parecían a punto de besarse o sabe Dios qué más —contesté sin dejar que acabara de preguntar.

—Y no has hablado con él, intuyo.

—No, le he dicho que nuestro contrato se ha acabado.

—Cielo, ese hombre no te va a dejar ir, así como así.

—Me ha llamado Sergio, al parecer está al tanto de que esa mujer ha ido a su despacho.

—No es solo que esté al tanto, Míriam, es que esto es cosa suya. Ella sigue estando con él, y si ha ido al despacho de Gabriel ha sido precisamente para que tú los vieras juntos. Sergio te quiere a toda costa, y con esto me lo acaba de demostrar. Deja que hable con Gabriel, ¿de acuerdo? Te llamaré pronto —dijo, y me colgó.

Capítulo 28



Paula me llamó esa misma tarde para venir a mi casa, pero le pedí que no lo hiciera, quería estar sola porque ya no era únicamente el hecho de haber visto a Gabriel con otra, sino el que mi ex me hubiera estado siguiendo durante semanas.

Y con sus palabras me recordó aquel pasado del que tanto había tratado de olvidarme y que aún pesaba como una losa en mi alma.

Todo había vuelto de golpe, todo eso que le conté a mi antiguo jefe y que nadie más que él sabía. Eso que cuando me quedé dormida en el sofá reviví como si pasara en ese momento.

Los gritos de aquella tarde, la mirada de Raúl fuera de sí, el olor a *whisky* que desprendía, la manera en la que me zarandeó y cómo se dirigió a mí.

Unos días antes había tenido una de esas fiestas de la agencia y muchas de las fotos se subieron a las redes. Me vio en una de ellas con mi jefe y dijo que me miraba de un modo en el que ningún jefe debería mirar a su asistente, por no hablar de que, según él, yo sonreía mucho en las fotos en las que salía con el señor Martín.

Había bebido, se le notaba, y la rabia con la que me llamó puta aquella noche, acompañada de la primera bofetada que me dio, no se me olvidarían nunca.

Tras ese golpe caí al suelo y siguió insultándome, diciendo que no valía nada y que me abría de piernas por dinero. Me levanté del suelo tratando de no llorar y le eché de mi casa, le dejé en ese mismo momento porque no iba a soportar que me pusiera una mano encima nunca más.

Apenas había dormido cuando me metí en la cama, y acababa de despertarme sin ánimo de nada. Cogí el móvil y llamé a Anabel para decirle que no me sentía bien y que no iba a ir a la agencia.

Me preparé un café y me lo tomé en el salón, ni siquiera me apetecía salir a la terraza porque tenía la sensación de que Raúl estaría por ahí vigilándome.

Después de prepararme un segundo café escuché mi móvil sonar y vi que era el número de Gabriel. Esa no era la primera llamada que me hacía, pero no quería hablar con él.

Me recosté en el sofá y puse la televisión solo para que el sonido me hiciera compañía, porque no prestaba atención a lo que había en la pantalla.

El móvil volvió a sonar, suspiré, lo cogí con la intención de silenciarlo y vi que era el número de Martín, mi antiguo jefe.

—Míriam, ¿qué te ocurre, hija? —preguntó cuando descolgué— Me ha dicho mi sobrino que ayer te fuiste de repente, que hoy no has ido y no le coges las llamadas.

—Nada, solo estoy un poco indispuesta.

—A ver, que nos conocemos desde hace mucho, a mí cuéntame la verdad y, si puede ser, con un café. ¿Estás en casa?

—Sí.

—Pues en media hora me tienes allí. —Y colgó.

No me lo podría creer, de verdad que no, solo porque no le había cogido el teléfono a Gabriel se atrevía a llamar a su tío a sabiendas de que a él sí le atendería la llamada.

Fui a darme una ducha y a cambiarme el pijama, pues la tarde anterior estaba tan baja de ánimo que ni de ducharme tuve ganas.

Preparé café y justo media hora después, tal como había dicho, Martín estaba llamando al telefonillo y le abrí.

Serví los cafés en las tazas, con unas pastas que tenía de la pastelería de abajo, y nada más dejarlo todo en la mesa junto al sofá, entró mi antiguo jefe.

—Vaya cara tienes —dijo dándome un abrazo—. ¿Mal de amores? —Arqueó la ceja.

—No hay nadie….

—No mientas, que mi sobrino me lo ha contado.

—¿Qué te ha contado, exactamente?

—Todo, que estabais conociéndonos como hombre y mujer, y no solo como jefe y asistente.

—Entonces te habrá dicho también que le vi con otra en el despacho, y no era la primera vez.

—Sí, le he dicho que un tremendo idiota por hacer eso sabiendo que podrías pillarle, pero me dicho que sabe que fue una trampa de esa mujer, con la que hace mucho que tuvo algo, y de alguien a quien conoce y que al parecer está interesado en ti.

—Así que Paula le contó su teoría.

—Veo que conoces a Paula —sonrió—. Es una mujer encantadora.

—Sí que lo es.

—A ver, cuéntame que más te tiene así —dijo mientras se sentaba y cogió una de las tazas de café para dar un sorbo.

Suspiré y le dije lo del sobre que me había hecho llegar Raúl a la agencia, así como lo de las flores. En cuanto le dije lo que ponía en la nota del sobre apretó la mandíbula, mi ex volvía a repetirme de nuevo aquellas palabras que me dijo cuando pensaba que me acostaba con él y suspiró de rabia.

No dudó en decirme que fuera a poner una denuncia en comisaría por acoso y que advirtiera a mis padres por si les hacía llegar esas fotos, para que no las vieran ni hicieran caso de sus palabras.

A sabiendas de que decirle eso a mis padres sería contarles la verdad de lo que me llevó a romper con él, lo hice, les llamé y se lo dije.

Mi madre lloró y me dijo que regresarían de su viaje para estar conmigo, pero me negué, les pedí que siguieran disfrutando de su aniversario y que a la vuelta hablaríamos.

Me dijeron que me querían y que debí haberles contado eso antes, pero entendieron que no estaba en condiciones de hablar con nadie sobre ese capítulo de mi vida amorosa, aunque en realidad sí se lo había contado a mi jefe.

En cuanto me cambié de ropa, él me llevó a la comisaría para que pusiera una denuncia a Raúl por acoso, y eso fue exactamente lo que hice.

El policía que me atendió dijo que se lo notificarían a él y me aconsejó que buscara un abogado para el momento del juicio, ya que estaba convencido de que le iban a imponer una orden de alejamiento.

Al salir de la comisaría me llevé la sorpresa de que Gabriel estaba allí, apoyado en el coche con ambas manos en los bolsillos mirando hacia el suelo.

—¿Le has llamado? —protesté mirando a Martín.

—Sí, porque es la primera vez que en mi vida veo a ese hombre realmente preocupado por una mujer.

—No tenías que haberle llamado.

—Míriam, te quiero como a una hija, y conozco a mi sobrino. Aunque no lo creas, y él no lo haya dicho —sonrió—, se ha enamorado de ti como tú de él.

—No me he enamorado de Gabriel —protesté.

—Por supuesto que lo has hecho. ¿Crees que mi hermana y yo no nos dimos cuenta en mi casa de cómo os mirabais cuando creíais que no podíamos veros? Como dice el refrán, «más sabe uno por viejo que por sabio» —volvió a sonreír.

—Creo que no era así, te lo has inventado.

—Tal vez, pero sabes que tengo razón.

Llegamos hasta el coche de Gabriel y al escuchar nuestros pasos levantó la cabeza y nos miró, o más bien me miró a mí, y sí que vi algo de preocupación en sus ojos.

—Hola, sobrino.

—Hola, tío —respondió y se acercó a mí—. ¿Estás bien, preciosa? —preguntó sosteniendo mis mejillas entre sus manos, mirándome a los ojos.

—Sí.

—¿Por qué has venido a comisaría? ¿Qué ha pasado? —Miró a su tío.

—Eso te lo tiene que contar ella, Gabriel, solo si está dispuesta a hacerlo.

—Dime que Sergio no ha intentado nada, porque juro que…

—No, no tiene nada que ver con Sergio. Él solo me llamó ayer, está claro que sabía que iba a verte con esa mujer en el despacho.

—Míriam, no pasó nada, sé lo que viste y lo que parecía, pero no pasó nada. Lo tenían todo preparado y yo trataba de hacer que bajara de la mesa para que se fuera.

—No me des explicaciones, no las quiero ni las necesito.

—Pero yo sí necesito dártelas, preciosa, porque no quiero que pienses que hay alguien más aparte de ti en mi vida, porque no es así. —Apoyó la frente en la mía—. Ven conmigo a casa, por favor, te invito a comer.

—Quiero estar sola, Gabriel.

—Y yo no puedo estar sin ti, mi vida. —Cuando le escuché llamarme así, sentí un nudo en la garganta y los ojos se me humedecieron, pero no lloré.

—¿Es que estás con los dos? —El grito de la voz de Raúl hizo que tanto Gabriel como yo, nos apartáramos mirando hacia donde estaba él—. No puedo creer que cambiaras tanto, que te hayas convertido en la puta de dos ricos.

—¿Quién eres tú? —gritó Gabriel.

—Es su ex —contestó Martín que seguía allí con nosotros.

—Sí, soy su ex porque así lo decidió ella, porque yo me he desvivido por recuperarla y ella se ha vuelto una maldita puta contigo.

—Vuelve a llamarla así —dijo Gabriel aparándose de mí para encararse con él— y juro que te mato aquí mismo.

—Gabriel —le llamó Martín, y cuando le miramos, vimos que venían un par de policías hacia nosotros.

No hizo falta que les dijéramos nada porque les había enseñado una foto de mi ex y en el momento en el que le reconocieron, se acercaron a él.

—¿Todo bien? —preguntaron mirándome.

—Me ha seguido —fue cuanto dije, ambos asintieron y le cogieron de inmediato.

—¿Qué hacen? Yo solo pasaba por aquí y este hombre ha amenazado con matarme —se quejó Raúl.

—No es lo que tenemos entendido, caballero. Esta mujer le ha denunciado por acoso.

—¿Que esta puta ha hecho qué?

—Te lo advertí. —Gabriel se lanzó a por él y le dio un puñetazo en la cara por el que hizo que se cayera al suelo.

Martín fue a apartarle para que no siguiera, uno de los policías se puso delante de él y el otro ayudó a Raúl a levantarse.

—¡Te voy a denunciar cabrón! Agentes, ustedes son testigos, me ha dado un puñetazo.

—Nosotros lo único que hemos visto es que usted se ha tropezado, ha caído y ha tenido la mala suerte de golpearse en la cara con la acera —dijo uno de los policías.

—Pero ¿qué coño dice? Me ha dado un puñetazo.

—¿Ha bebido, caballero? Tal vez por eso se ha caído usted… —comentó el otro.

—Esto es increíble. Le voy a denuncia a él por golpearme y a ustedes por ningunearme.

—Buena suerte con eso, andando, a comisaría.

—¡Te vas a arrepentir de esto, Míriam! —gritó mientras se lo llevaban.

—Creo que con esa amenaza le acaba de ahorrar al juez un tiempo de trabajo. Te lo van a

quitar de encima de rápido —me dijo Martín—. Bueno chicos, yo me voy, que he quedado en acompañar a tu madre al centro comercial.

—¿Me acercas a casa? —le pedí, implorándole con la mirada.

—Lo siento, pero si hago eso, mi sobrino es capaz de pincharme las ruedas antes de que mueva el coche. —Se encogió de hombros y me dio un beso—. Ve con él, tenéis mucho de lo que hablar.

Se despidió de su sobrino con un abrazo y le vimos alejarse. Gabriel entrelazó nuestras manos y cuando le miré tenía los ojos fijos en mí.

—Ven a casa, por favor, quiero que hablemos, de tu ex también, ya que estamos —dijo flexionando la mano con la que le había golpeado y vi que tenía los nudillos rojos—. Tiene una cara muy dura, eso desde luego.

—No debiste haberle pegado, porque podría denunciarte y eso te metería en un gran problema.

—Se lo merecía. —Me rodeó con el brazo por la cintura y me acarició la mejilla—. Nadie llama puta a mi mujer, ¿me oyes, preciosa?

Capítulo 29



Nada más llegar a su casa, Gabriel fue directo a la cocina para preparar dos cafés mientras yo le esperaba en el porche.

Me senté con las piernas flexionadas, abrazándome a mí misma con la barbilla apoyada en las rodillas, pensando en que tenía que volver a revivir una vez más aquella noche con Raúl.

—Toma preciosa —dijo ofreciéndome una de las tazas.

—Gracias —sonreí al cogerla.

Di un sorbo y suspiré mientras él se sentaba a mi lado, cerré los ojos cuando noté su mano, grande y cálida sobre la mía, acariciándola despacio. No dijo nada, simplemente se quedó ahí conmigo esperando pacientemente a que yo decidiera empezar a hacerlo.

Pero no me salían las palabras, aún no, no podía volver a hablar sobre aquello porque sabía que me rompería, que acabaría llorando delante de Gabriel y no quería que me viera hacerlo. No quería que me viera siendo la mujer débil que con él no me había mostrado en ningún momento, porque a él siempre le presenté batalla.

—Estás temblando —dijo, y me di cuenta de que así era—. Ven. —Me quitó la taza de café de la mano y, tras dejarla en la mesa junto a la suya, me cogió por la cintura para sentarme de medio lado sobre su regazo—. Cuéntame todo, preciosa. Hablar del pasado ayuda a liberarnos.

—Si lo hago, pensarás que soy débil y no la guerrera que te he mostrado en la agencia desde que llegaste.

—Escúchame, Míriam. —Sostuvo mi barbilla para que le mirara—. Para mí siempre serás una guerrera, mi guerrera —dijo sin apartar la mirada de la mía.

Y ahí me di cuenta de lo mucho que me gustaba el hombre que tenía delante, de cuánto le amaba y de que jamás iba a poder olvidarme de él ni estar con otro.

—¿Qué te hizo? —preguntó acariciándome la mejilla.

—Solo fue una vez, pero suficiente para mí. Esa misma noche le dejé y no quise volver a verle.

—Mi tío lo sabe, ¿verdad?

—Sí, se lo conté un día en su despacho cuando me encontró llorando.

—Quiero saberlo, mi vida —me abrazó fuerte junto a su pecho—, quiero que tengas la confianza de poder hablar de cualquier cosa conmigo.

—Me pegó —dije, notando cómo Gabriel se ponía rígido y su respiración se aceleraba—. Vio unas fotos en una de las fiestas de la agencia y, al igual que tú, pensó que me estaba acostando con tu tío.

»Esa noche, Raúl había estado bebido, llegó a mi casa furioso, gritando, me llamó puta y dijo que me abría de piernas por el dinero de mi jefe. Me golpeó y caí al suelo, continuó profiriendo insultos y cuando conseguí ponerme en pie, le dije que lo nuestro se había terminado.

—Hijo de puta —murmuró completamente tenso.

—Durante semanas, me estuvo pidiendo que le diera una segunda oportunidad y que lo perdonara, pero no lo hice. Aunque ya habían pasado unos meses, seguía llamándome y enviándome mensajes, así que decidí bloquearlo.

»Sin embargo, eso no detuvo sus intentos; empezó a dejarme flores en la puerta de mi casa. No tenía ni idea de que era él hasta ayer, cuando me dejaron un sobre en la agencia con esas fotos nuestras y un mensaje en el que me insultaba, diciendo que era una puta que se abría de piernas por dinero.

—Le has denunciado, entonces.

—Sí, y el policía me ha dicho que seguramente le pongan una orden de alejamiento. Voy a necesitar un abogado.

—Tienes a los de la empresa a tu disposición, por eso no te preocupes.

—Se me juntó todo, Gabriel. Ayer se me vino todo de golpe y necesitaba irme.

—Lo siento mucho, preciosa. —Me dio un beso en la mejilla y sentí mis lágrimas cayendo despacio por las mejillas—. Debí imaginar que Sergio haría alguna de sus jugadas, y que ella le ayudaría. Está anulada por él por completo, y eso me duele. Ella no era así, era una mujer libre y que aceptaba todo, pero tenía su carácter, igual que tú. Él la convirtió en un títere por lo que me ha dicho Paula.

»No la lleva a sus fiestas por si coindice conmigo, pero la lleva a otros lugares y deja que hagan con ella lo que quieran. Sé que ella disfruta, pero, aun así, no la tiene en exclusiva para él. Y ella le complace porque la ha instruido para ser la perfecta y obediente sumisa.

—Eso querías tú de mí.

—No, por Dios. —Me cogió ambas mejillas entre sus manos y me miró fijamente—. No quería eso, Míriam, no quería que anularte, yo solo… —Cerró los ojos y suspiró—. A veces necesito tener el control en el sexo, y sí, me gusta que me obedezcan cuando doy una orden porque soy un hombre dominante por naturaleza.

»Pero jamás anularía a una persona ni la privaría de su libertad. Nunca te haría a ti algo así, créeme. Te quiero como eres, Míriam, con esa fuerza y ese carácter, y también cuando te muestras sensual y obediente.

—¿Has dicho, que me quieres?

—Lo he dicho, ¿verdad? —Arqueó la ceja con una sonrisa de medio lado.

—No me digas esas cosas, por favor.

—¿Por qué no iba a decirlas si es lo que siento, preciosa? —Me acarició las mejillas con los pulgares y me besó en los labios— Te quiero, Míriam.

—Pero si tú no podías amar a nadie.

—Hasta que llegaste tú —sonrió.

Volvió a besarme y en ese instante Gabriel consiguió que me olvidara de todo: de mi ex; de Sergio y de esa mujer que habían querido separarme de él.

Nos dejamos llevar por el momento y nuestras manos comenzaron a moverse por su cuenta, explorando el cuerpo del otro, acariciando suavemente por debajo de la ropa. Sintiéndonos la piel, y con cada toque, notábamos cómo se erizaba cada centímetro que tocábamos.

Se puso en pie, llevándome consigo, y se dirigió hacia su habitación. Me recostó en la cama y, con cierta prisa, se desnudó hasta quedarse solo con los bóxeres. Luego regresó a mi lado, besándome despacio mientras su mano se deslizaba por mi cuerpo lentamente.

Me sacó la camiseta, acarició mi piel con sus labios y se deshizo también del sujetador, mientras lamía mis pezones con una ternura que me hizo estremecer de placer. Descendió dejando un rastro de besos por mi abdomen y empezó a desabrochar mi pantalón, ese que fue bajando despacio. Me quitó los zapatos y los pantalones, y luego volvió a subir, llenando de besos suaves una de mis piernas.

Jadeé al notar que besaba mi entrepierna, esa que ya estaba húmeda y excitada esperando su turno.

Deslizó la lengua en una tortuosa lamida por mi zona sin quitarme el tanga y siguió así unos minutos que me parecieron interminables.

Cuando por fin llevó las manos a mi cintura y me quitó esa última prenda de ropa que me quedaba, separó un poco más mis piernas colocándolas sobre sus hombros, elevando mis caderas y hundiendo el rostro para lamer y besar a su antojo.

Mi cuerpo reaccionaba a él, siempre lo hacía y siempre lo haría. Solté un gemido mientras me aferraba a las sábanas, sintiendo cómo su lengua seguía jugando de arriba abajo entre mis labios vaginales, entrando y saliendo despacio en la cavidad de mi vagina, notando que estaba cerca de alcanzar el clímax, pero me contuve porque sabía que él quería darme la orden para terminar.

—¿Por qué no te corres, preciosa? Sé que estás a punto —dijo mirándome y yo seguía con la respiración agitada.

—Porque solo puedo hacerlo cuando me das la orden.

—Eso se acabó, mi vida. —Lamió de nuevo y grité mientras me estremecía—. En la cama vas a correrte cuando quieras y necesites. Solo cuando entremos en esa habitación será cuando yo te lo diga. Así que, hazme el favor de darme eso que ahora quiero de ti.

Volvió a lamer al tiempo que me penetraba con dos dedos y alcancé el clímax, liberándome con un grito que nunca antes había escapado de mi garganta.

Me recostó de nuevo y tras situarse entre mis piernas comenzó a besarme el cuerpo hasta alcanzar mis labios, acercando su erección a mi vagina haciendo que deseara tenerle dentro.

—Gabriel. —Jadeé mientras movía las caderas, incitándole así para que me penetrara, haciendo que mi sexo húmedo y excitado rozara su miembro.

—¿Qué quieres, preciosa? —preguntó besándome el cuello.

—A ti —respondí completamente ardiendo y loca de placer y deseo.

—Dímelo, mi vida. Dime qué quieres.

—Te quiero a ti, Gabriel. Quiero sentirte.

—¿Quieres esto? —Me penetró apenas un poco con la punta de su miembro y gemí.

—Sí. —Arqueé la espalda.

—¿Me quieres a mí?

—Sí, Gabriel.

—Y… ¿quieres casarte conmigo?

—Sí…

Capítulo 30



Septiembre, el día nuestra boda…

Sí, leéis bien, porque hoy me casaba con Gabriel, el hombre al que quería y amaba con todo mi ser, y que me hizo esa pregunta meses atrás, a traición, para que le dijera que sí.

Cuando acabamos de hacer el amor aquella mañana en la que me soltó la pregunta y después me penetró para hacerme vibrar una vez más entre sus brazos, me dijo que estábamos prometidos y no me lo podía creer.

El resto se resume en que grité, me reí, le lancé la almohada a la cabeza por jugármela de ese modo, y que volvimos a decirnos que nos amábamos y que no queríamos separarnos nunca.

No lo hicimos, pues al día siguiente comenzamos con la mudanza de todas mis pertenencias para instalarme en su casa. Hablé con mis padres, decidimos poner mi apartamento en alquiler y comenzamos a organizar los detalles de la boda.

Lo hice con ayuda de Camila, justo después de que ella se casara con Lucas. La suya fue una boda íntima pero preciosa, y se fueron de luna de miel a París y Roma. Cuando regresaron, ella se ofreció para ayudarme con los preparativos de la mía.

El cáterin lo contratamos con la empresa con la que contábamos siempre para las fiestas de la agencia, y tal como le dije a Martín aquel día que comimos en su casa cuando me enamoré de ese jardín, la boda iba a celebrarse allí.

No éramos muchos, solo los esenciales, y con eso me refería a mis padres, su madre y su tío, mis niñas Anabel y Camila, Lucas y Mateo, el mejor amigo y socio de Gabriel, y también Paula.

Íntima y sencilla, pero sin duda un día que nunca iba a olvidar.

Anabel y Camila me ayudaron a prepararme para este día, una me peinó y la otra me maquilló mientras que las dos se encargaron de que al ponerme el vestido todo estuviera perfecto.

Toda novia que se precie se prueba un montón vestidos, al menos una docena, y solo uno es el que le roba el corazón, ese que la hace sentir como si se hubiera enamorado a primera vista,

como lo hizo de su futuro marido. Y eso fue exactamente lo que me pasó a mí cuando vi el vestido que hoy lucía para darle el «sí, quiero» a Gabriel.

Era un vestido de encaje en un hermoso tono marfil, de manga larga y un escote sutil que se ajustaba perfectamente a mi figura, como dijo la dependienta. La falda, compuesta por varias capas de un material muy ligero, se movía con gracia al caminar, creando un movimiento sutil y elegante.

Anabel me recogió el cabello en un moño bajo, decorándolo con alfileres en forma de flor en el mismo tono marfil del vestido. Además, me ayudó a colocarme un velo que hacía las veces de capa y cola, que arrastraba por el suelo.

El maquillaje, del que se encargó Camila, era en tonos suaves y naturales, resaltando mis labios con un bonito color rosa.

Me veía guapa, radiante y, sobre todo, feliz, porque lo estaba, y mucho.

Me había arreglado en la habitación que solía usar Gabriel cuando se quedaba en casa de su tío Martín, y allí seguía cuando mi padre llamó a la puerta.

—Hola, cariño —sonrió al verme.

—Hola, papá. —Me dio un abrazo.

—¿Nerviosa?

—Como un flan. —Reí.

—Pues quítate los nervios porque tu futuro marido no se ha dado la fuga.

—Más le vale, que me pidió esto a traición…

—Desde luego te lo pidió de un modo diferente, sí —sonrió, pues les expliqué a mis padres cómo había pasado, ya que tenía bastante confianza con ellos.

—Estás preciosa, me recuerdas a tu madre el día que nos casamos.

—Tú también estás muy guapo.

—¿Vamos?

—Sí. —Cogí el ramo de flores, con esos tonos cálidos que expresaban la esencia del otoño, y me agarré a su brazo para ir hacia la planta baja y salir al jardín.

Cuando lo vi, se me dibujó una sonrisa en los labios. Si ya de por sí era hermoso, con ese atardecer de fondo era una auténtica maravilla.

Habían colocado algunos faroles y guirnaldas de luces que iluminaban el espacio con una calidez perfecta, creando un ambiente de lo más romántico y acogedor.

El camino de piedra que llevaba a la pérgola también tenía pequeños faroles, de modo que todos nos veían llegar.

En la pérgola, estaba preparada la mesa con un mantel de lino en tono suave con un centro de mesa que combinaba dalias, girasoles y hojas doradas que le daban un toque otoñal precioso.

A un lado, estaba Gabriel bajo un arco con esas mismas flores junto al cura que, a lo largo de los años, había casado a Isabela primero y a Martín después, y que bautizó a Gabriel.

Mi futuro marido estaba guapísimo con aquel traje *beige* y la camisa color marfil, sin corbata ni pajarita, porque decía que quería estar cómodo.

No pude evitar que algunas lágrimas se deslizaran por mi rostro, y cuando llegué a su lado, las retiró con sus pulgares mientras me miraba fijamente.

—Estás preciosa, mi vida.

—Y tú muy elegante —sonreí.

Todos estaban guapísimos, con trajes en tonos claros y otoñales, mi madre e Isabela sonreían al verme con la lagrimilla en los ojos, y mis amigas igual.

El cura comenzó con la ceremonia y en todo momento Gabriel y yo estuvimos cogidos de la mano, dejando claro que así sería siempre, que jamás íbamos a soltarnos el uno al otro.

Mateo era el encargado de darnos los anillos, nos los pusimos y entrelazamos las manos antes de dedicarnos unas palabras el uno al otro, como habíamos planeado. Empezó Gabriel.

—Siempre dije que nunca iba a poder enamorarme, pero entonces apareciste tú, y todo cambió. Entraste en mi vida con decisión, pisando fuerte, y entendí que no es que no pudiera enamorarme, sino que te había esperado a ti. Eres mi inspiración, mi alegría y mi amor eterno. Prometo que jamás voy a soltarte la mano.

Sonreí mientras algunas lágrimas se deslizaban por mis mejillas, y él las secó de nuevo antes de que hablara yo.

—No voy a negar que desde que nos conocimos supe que serías mi tormento, porque mira que eras un CEO exigente… —Volteé los ojos y todos rieron, incluso él—. Pero en el fondo mi corazón supe, incluso antes que fuera consciente, que eras especial. Sin que me diera cuenta, entre risas y pasión surgió el amor. Tú eres mi refugio y mi fuerza, y cada momento a tu lado es un regalo que atesoro. Prometo que te apoyaré y amaré siempre, y que jamás voy a soltarte la mano.

Compartimos ese primer beso convertidos ya en marido y mujer, y nos abrazamos mientras yo

seguía llorando.

—Menos mal que llevas maquillaje todoterreno —me dijo Camila al abrazarme para darme la enhorabuena—. Estás llorando más que yo el día de mi boda.

—Calla que todavía nos queda la de Anabel. —Reí al verla a su lado.

—¿La mía? Pero si ni siquiera tengo novio —resopló.

—Porque no quieres, porque sé de cierto subdirector que está loquito por tus huesos —contestó Camila.

—Y se me resiste —dijo el aludido que se acercó en ese momento por detrás y rodeó a Anabel con el brazo por la cintura—. No sé qué más hacer para que entienda que me he enamorado de ella. —La miró, y Anabel se quedó más callada que una estatua.

—No bromee con eso, jefe —le pidió ella.

—No es broma, y acabarás creyéndome.

Cuando se fue para charlar con Lucas y Gabriel, Camila y yo la miramos con la ceja arqueada.

—A ver, nena, que hasta a ti se te nota que te mojas con su sola presencia.

—Joder, Camila, qué bruta eres. —Reí.

—Vale, espera que voy a sacar un poquito de finura. —Carraspeó—. Anabel, cariño, que se te nota a la legua que cuando ese hombre está cerca, te pones nerviosa, se te acelera el corazón, te sonrojas y te brillan los ojos, te has quedado pillada por él y el miedo te paraliza.

»Pero una cosa te digo, ese hombre tiene cuarenta años y le da mil vueltas al niñato con el que salías, y si dice que se ha enamorado es porque lo ha hecho, porque tú vales más de lo que imaginas y porque él ya no piensa solo con lo que tiene entre las piernas.

—Y hasta aquí la finura de Camila, damas y caballeros. —Volteé los ojos.

—Dime que no tengo razón, Anabel.

—Sí, sí que la tienes, pero yo…

—Cariño —le acaricié la mejilla—, acepta un consejo de alguien que ha pasado por algo parecido. Deja el miedo a un lado y lánzate, porque si algo tengo claro es que cuando el hombre indicado se pone en tu camino, ni, aunque te alejes se olvidará de ti.

—¡¡Viva la novia!! —gritaron mi madre e Isabela, y las tres miramos y sonreímos.

—Qué borrachera van a coger esas dos, que llevan a base de copitas desde hace ya una hora y media. —Rio Camila.

—Pues mira, voy a unirme a ellas, que creo que voy a necesitar mucho alcohol hoy para no morirme de vergüenza con mi jefe tan cerca —dijo Anabel y fue hacia donde estaban ellas dos.

—Un año les doy para que se casen —le dije a Camila.

—Esta noche se deshace entre sus brazos, ya verás.

—La madre que te parió. —Reí.

Nos unimos a la mesa con el resto del grupo, besé a mi marido y nos sentamos para disfrutar de ese cóctel previo a la cena. Las risas no se hicieron esperar, y entre bromas, nos pedían que nos besáramos. Además, había esas miradas llenas de complicidad compartidas con él, haciendo que el momento fuera aún más especial.

El resto de la velada continuó de la misma manera; disfrutando de la comida, brindando por los novios, por mis padres, por mi suegra y por mi flamante tío, y por todos nosotros en general, hasta que llegó el momento de abrir el baile. Fue entonces cuando Gabriel y yo nos quedamos bajo las luces de los faroles y las guirnaldas, en medio del jardín.

Comenzó a sonar *A la primera persona* de Alejandro Sanz, y apoyé la cabeza en el pecho de mi marido que me llevaba en aquel baile suave y lento a la perfección, como hacía cuando bailábamos bachata.

Sentía que cada una de esas palabras podíamos hacerlas nuestras, porque, aunque había habido otras mujeres en su vida y otros hombres en la mía, nosotros siempre estuvimos destinados a encontrarnos y estar juntos.

Cuando la canción estaba acabando, noté que Gabriel me acercaba más a él, acariciando mi espalda con ternura mientras de fondo sonaba una frase que, sin duda alguna, me estaba diciendo a mí, y al mismo tiempo yo se la decía a él.

«Y es que a la primera persona que no me quiera juzgar, pienso entregarle caricias que yo tenía guardadas…»

Capítulo 31



La luna de miel había sido un misterio para mí hasta que llegamos al aeropuerto de nuestro destino, porque mi querido marido me llevó durante todo el camino con los ojos vendados y unos cascos de esos de obrero en los oídos para que no pudiera escuchar nada.

Por eso cuando aterrizamos y me liberó de todo, me quedé sin palabras.

Me había llevado a Bali, y nuestro viaje empezó nada más poner un pie en el aeropuerto Ngurah Rai, en Denpasar, la capital de la isla.

Lo primero que hicimos fue coger un par de tarjetas para el móvil para no estar incomunicados durante los días que pasaríamos allí. Nos subimos a un taco que nos llevó hasta el hotel que había reservado Gabriel en Ubud.

Tras el trayecto, y una vez hicimos el registro, dejamos nuestras cosas en la habitación que era una pasada, preciosa, amplia y con una decoración digna de un hotel de lujo, con una cama de tamaño extragrande, y salimos para dar una vuelta por el centro de Ubud.

—Esto es precioso —dije al empaparme de aquel ambiente balinés.

Y me quedé impresionada cuando llegamos a uno de los templos, el Pura Taman Saraswati, donde la belleza resaltaba aún más con esos estanques llenos de flores de loto.

Nos hicimos un montón de selfis y fotos, caminábamos de la mano y los dos sabíamos que aquel iba a ser un viaje que sin duda nunca olvidaríamos.

Visitamos el histórico Ubud Palace y el mercado Pasar Tradicional Ubud, donde, además, aprovechamos para comer unas deliciosas *sate lilit*, que eran unas brochetas de carne y también de pescado mezcladas con especias y coco rallado, enrolladas en un palito de bambú y asadas a la parrilla.

Acabamos el día en el Monkey Forest que, como bien indica el nombre, era un bosque lleno de monos en el centro de Ubud.

Había muchas mamás cargando en brazos a sus crías, y eran estas las que más se acercaban a

los turistas que iban con niños como diciendo «yo también te presento a mi bebé». Me senté en un rincón que me gustó para hacerme una foto y, en apenas unos minutos, me vi rodeada de varios monos que se me subían por la espalda.

—Corre, Gabriel, que me atacan —le dije con una sonrisa, pero con un poquito de miedo.

—No te atacan, mi vida, solo están curioseando.

—Una leche, este me ha quitado la goma del pelo —protesté señalando al que acababa de deshacerme la coleta—. Gabriel, que se ha puesto a espulgarme, y no tengo piojos.

—Estate quieta, anda, que les doy un poco de pan para que te liberen.

—Eso, eso, paga mi rescate que me quieren secuestrar los monos —dije, y el muy cabrito soltó una carcajada.

Pero al menos con el pan que habíamos comprado para darle a alguno de esos simpáticos monos que querían despiojarme o quitarme los pelos, consiguió que se marcharan.

Me había hecho varias fotos y la verdad es que parecía que todos posaban para ellas antes del momento melena al viento, quedaron bastante bonitas y divertidas.

Regresamos al hotel y tras una ducha, nos metimos en la cama y caíamos agotados. Ya el segundo día empezaría realmente nuestra aventura en Bali.

Desayunamos en la habitación con unas vistas dignas de postal y bajamos para alquilar la moto con la que nos moveríamos por allí.

Por suerte, mi marido sabía conducirla porque si dependíamos de mí, habría cogido un taxi para los desplazamientos.

Ese día lo dedicaríamos a conocer los alrededores de Ubud. Empezamos por Tukad Cepung Waterfall, que era una cascada preciosa iluminada por el sol que discurría por una apertura cavernosa y a la que se llegaba a través de una ruta por la selva.

Gabriel se había informado, y la mejor hora para visitar la cascada era a primera hora de la mañana, de modo que no nos encontráramos con mucha gente y pudiéramos hacer las mejores fotos.

Y sí, resultó que aquella primera visita hizo que me enamorara de la cascada más impresionante y bonita que había tenido el placer de ver en mi vida.

De allí fuimos a Penglipuran Village, un pueblo típico balinés donde nos adentramos de lleno en la cultura local y disfrutamos de la gastronomía, como el *bebek betutu*, que era un pato marinado y cocido lentamente en hojas de plátano que le daba un sabor tierno y jugoso increíble.

Antes de salir del hotel, Gabriel me dijo que me pusiera el bikini, no tenía ni idea de para qué

o si pretendía que nos lo montáramos en medio de la selva y nos detuvieran por escándalo público, pero al llegar al siguiente lugar que visitaríamos ese día, agradecí el habérmelo puesto.

Se trataba de Suwat Waterfall, un lugar de fácil acceso y donde, a diferencia de en la otra cascada en la que habíamos estado, sí era perfecta para darse un chapuzón.

Y menudo bañito me di, que hasta fotos me hizo mi marido porque decía que con esa luz y el agua cayendo por mi cuerpo me veía impresionante.

Tras secarnos y ver las fotos que habíamos hecho, retomamos el camino hacia la siguiente parada, Goa Gajah, un templo hindú con varias siluetas de dioses talladas en piedra que eran realmente impresionantes.

Acabamos ese segundo día en Bali dando un paseo por la naturaleza en Campuhan Ridge Walk, donde caminábamos rodeados de campos de arroz, cuyo verde era tan vibrante que quedaban unas fotos preciosas.

Al igual que el día anterior, regresamos al hotel, cenamos y tras una ducha nos metimos en la cama, solo que dormir… dormimos poco.

Y así estaba yo en este tercer día de viaje cuando mi marido me despertó a horas intempestivas.

—Vamos dormilona, que tenemos que irnos —dijo mientas me besaba el cuello.

—Pero si no ha salido ni el sol —protesté abriendo solo un ojo.

—Es que vamos a ver amanecer.

—Vamos hombre, no me fastidies. —Me tapé de nuevo.

—Levanta y vístete, o juro que te llevo así a la calle.

—Gabriel, que estoy desnuda.

—Exacto, así te llevo.

—Y serías capaz. —Le miré con los ojos muy abiertos.

—Y de follarte delante de todo el que quisiera mirar, sí.

—Serás. —Le di con la almohada en la cara y se echó a reír.

Pero sí, me levanté y me vestí a pesar del madrugón. Después de tomar un desayuno rápido, nos preparamos para la excursión, donde teníamos un guía y transporte reservado, junto con otros viajeros.

Tras el trayecto en aquellos todoterrenos, llegamos hasta el volcán Batur, nos subieron hasta la cima y allí disfrutamos de un bonito amanecer que no dudé en inmortalizar con la cámara del móvil en un vídeo que quedó perfecto.

—¿Ha merecido la pena lo de dormir poco? —preguntó.

—Sí, pero no me lo hagas más que se supone que estoy de vacaciones —le advertí.

—Vale. —Rio y me dio un beso en los labios.

Después ver aquello, nos volvieron a llevar hasta la base del volcán y de allí fuimos a las terrazas de Tegalalang, donde comimos y disfrutamos de la preciosa piscina infinita que había allí con unas vistas a las terrazas que eran una maravilla.

La siguiente parada fue en el templo Gunung Kawi, tallada directamente en la roca y, aunque para acceder a él había que bajar más de trescientos escalones, merecía la pena porque aquel era un paraje precioso que disfrutar.

Cenamos en la calle, en un puesto cerca del hotel donde vi que tenían un arroz que me llamó la atención y quise probar. Se trataba de *nasi goreng*, un plato de arroz frito servido con pollo, marisco y verduras, y acompañado de un huevo frito encima. Buenísimo, así estaba.

—¿Estás disfrutando del viaje, preciosa? —me preguntó Gabriel cuando regresábamos al hotel, caminando con el brazo por mis hombros y yo agarrándole por la cintura.

—Sí, mucho —sonreí—. Me encanta todo, de verdad, es un lugar con rincones preciosos, y si no fuera por el trabajo, me quedaría aquí un mes.

—Volveremos siempre que quieras, este no será nuestro único viaje.

—Pues más vale que hagamos muchos antes de que lleguen los niños. —Carraspeé.

—¿Quieres que lleguen pronto? —sonrió de medio lado.

—Yo no, tu madre y tu tío, sí. —Reí.

—Bueno, tal vez en un par de años.

Y para acabar el día, una ducha, un masaje en la espalda y… me dormí.

Capítulo 32



Los días en Bali habían ido pasando entre risas y sorpresas, y aún me costaba asimilar que Gabriel, quien al principio me parecía tan serio y distante, pudiera disfrutar tanto de todo lo que este hermoso lugar tenía para ofrecer. Era un hombre que, a primera vista, parecía frío y exigente, pero a medida que pasaba el tiempo, comenzaba a mostrarme su lado más divertido y relajado. Cada rincón de esa isla mágica nos regalaba momentos inolvidables, y me encantaba ver cómo se iba abriendo a la experiencia, dejando atrás esa fachada de seriedad.

Habíamos visitado Bedugul y los tres lagos, un lugar precioso donde me tomé fotos sola y con mi marido con la cascada Leke Leke Waterfall de fondo, una maravilla a la que llegamos por un sendero y desde la que fuimos hasta el templo Pura Ulun Danu Beratn situado a orillas del lago que llevaba su nombre.

No menos impresionantes fueron las cascadas Banyumala y Banyu Wana Amertha a las que se accedía rodeando el volcán Bratan. Como tampoco lo fue visitar y disfrutar de las vistas que ofrecía Jatiluwih Rice Terrace, uno de los arrozales más bonitos y considerado Patrimonio de la Humanidad por la *UNESCO*.

Otro de los días, mi marido me llevó a un lugar que parecía un verdadero paraíso en la tierra. Así lo sentí cuando visitamos algunas de las mejores playas del sur de Bali. Allí, me bañé y tomé el sol, así como disfruté de la deliciosa gastronomía local. Cada momento estaba lleno de cariño, con los abrazos y besos de mi marido, mientras capturábamos un sinfín de fotografías que se convertirían en recuerdos imborrables de un viaje maravilloso.

Pero esas no fueron nada comparadas con las playas del día anterior, ese en el que visitamos las que había en la península de Bukit y Uluwatu.

Nyang Nyang Beach era un lugar impresionante, y lo más curioso es que había un avión posado en la cima de un acantilado, que ofrecía unas vistas espectaculares.

Solo que no eran ni remotamente comparables con el atardecer más bonito que había visto en mi vida, y lo disfruté desde el famoso templo de Uluwatuk, donde, además, cada tarde ofrecían un espectáculo de danza tradicional balinesa que fue, al igual que contemplar el atardecer en Bali desde los acantiladas de ese templo, realmente impresionante.

Hoy había sido nuestro último día y decidimos explorar Ubud una vez más, disfrutando de un paseo relajado por cada uno de sus rincones y comprando algunos recuerdos para nosotros y el resto de la familia.

Después de una rica cena, regresamos al hotel. Mientras yo me daba una ducha, Gabriel estaba hablando con Mateo por teléfono, por una reunión en la que querían que estuviera también él como jefe de la agencia. Por suerte, entendieron que estaba de luna de miel y decidieron posponerla unos días más.

Tenía los ojos cerrados mientras notaba el agua cayendo por mi cuerpo y sonreí al pensar en la de recuerdos que me llevaba de este viaje, y las ganas que tenía de empezar mi vida con Gabriel como marido y mujer oficialmente.

En la agencia fue una sorpresa para todos que nos casáramos, pero claro, los más entendidos en esto del amor, decían que era normal que, pasando tantas horas juntos, nos hubiéramos acabado enamorando.

Si ellos supieran que empecé odiando a ese hombre y pensando que me haría la vida imposible en el trabajo…

—Hola —susurró abrazándome desde atrás y me dio un beso en el cuello.

—Hola —sonreí.

—Hum, qué tentadora está mi mujer esta noche —dijo mientras deslizaba las manos por mi abdomen.

—Y mi marido muy juguetón, por lo que veo.

—Es que me provocas con tu sola presencia. —Hizo que me girara y comenzó a besarme en la comisura de los labios.

Poco a poco dejó suaves y cortos besos en ellos y nos abrazamos, sintiendo el calor de nuestros cuerpos mezclándose con el del agua que nos cubría por completo.

Sus manos buscaban cada rincón de mi cuerpo al igual que las mías buscaban el suyo, tocando y acariciando, sintiendo el modo en el que la piel se erizaba, algo que me gustaba disfrutar de nuestros encuentros porque sabía que ninguna otra mujer le había hecho erizarse como lo hacía yo.

Me dio la vuelta de nuevo y pegó mi espalda a su cálido pecho, rodeándome con los brazos por la cintura mientras sus labios dejaban un camino de suaves besos de un hombro al otro.

Masajeó mis pechos y me estremecí en el momento en el que sus dedos comenzaron a jugar con mis pezones.

Los pellizcaba y tiraba de ellos a cada poco, haciendo que un gemido tras otro saliera de mi

garganta mientras cerraba los ojos y movía las caderas buscando el roce de su miembro entre mis nalgas, ese que encontré erecto y preparado para mí.

Se arrodilló a mi espalda y, tras separar mis piernas, comenzó a deslizar la mano por mi zona íntima, cubriéndola por completo, haciendo que me excitara más y más. Grité cuando me penetró con el dedo y, tras unos breves pero intensos segundos así, me pidió que me girara hasta quedar frente a él.

No tardó en colocar una de mis piernas sobre su hombro y comenzar a darme placer y hacer que me enloqueciera con su lengua deslizándose de manera juguetona entre mis labios vaginales.

Gabriel me llevó así al orgasmo y cuando se incorporó para besarme, envolví su miembro con la mano y comencé a jugar yo también, porque ese era un juego para dos, porque tanto él como yo disfrutábamos al darle placer a nuestro amante, amigo y compañero de vida que habíamos elegido para siempre.

Al igual que hizo primero, me arrodillé yo para acoger su miembro en mi boca y que sintiera el placer, ese que yo misma notaba cuando le escuchaba exhalar al notar mis labios envolviéndole.

Seguí así hasta que le escuché gritar con más fuerza y me aparté, volví a besarle y dejé que tomara de nuevo el mando de la situación puesto que, al fin y al cabo, él siempre sería mi dominante y yo su fiel y obediente amante.

Llevó mis manos hacia la pared, me apoyé en ella y tras separar las piernas como me pedía con una de sus rodillas, elevé las caderas y comenzó a penetrarme con fuerza mientras me agarraba con una mano en la cadera y con la otra masajeaba y pellizcaba uno de mis pezones.

Los gemidos y gritos que salían de mi boca se mezclaban con el agua cayendo por nuestros cuerpos y acabando en nuestros pies, así como con el sonido de nuestras pelvis encontrándose en cada nueva y profunda embestida con la que Gabriel arremetía contra mí.

Sentía cómo mi cuerpo se preparaba de nuevo para el clímax y él, que conocía bien cada una de mis reacciones, aumentó el ritmo hasta hacerme gritar de nuevo al liberarme.

Sin dejar que me recompusiera me giró, cargándome en brazos por la cintura y, tras pegar mi espalda a la pared de la ducha, embistió de nuevo hasta llenarme por completo con su miembro.

Lo hicimos mirándonos el uno al otro, compartiendo esos gemidos y jadeos mezclados con algún que otro beso y mordisco en los labios, y dejamos que nuestros cuerpos hablaran y se liberaran.

Estallamos llegando al clímax al unísono, gritando mientras Gabriel seguía entrando y saliendo de mí hasta hacer que el orgasmo, intenso como ningún otro que hubiéramos sentido, nos hiciera quedar laxos abrazados el uno al otro y aún unidos por nuestros sexos.

Nos besamos, y en cada uno de esos besos iban las promesas que nos hicimos el día que nos

casamos, iba ese amor que los dos sentíamos y siempre sentiríamos hacia el otro, y la fidelidad que habíamos tenido desde el momento en el que firmé aquel contrato.

Ahora nos unía otro contrato, uno en el que además de sexo consentido y cargado de momentos de juegos eróticos, había el compromiso de que nos amaríamos el resto de nuestra vida y cuidaríamos el uno del otro, así como de los hijos que en un futuro llegaran para llenar nuestros días de dicha y felicidad.

—Te quiero, preciosa —dijo mirándome fijamente, una vez los dos habíamos recobrado el aliento.

—Yo también te quiero, jefe.

—¿Jefe? —Arqueó la ceja.

—Obvio, no voy a dejar de trabajar en la agencia, voy a seguir siendo la asistente del CEO exigente.

—¿Exigente, yo?

—Sí, tú, señor Gabriel. Eres un CEO muy exigente, el más exigente para el que he trabajado en mi vida.

—Y, aun así, te has casado conmigo —sonrió de medio lado.

—Ya ves, las locuras que puede hacer una persona cuando se enamora —resoplé.

—Te amo, Míriam, y te amaré hasta que me fallen las fuerzas y se me vaya la vida.

—Pues a tus años, más vale que tengas cuidado, que en treinta igual te da un chungo y enviudo.

—Serás bruja. —Rio.

—Sí, sí, bruja debo ser porque hago que se levante cierta cosita y sin tocarla. —Me encogí de hombros.

—No puedo contigo, mujer. —Rio de nuevo—. No cambies nunca, preciosa.

—Ni tú tampoco, quiero que siempre seas mi CEO exigente.

Epílogo



Seis años después…

Quién iba a decir que, poco más de seis años atrás, cuando conocí al nuevo jefe de la agencia, iba a estar en este momento de mi vida con él, con lo que le odiaba al principio.

Pero sí, aquí estábamos, felizmente casados y compartiendo momentos de risas, así como de pasión, porque esos juegos en el cuarto que había en nuestra habitación seguían siendo habituales. A veces, él me pedía entrar y otras, era yo quien le esperaba allí con la puerta abierta y dispuesta para él.

Obvio que seguía trabajando en la agencia como su asistente, porque había entendido que su tío Martín tenía razón cuando le decía que no iba a encontrar a ninguna otra como yo.

Compaginábamos muy bien la vida en pareja con la profesional, y, sobre todo, la vida familiar con nuestros dos hijos, Miguel y Alejandro, nombre que llevaban con orgullo por sus abuelos, paterno y materno respectivamente.

Ahora tenían cinco años y eran un par de gemelos igualitos a su padre, y es que cuando nos dijeron dos meses después de volver de la luna de miel que esperábamos dos bebés, Isabela, mi suegra, dijo que el padre de Gabriel tuvo un hermano gemelo que murió siendo apenas un bebé.

En ese momento hablé con Gabriel y los estuvimos de acuerdo en que, si venía un tercer hijo sería bienvenido, pero, si no, tampoco nos importaba porque con dos la casa estaría llena de alegrías igualmente.

Amábamos a nuestros hijos con locura, y qué decir de los abuelos. Mis padres encantados con los gemelos, que se los quedaban muy a menudo para que nosotros pudiéramos salir a desconectar del día a día y tener esos momentos de intimidad.

Y tanto Isabela como Martín, disfrutaban con sus pequeños diablillos correteando por la casa cada vez que íbamos de visita.

Mi antiguo jefe, que finalmente sí se convirtió en mi tío, aunque político, era un niñero y se notaba que había echado en falta unos hijos que llenaran de alegría su casa, pero como decía

Isabela y también Gabriel, para eso estaban mis hijos, para darle la alegría que a él le arrancaban sonrisas cada día.

Porque sí, mis gemelos físicamente eran como su padre, pero habían heredado mi sentido del humor.

Camila y Lucas tardaron un poquito más en ser padres, pero hacía ya cuatro años que llegó a sus vidas la preciosa Alicia, una niña guapa como su madre y lista como los dos padres que tenía, esos que la amaban con locura y se desvivían por ella.

Y sí, respondiendo a la pregunta, Anabel finalmente cayó ante los encantos de su jefe, el subdirector de la agencia en la que aún trabajábamos todos, y que no paró hasta demostrarle que era ella, y nadie más, la mujer a la que quería a su lado el resto de su vida.

Se casaron justo un año después que Gabriel y yo, tal como dije, y hacía tres años que se convirtieron en los felices y orgullosos papás de Gabriela, una niña que se había ganado mi corazón y el de mi marido, pues ambos éramos sus padrinos.

Era curioso cómo la vida nos llevaba a veces por caminos con los que no contábamos, nos cruzaba con gente que sumaría momentos que nos mantendrían unidos para siempre, y nos quitaba a otras que lo único que hacían era robarnos la paz del alma.

No creáis que me he olvidado de mi ex, ese hombre al que nunca quise volver a ver. Gracias a un juez y todo lo que le conté sobre lo que pasó la noche en que rompí con él, además de lo que sucedió cuando lo denuncié por acoso, no volvería a ver nunca más.

Le impusieron una orden de alejamiento y, si por casualidades e infortunios de la vida, nos cruzábamos en algún lugar de la ciudad, él debía alejarse de mí como si yo fuera a lanzarle un maleficio mortal, palabras de Camila, no mías, que para estas cosas esa mujer era única.

Pero sí, resultó que, con esa orden judicial, Raúl no volvió a acercarse a mí, no me llamó, no me dejó flores en la puerta de casa y no me envió notas con insultos.

Le había perdido de vista para siempre y con él se fue el peso que cargaba y que tanto dolor me había causado.

Como he dicho, la vida y el destino son sabios al cruzar en nuestro camino a esas personas que enriquecen nuestra vida, mientras que, por otro lado, se encarga de alejarnos de quienes solo aportan negatividad.

A mi lado tenía a la gente indicada, esos amigos que no solo eran parte de mi vida, sino que se habían convertido en mi familia. Eran quienes siempre estaban dispuestos a apoyarme, tanto en los momentos más difíciles de mi vida como en las etapas de alegría y celebración.

Hoy era uno de esos buenos momentos que teníamos para compartir todos, pues era la entrega de premios a mejor agencia de publicidad del año, y la nuestra estaba nominada.

Todos estábamos allí, salvo los niños que se habían quedado en mi casa con una niñera, sentados en la misma mesa disfrutando de la cena y esas copas de vino y champán que no faltaron en toda la velada.

Martín estaba nervioso, otros años la agencia había estado nominada pero no ganó, y esta vez él decía que tenía un pálpito, que estaba seguro de que ese premio sería nuestro.

Después de la cena, el maestro de ceremonias subió al pequeño escenario que había en aquel gran salón del hotel, y dio las gracias a todos por asistir un año más a esa cena.

—Y ahora sí, no hago esperar más a los candidatos —dijo haciendo que todos los presentes riéramos—. El premio a la agencia de publicidad del año es para… —Sacó la tarjeta y sonrió—. La agencia de Gabriel Díaz.

Todos nos miramos con los ojos y la boca abiertos, Martín empezó a aplaudir y le dijo a su sobrino que subiera. Gabriel me dio un beso en los labios y entre aplausos fue a recoger el premio.

Estrechó la mano de quien se lo entregaba y suspiró antes de ponerse ante el micrófono.

—Buenas noches a todas y a todos. Felicidades a los nominados, estoy seguro de que otro año el premio será suyo —sonrió y todos aplaudieron—. Este premio no es solo mío, sino de todos y cada uno de los empleados que forman parte de la agencia. No están todos aquí, pero les hará la misma ilusión que a mí recibirlo.

»Quiero dar las gracias a una persona que, para mí, lo es todo, desde el momento en el que me enamoré de ella y comprendí que la quería a mi lado. Y esa persona es mi esposa, la mujer más maravillosa y luchadora que he conocido en mi vida —sonreí lanzándole y beso con los ojos bañados por las lágrimas.

» Pero me van a permitir que este premio se lo entregue a quienes de verdad deben sostenerlo; mi madre, Isabela, y mi tío Martín, quienes tomaron las riendas de la agencia de manos de mi abuelo, su fundador, y hasta hace seis años que las cogí yo, mi tío llevó con orgullo y sacó adelante. Subir aquí conmigo, por favor.

Los dos sonrieron y, juntos de la mano, subieron con Gabriel y sostuvieron el premio.

—Yo solo quiero decir unas palabras —dijo Martín—, y es que este premio es de nuestro padre, que una vez puso en marcha la empresa que quería y la vio crecer hasta que su último aliento.

Después de recibir unos cuantos aplausos más, los tres regresaron a la mesa. Tomé la mano de Gabriel entrelazando nuestros dedos y le di un beso, mientras nos mirábamos con ese amor que siempre nos tendríamos.

—Felicidades, jefe —dije acariciando su mejilla—. Se merece el premio por su esfuerzo y dedicación en la agencia.

—Preciosa, el premio lo tengo desde que tú entraste en ese despacho y me desafiaste.

—Es que era usted un jefe de lo más frío y borde —resoplé.

—¿Sigo siendo exigente? —Arqueó la ceja.

—Sí, sí, y eso que no cambie —sonreí haciéndole un guiño y volvió a besarme.

Y pensar que todo cambió cuando perdí el vestido en el ascensor y Gabriel me ofreció una tregua…

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor
Facebook: Aitor Ferrer
Amazon: relinks.me/AitorFerrer